

XXVI CERTAMEN LITERARIO ESCOLAR

relato

2025/2026



Torrejón de Ardoz
AYUNTAMIENTO



XXVI CERTAMEN



Alejandro Navarro Prieto
Alcalde



Rubén Martínez Martín
Concejal de Bienestar, Educación
e Inmigración

LITERARIO ESCOLAR RELATO CORTO

Un año más, queremos reconocer y distinguir los mejores relatos que ha realizado el alumnado de los centros escolares de nuestra ciudad de la mejor manera que sabemos: publicándolas

Un año más, queremos reconocer y distinguir los mejores relatos que ha realizado el alumnado de los centros escolares de nuestra ciudad de la mejor manera que sabemos: publicándolas en este libro, que se edita para conmemorar la XXVI edición del Certamen Literario Escolar.

Ya son 26 los años que lleva consolidado este evento, con la inestimable participación de los alumnos y alumnas de los centros escolares de Torrejón, motivados por el profesorado, los equipos directivos y las propias familias. En esta edición, los centros escolares de la ciudad han seleccionado 145 relatos, de entre las 6073 obras literarias que han participado.

Como autor/a seleccionado/a de uno de estos trabajos, te queremos dar la enhorabuena y felicitarte por el esfuerzo realizado. Como podrás ver, tu relato forma parte de este libro, que podrás disfrutar y conservar.

Te animamos a seguir leyendo, a seguir escribiendo, a seguir imaginando y a seguir disfrutando de las recompensas que te ofrece esta enriquecedora actividad que, entre otros beneficios, está contribuyendo a desarrollar tu personalidad.

Por último, queremos agradecer su participación a los 25 centros escolares que han colaborado en esta edición, ya que, gracias a su apoyo, impulsan el certamen, estimulando e incitando al alumnado, consiguiendo muchos de ellos el cien por cien de participación.

"El que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho".

Miguel de Cervantes

ÍNDICE

ALBA, COLEGIO

Aaron HARO ASENSIO. <i>Nosotros</i> (3º Primaria)	15
Lucía CASTAÑO NAVARRO. <i>La fecha perdida</i> (4º Primaria)	17
Santiago RODRÍGUEZ ROMÁN. <i>La jugada decisiva</i> (5º Primaria)	18
Lola HERRERO GONZÁLEZ. <i>El ciberacoso</i> (6º Primaria)	19
Valeria SÁNCHEZ SÁNCHEZ. <i>Violetta</i> (1º ESO)	21
Lucía BERMÚDEZ BERMEJO. <i>Felicidad para todas las edades</i> (2º ESO)	22
Claudia SALINAS ALCOBENDAS. <i>El karma ha actuado</i> (3º ESO)	24
Sofía ALZATE RODRÍGUEZ. <i>Melancolía</i> (4º ESO)	26

ANDRÉS SEGOVIA, COLEGIO

Unai AGULLA SÁNCHEZ. <i>Una Navidad soñada</i> (3º Primaria)	29
Fernando MONTERREY DE LA FUENTE. <i>¡Qué divertido es leer!</i> (4º Primaria)	30
David Alexandru FRATITA. <i>El mundo capibara</i> (4º Primaria)	32
Oliver BOLDRINI DA SILVA. <i>Todo puede hacerse realidad</i> (5º Primaria)	34
María Concepción GIL CAMPOS. <i>Los periquitos exploradores</i> (6º Primaria)	36
Lucía MAYORAL TORRE. <i>El niño del planeta que no tenía color</i> (6º Primaria)	38

ANTONIO MACHADO, COLEGIO

Alma GARCÍA FERNÁNDEZ. <i>The modern house</i> (3º Primaria)	43
Jesús GARCÍA ROMERO. <i>Érase una vez el futuro</i> (4º Primaria)	44
Sara EIMLER PAGADOR. <i>La punta del arcoíris</i> (4º Primaria)	45
Lola RODRÍGUEZ PIN. <i>The Solar System</i> (5º Primaria)	46
Vega MORALES JUVERA. <i>La estrella que perdió el camino</i> (6º Primaria)	47

BEETHOVEN, COLEGIO

Amanda PINTOS NAVARRO. <i>El lío del Bar y Fin</i> (6º Primaria)	51
Luca CASTILLO SÁENZ. <i>La estatua mágica</i> (6º Primaria)	53

GABRIEL Y GALÁN, COLEGIO

Samuel JIMÉNEZ MÁRQUEZ. <i>El dragón que tenía miedo al fuego</i> (4º Primaria)	57
Erika Elena CRISTEA DINU. <i>La rana perdida</i> (5º Primaria)	58
José Leocadio GÁMEZ DEL HOYO. <i>Limbu y el monstruo de las nieves</i> (6º Primaria)	59

LA GAVIOTA, COLEGIO

Coral HEREDIA MORENO. <i>La historia de Lisa</i> (5º Primaria)	65
Liam Uriel TUCTO RIVERA. <i>Sin título</i> (6º Primaria)	67

GINER DE LOS RÍOS, COLEGIO

Gala RUIZ PERC. <i>Las dos niñas del pueblo</i> (3º Primaria)	71
Mateo NÚÑEZ PÉREZ. <i>La canción sin letra</i> (4º Primaria)	72
Gisela MARTÍN GARCÍA. <i>La mina misteriosa</i> (5º Primaria)	73
Brigitte Mirel CÁRDENAS TORREZ. <i>El coleccionista de sombras</i> (6º Primaria)	76

HUMANITAS, COLEGIO

Candela ABAD ALEJANDRE. <i>Ramón Rabbit</i> (3º Primaria)	81
Daniela OTERO CARRASCO. <i>La jirafa pintando</i> (3º Primaria)	82
Jana LLORENTE MORANTE. <i>Los leones marinos: la persecución</i> (4º Primaria)	83
Cecilia PUEYO NAVARRO. <i>Fuego dorado</i> (4º Primaria)	84
Juan LÓPEZ LÓPEZ. <i>Hacer el bien no siempre tiene recompensa</i> (5º Primaria)	85
Noa LÓPEZ ULLASTRES. <i>Aventuras en el bosque</i> (5º Primaria)	86
Alba DE LA FUENTE RONDÁN. <i>Me quedo contigo</i> (6º Primaria)	88
Carla GUERRERO CAICEDO. <i>Al problema que nos enfrentamos</i> (6º Primaria)	90
Victoria LEÓN PEÑA. <i>Las manchas del ejército</i> (1º ESO)	92
Héctor GUTIÉRREZ DEL PINO. <i>El verano de Uriel</i> (1º ESO)	94
Daniela MAZARRÓN GARCÍA. <i>La dura realidad detrás de la adolescencia</i> (2º ESO)	97
Julia GONZÁLEZ SÁNCHEZ. <i>El guardián del tiempo</i> (2º ESO)	100
Paula PASTOR ROUX. <i>No somos nadie</i> (4º ESO)	102
Carlota GARCÍA VALVERDE. <i>Cuando la calle aprendió a escuchar</i> (4º ESO)	104

MIGUEL DE CERVANTES, COLEGIO

Mayaseen ALBAKR. <i>Una amistad verdadera</i> (3º Primaria)	163
Víctor VALLEJO PASCUAL. <i>Nuestra gran aventura de Navidad</i> (3º Primaria)	164
Hugo JIMÉNEZ LEIVA. <i>Los mejores amigos</i> (4º Primaria)	166
Manuel NARANJO AGUDO. <i>El faro de cristal</i> (4º Primaria)	167
Izan BONACHO RODRÍGUEZ. <i>El misterio de Roble Viejo</i> (5º Primaria)	169
Uxía NAYA BALSERA. <i>El dinohumano</i> (5º Primaria)	173
Alexandra Gabriela CHIS. <i>Napoleón</i> (6º Primaria)	176
Martín DE LA ROSA CALZADO. <i>Lara Martínez</i> (6º Primaria)	178

MIGUEL HERNÁNDEZ, COLEGIO

Sara ARMESTO DUQUE. <i>Un reloj mágico</i> (3º Primaria)	183
Oliver GÁLVEZ VICENTE. <i>La niña a la que hacían bullying</i> (4º Primaria)	184
Zoe RICO UGARTE. <i>Irati</i> (5º Primaria)	186
Naiara VARGAS SILVA. <i>La Nochebuena mágica de Álex y Lucas</i> (6º Primaria)	188

PINOCHO, COLEGIO

Alba MONTOYA BOLAÑOS. <i>El dragón que consiguió su sueño</i> (3º Primaria)	191
Yago PENA RUANO. <i>La niña de los deseos</i> (3º Primaria)	193
Sergio TUDELA DE LA FUENTE. <i>El viaje del caracol</i> (4º Primaria)	195
Valeria LLANOS ALONSO. <i>Los cuatro súper gatos contra Perrimalo</i> (4º Primaria)	197
Martina GÓMEZ-CALCERRADA MARTÍN DEL CAMPO. <i>La otra cara de la luna</i> (5º Primaria)	198
Iria CABALLERO FERNÁNDEZ. <i>El tesoro mágico</i> (5º Primaria)	200
Claudia IZQUIERDO MARTÍNEZ. <i>Somos mucho más de lo que creemos</i> (6º Primaria)	201
Paula DOURADO MORENO. <i>Redes que no abrazan</i> (6º Primaria)	203

RAMÓN CARANDE, COLEGIO

Victoria LÓPEZ DE LAS HUERTAS DÍEZ DEL CORRAL. <i>Cise viajando entre los planetas</i> (3º Primaria)	209
Aitor REYES MORCILLO. <i>Magia, valor y confianza</i> (4º Primaria)	211
Irene ACOSTA GONZÁLEZ. <i>El misterio del colegio Monte Verde</i> (5º Primaria)	213
Laura ALARCOS CARCHENILLA. <i>El encuentro de un libro mágico</i> (6º Primaria)	215

MIGUEL DE CERVANTES, COLEGIO

Mayaseen ALBAKR. <i>Una amistad verdadera</i> (3º Primaria)	163
Víctor VALLEJO PASCUAL. <i>Nuestra gran aventura de Navidad</i> (3º Primaria)	164
Hugo JIMÉNEZ LEIVA. <i>Los mejores amigos</i> (4º Primaria)	166
Manuel NARANJO AGUDO. <i>El faro de cristal</i> (4º Primaria)	167
Izan BONACHO RODRÍGUEZ. <i>El misterio de Roble Viejo</i> (5º Primaria)	169
Uxía NAYA BALSERA. <i>El dinohumano</i> (5º Primaria)	173
Alejandra Gabriela CHIS. <i>Napoleón</i> (6º Primaria)	176
Martín DE LA ROSA CALZADO. <i>Lara Martínez</i> (6º Primaria)	178

MIGUEL HERNÁNDEZ, COLEGIO

Sara ARMESTO DUQUE. <i>Un reloj mágico</i> (3º Primaria)	183
Oliver GÁLVEZ VICENTE. <i>La niña a la que hacían bullying</i> (4º Primaria)	184
Zoe RICO UGARTE. <i>Irati</i> (5º Primaria)	186
Naiara VARGAS SILVA. <i>La Nochebuena mágica de Álex y Lucas</i> (6º Primaria)	188

PINOCHO, COLEGIO

Alba MONTOYA BOLAÑOS. <i>El dragón que consiguió su sueño</i> (3º Primaria)	191
Yago PENA RUANO. <i>La niña de los deseos</i> (3º Primaria)	193
Sergio TUDELA DE LA FUENTE. <i>El viaje del caracol</i> (4º Primaria)	195
Valeria LLANOS ALONSO. <i>Los cuatro súper gatos contra Perrimalo</i> (4º Primaria)	197
Martina GÓMEZ-CALCERRADA MARTÍN DEL CAMPO. <i>La otra cara de la luna</i> (5º Primaria)	198
Iria CABALLERO FERNÁNDEZ. <i>El tesoro mágico</i> (5º Primaria)	200
Claudia IZQUIERDO MARTÍNEZ. <i>Somos mucho más de lo que creemos</i> (6º Primaria)	201
Paula DOURADO MORENO. <i>Redes que no abrazan</i> (6º Primaria)	203

RAMÓN CARANDE, COLEGIO

Victoria LÓPEZ DE LAS HUERTAS DÍEZ DEL CORRAL. <i>Cise viajando entre los planetas</i> (3º Primaria)	209
Aitor REYES MORCILLO. <i>Magia, valor y confianza</i> (4º Primaria)	211
Irene ACOSTA GONZÁLEZ. <i>El misterio del colegio Monte Verde</i> (5º Primaria)	213
Laura ALARCOS CARCHENILLA. <i>El encuentro de un libro mágico</i> (6º Primaria)	215

SAN JUAN BOSCO, COLEGIO

Víctor SÁNCHEZ MUÑOZ. <i>El Capitán Patata</i> (3º Primaria)	219
Benjamín RODRÍGUEZ ÁVILA. <i>Cat-dopcion: guía para llenar tu casa de pelos</i> (3º Primaria)	220
Sofía DÍEZ GIRALDO. <i>El problema de Manuela</i> (4º Primaria)	222
Aimar ALONSO GONZÁLEZ. <i>El duende torrejonero</i> (4º Primaria)	224
Amaia FERNÁNDEZ BAHVONEI. <i>La llave de los mapas</i> (5º Primaria)	225
Carla GARCÍA-SERRANO RODRÍGUEZ. <i>Scape room en el cole</i> (5º Primaria)	227
Marc LÁZARO HERNÁNDEZ. <i>El día que las pantallas se apagaron</i> (6º Primaria)	229
Valeria ESTÉVEZ SÁNCHEZ. <i>Sin felicidad</i> (6º Primaria)	231
Martin OLZA ARBOLÍ. <i>La noche de las gárgolas</i> (1º ESO)	233
Pelayo PASTOR BUENDÍA. <i>El niño que consiguió dejar la pantalla</i> (1º ESO)	235
Marco REMEDIOS JIMÉNEZ. <i>La aventura de Kevin</i> (2º ESO)	236
Ángela CÁRDENAS VIDAL. <i>No ver, no saber</i> (2º ESO)	238
Paula CAMPO VIÑAMBRES. <i>El corazón espera</i> (3º ESO)	240
Carlota BERLANGA LARA. <i>El minotauro</i> (3º ESO)	242
Sofía GONZÁLEZ SÁNCHEZ. <i>Vivir o existir</i> (4º ESO)	244
Aaron Benjamín SULDAC. <i>Dulce y dócil cordero</i> (4º ESO)	247
Marta SÁEZ SALINAS. <i>Más allá de mí</i> (1º Bachillerato)	249
Paula LEAL PEINADO. <i>El rumor del agua</i> (1º Bachillerato)	250
Daniela SÁNCHEZ MUÑOZ. <i>El camino de Elara</i> (2º Bachillerato)	253
Claudia DE LAS HERAS PÉREZ. <i>La bifurcación de las mil vidas</i> (2º Bachillerato)	256

SAN JUAN EVANGELISTA, COLEGIO

Andrés OLIVEROS CUSTODIO. <i>El enigma de Gaudí</i> (3º Primaria)	261
Alicia GUBIA HEREDIA. <i>Sin título</i> (4º Primaria)	263
Gonzalo HERNÁN MOLINA. <i>Luzia: el fin de la oscuridad</i> (5º Primaria)	265
Francisco REDONDO ROMERO. <i>Sin título</i> (5º Primaria)	267
Sophia María MIRANCEA. <i>El tren encantado</i> (1º ESO)	269
Aroa JIMÉNEZ GARCÍA. <i>La oscuridad inmensa de nuestro interior</i> (2º ESO)	271
Sandra MORENO GARCÍA. <i>El libro de lo que serás</i> (3º ESO)	273
Olalla RAMÍREZ MALLÉN. <i>La casa de los recuerdos</i> (4º ESO)	276

Sofía MOZO ROMERO. <i>Solo ten cuidado</i> (1º Bachillerato)	279
Marcos DE LA RIVA HERNÁNDEZ. <i>Cartas a "a pequeña"</i> (2º Bachillerato)	281
SEIS DE DICIEMBRE, COLEGIO	
Esrae BENABDELLAH. <i>El doctor con escayola</i> (3º Primaria)	285
Lía Khalessy DÍAZ BAUTISTA. <i>La Navidad</i> (4º Primaria)	286
Nora COVARRUBIAS SAFFOURI. <i>Los sueños impredecibles</i> (5º Primaria)	288
Coral DÍEZ MARTÍN. <i>No sé si creerte</i> (6º Primaria)	289
SEVERO OCHOA, COLEGIO	
Adriana MARTÍNEZ SÁNCHEZ. <i>La advertencia Parra Noah</i> (5º Primaria)	293
UNO DE MAYO, COLEGIO	
Daniel ÁLVAREZ RÍOS. <i>El secuestro</i> (3º Primaria)	297
Adrián HERNÁN-GÓMEZ FERNÁNDEZ. <i>El viaje de la naturaleza</i> (4º Primaria)	298
Flavia GOSAV. <i>El peor día de mi vida</i> (5º Primaria)	300
Emma CRUZ ARCEDA. <i>La niña de colores</i> (6º Primaria)	301
LAS VEREDILLAS, INSTITUTO	
Manuel MORENA MIGUEL. <i>Max, el astroperrero</i> (1º ESO)	305
Aitana LÓPEZ MECO. <i>El mundo T</i> (1º ESO)	307
VICENTE ALEIXANDRE, COLEGIO	
Sofía PÉREZ TAPIADOR. <i>La niña en el bosque y la perra</i> (3º Primaria)	311
Luka SAL SILVA. <i>Piolín y sus amigos</i> (3º Primaria)	312
Irene MARCOS RUIZ. <i>Irene y sus padres</i> (4º Primaria)	313
Sara GULLÓN MEDINA. <i>La niña y el pozo de los secretos</i> (4º Primaria)	314
Sergio IGUALADOR OLIVARES. <i>El primer robot</i> (5º Primaria)	315
Iván GALLEGO MUÑOZ. <i>El caso de la puerta 13</i> (5º Primaria)	316
Alejandra IÑIGO CULEBRAS. <i>Princesa por sorpresa</i> (6º Primaria)	317
Alba CASTELLANOS LÓPEZ. <i>El jardín de los recuerdos</i> (6º Primaria)	318

LA ZARZUELA, COLEGIO

Sofía Verónica LICA. <i>La noche de Navidad</i> (3º Primaria)	323
Isabel JURADO PORTILLO. <i>Un vampiro bajo el mar</i> (4º Primaria)	324
Colyne Marina TEJERO ANGUE. <i>El niño fantasma</i> (4º Primaria)	325
Miguel Ángel LOPERA SANTOFIMIO. <i>El hombre Patata</i> (5º Primaria)	326
Gustavo Cristóbal FERIA MONTERO. <i>Un día conmigo</i> (5º Primaria)	327
Julia RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. <i>La luna y el sol</i> (6º Primaria)	330
Arya DURO TRIGO. <i>El hermano perdido</i> (6º Primaria)	331



Colegio
Alba

Nosotros

Aarón Haro Asensio

3º Primaria

Cada mañana, cuando el sol empieza a iluminar el cielo, el colegio se llena de risas pasos y voces. Algunos llegan corriendo, otros despacito. Hay mochilas de todos los colores, saludos alegres y abrazos que hacen que el día comience con energía.

Entre todo ese movimiento estamos nosotros, los que compartimos clases, juegos y muchos momentos juntos.

“Nosotros” es una palabra muy especial. No significa “yo” ni “tú”, sino todos juntos. Significa que formamos un grupo, que nos ayudamos y que aprendemos unos de los otros. Cada uno es diferente pero todos somos importantes. Algunos son buenos para dibujar, otros para leer, otros para correr o contar chistes. Y cuando animamos nuestras habilidades logramos cosas increíbles.

A veces, claro, no todo es fácil. Hay días que discutimos o nos enfadamos. Tal vez porque alguien no quiso compartir o porque pensamos diferente. Pero después aprendemos a pedir perdón, a escuchar y a entender. Porque eso también forma parte de ser nosotros: respetarnos y cuidarnos.

En clase, cuando hacemos trabajos en grupo, aprendemos que si cada uno hace su parte el resultado es mucho mejor. Si alguien no sabe algo otro le puede ayudar. Si a uno le falta una idea otro la puede aportar. Así, paso a paso, nos damos cuenta de que juntos somos más fuertes.

También hay momentos divertidos: los juegos del recreo, los cumpleaños, las risas que se escapan cuando algo sale mal... pero lo intentamos otra vez. Cada día que compartimos es una nueva historia que construimos entre todos.

Ser “nosotros” no solo para el colegio. También lo somos cuando cuidamos nuestro entorno, cuando recogemos un papel del suelo o ayudamos a que todos se sientan bienvenidos.

“Nosotros” quiere decir que somos un equipo: en clase, en el patio y en cualquier lugar donde estemos juntos.

Al final del día, cuando suena la campana y guardamos los cuadernos, sabemos que aprendimos muchas cosas: a sumar, a leer, a escribir... pero sobre todo aprendimos a ser amigos, a compartir y a trabajar en equipo.

Porque lo más bonito de venir al colegio no es solo aprender cosas nuevas, sino hacerlo con los demás. Y eso es lo que hace que cada día sea especial.

Así, paso a paso, seguimos creciendo. Aprendiendo, riendo, ayudando y soñando. Y cuando alguien pregunté quiénes somos, podremos decir con una gran sonrisa:

¡Nosotros!

La fecha perdida

Lucía Castaño Navarro

4º Primaria

Un lunes por la mañana Sara se dirigía al colegio con sus amigas Luna e Iris. Cuando llegaron a clase era la hora de matemáticas y, como todos los días, Juan, el profesor, borró la fecha de la pizarra. De repente un extraño resplandor en forma de agujero negro surgió en el centro de la clase. En ese instante arrastró a las tres amigas.

Luna exclamó: “pero ¿qué ocurre?”

Sara respondió: “Es la maldición de la fecha perdida”.

Las chicas aparecieron en un desierto de arena caliente y sol abrasador.

De repente, empezó a soplar viento y vieron un papel salir volando de una de las dunas lejanas. Con curiosidad echaron a correr tras ese folio. Cuando lo cogieron descubrieron que era un mapa, pero no era un mapa normal, era un mapa para encontrar una llave mágica.

Siguieron la ruta indicada y al final encontraron la llave y la puerta que abría. La puerta se abría con un pequeño “crack” y mágicamente aparecieron en sus casas. Y Juan nunca más volvió a borrar las fechas.

La jugada decisiva

Santiago Rodríguez Román

5º Primaria

Alex descubrió el ajedrez en una tarde de lluvia; buscaba algo para entretenerse. Entre cajas viejas se encontró un tablero de madera que pertenecía a su abuelo. Al abrirlo, Alex sintió curiosidad. “Pruébalas –le dijo su madre–. A tu abuelo le encantaba”.

Alex, con el paso del tiempo, empezó a jugar más, a ver tutoriales y leer libros. Un día su profesor de matemáticas, Juan, un hombre gracioso y bondadoso, lo vio jugar solo. “Tienes talento Alex. Si quieres puedo enseñarte algunas tácticas”.

Ese fue el comienzo de todo: del entrenamiento, de las tardes dedicadas al tablero y de un sueño que, sin saberlo, le llevaría hasta el campeonato mundial de ajedrez. Para llegar al mundial tuvo que ganar muchos torneos.

Una vez en el mundial no le fue nada fácil, ya que su contrincante era tan bueno como él.

Después de tanto esfuerzo y sacrificio cumplió su gran sueño: ganar el mundial.

Ser el campeón del mundo le hizo darse cuenta de que tenía que seguir aprendiendo día a día y esforzándose cada vez más. Su maestro, Juan, le dijo una frase que llevaría siempre con él: “lo más importante no es jugar un mundial es saber cómo juegas cada partida de tu vida”.

Se quedó solo en la sala del campeonato, recogiendo sus piezas. Sonrió y se dijo a sí mismo: “la jugada no estaba decidida en el tablero sino en la confianza en mí mismo y en mi sueño”.

El cibercaso

Lola Herrero González

6º Primaria

Érase una vez una niña muy educada, amable, respetuosa, que siempre ayudaba a los demás. Se llamaba Marina. Jugaba en un equipo de fútbol y disfrutaba mucho. Era muy estudiosa y aprovechaba el tiempo, pero también se tomaba descansos y en esos descansos leía el móvil.

Tenía redes sociales y subía vídeos de vez en cuando. Muchas veces veía comentarios muy irrespetuosos, tanto de compañeros de clase como de fútbol, pero no se lo quería contar a nadie. Le hacían comentarios de su físico o de su personalidad y no lo aguantaba. Dejaba de comer, dejaba de estudiar, dejaba de ir al fútbol. Dejó de hacer muchas cosas. Un día fue a fútbol y se desmayó porque no había comido, pero nadie se preocupó, excepto Lola, que es una amiga suya, y su entrenadora.

Lola y Marina se fueron a hablar fuera y Marina le contó lo que le pasaba. Le pidió que no se lo contara a nadie y ella no lo hizo. Sus padres se empezaron a preocupar, pero ella no lo contó. Tenía miedo.

Un día, Lola quedó con las chicas del equipo, pero sin la entrenadora y les preguntó: “¿por qué tratáis así a Marina?”. Ninguna contestó y Marina se puso a llorar.

Al día siguiente fue al colegio con Marina y les preguntó lo mismo. Nadie de la clase contestó. Lola y Marina se desesperaban. Un día Lola no aguantó más y se lo dijo a la profesora.

Pero para Marina ya era tarde. Siempre leía comentarios y le daba igual cuántas veces le pidieran perdón, porque ya estaba muy afectada. Hizo lo mismo en el entrenamiento solo que esta vez no fue y nadie pudo pedir disculpas. Todas las del equipo excepto Lola estuvieron castigadas. La entrenadora le dio las gracias a Lola por haberlo dicho. Marina estuvo dos meses

yendo al psicólogo para que le ayudase a afrontarlo. Unas semanas más tarde las dos quedaron.

Lola le pidió perdón por haberlo dicho, pero no podía verla así. Marina dijo que no se preocupara y que muchas gracias.

Perdonó a su equipo y a su clase pero decidió cambiarse de equipo y de colegio.

Violetta

Valeria Sánchez Sánchez

1º ESO

Érase una vez una niña llamada Violetta, que vivía en una ciudad de fantasía llamada Metropower. Allí todos tenían poderes de agua, fuego o hielo. Salvo ella. Violetta era la única chica de la ciudad que no tenía poderes. Es diferente a los demás.

Todos los años en Metropower hacen concursos poniendo a prueba sus poderes, pero Violetta no podía participar y nadie, nadie la quería. Su padre decía que ella no tenía poderes porque su madre no los tenía.

Por la noche Violetta decidió ir a un sitio donde nunca antes nadie había conseguido llegar. Quería ir al Monte de la Magia para tener poderes y ser como los demás.

Allí había una planta que se llamaba poderfloral. Tenía que escalar las montañas, luego pasar una gran tormenta y por último saltar por unas rocas para no caer al río de lava.

Violetta llegó a la montaña. Había bloques de hielo cayendo por la montaña, un montón de curvas y picos desafiantes. De repente la montaña empezó a moverse y cayeron muchas ovejas del cielo, pero ella las consiguió esquivar. Todavía le faltaba mucho para llegar. La montaña paró pero a Violetta aun le quedaban otros dos desafíos.

En unos minutos el cielo se volvió negro y empezaron a llover muchos nooddles enormes. Uno le cayó en la cabeza y se tropezó, pero a los demás pudo esquivarlos. Ya solo le quedaba la prueba de la lava. De repente, un Yeti la frenó antes de ir al río de la lava y le dijo:

“Tienes que ser única y quererte como eres. No vayas al río de lava. Yo he aprendido la lección. Venía aquí para mejorar mis poderes”, dijo el Yeti.

Así que en ese momento la chica comprendió que es bueno ser única porque tienes personalidad. Así que volvió a casa y continuó su vida siendo ella misma.

Felicidad para todas las edades

Lucía Bermúdez Bermejo

2º ESO

Érase una vez, hace mucho, muchísimo tiempo, había un anciano tan mayor que las arrugas de su piel parecían el tronco de un árbol grande, grueso y viejo. Y hace también mucho, muchísimo tiempo, había niños tan jóvenes que ellos mismos se reían de su propia inocencia.

El anciano no lo entendía. Decía:

–Estos niños son tan tontos e inútiles.

Un día uno de los niños se acercó al anciano y le dijo:

–¿Por qué tan enfadado siempre? Ven y riéte.

–¿De qué?, ¿de vuestras tonterías? Sería más feliz si estuviera solo. No pienso fiarme de nadie.

–Ya veo..., usted no es feliz porque le falta confianza.

–¿Confianza? ¿A qué te refieres? La confianza para mí es dejar que te hagan daño.

–¿Por qué?

–Porque sabes que no te lo harán.

El niño se quedó un poco en blanco. Pensó por un segundo y luego tomó la mano del anciano y le dijo:

–¿Por qué no empiezas por ahí? Yo no te haré daño. Necesita ser feliz.

–¿Por qué lo necesito?

–Porque el día de mañana no estará y nosotros ya tendremos nuestras vidas por separado. Que cada día alguien se preocupe por ti aunque no lo vea siempre es muy bonito. Es genial pensar que la gente te quiere aunque cueste decirlo.

El anciano no supo qué decir pero sí que se unió a reírse con los niños en sus últimos días. Ahora, el anciano y a otras personas brillan juntas en las noches de cielos estrellados. Por eso tienes que hacer a la gente feliz: para que luego seas la estrella que más brilla.

Dedicado a nuestros seres más queridos. Yo a mi bisabuela.

El karma ha actuado

Claudia Salinas Alcobendas

3º ESO

–¡Hermana, hermana! Hoy una chica en clase me ha quitado un boli y ayer me quitó mi goma. Y lo peor de todo es que es mi amiga Laura.

–¿Qué me dices? ¿Laura? Si te llevabas genial con ella.

–Ya, pero creo que no lo hace con mala intención. Lo que me molesta es que hoy se lo he dicho y le ha dado igual. Eso no me lo esperaba.

Eso no está bien. Déjame que te cuente una historia que me pasó en el Instituto hace unos años:

“En mi insti había una chica que se llamaba Clara. Esa chica se divertía gastando bromas pesadas a mis compañeros por diversión. Un día llevé a clase un boli dorado nuevo que me regaló mamá. Al parecer a Clara le encantó.

–¡Qué chulo tu boli nuevo! –me dijo–.

–Gracias me lo ha regalado mi madre –respondí–.

Una clase después nos fuimos al recreo y al volver ya lo estaba el boli. Lo estuve buscando durante 15 minutos por toda la clase con algunos compañeros. Por desgracia no apareció, lo que era extraño ya que lo dejé en la en el estuche de la mochila.

Le conté a mi profesor que había desaparecido, pero al ser un boli no le dio importancia y continuó su clase. Le di vueltas a qué podría haber pasado, hasta que... ¡lo tenía! Sabía que Clara me había robado mi boli dorado. Estaba segura y todo encajaba, ya que ella había salido la última al recreo. Decidí en el recreo acercarme a hablar con ella, aunque sabía lo que me iba a responder.

–No, claro que no –respondió, sintiéndose acusada. Y se fue.

Ahora sí que lo tenía claro. Era Clara y no lo quería reconocer. Al no tener testigos ni pruebas me tuve que ir y pasar del tema con toda la rabia del mundo.

Esa misma tarde, al ir hacia la parada del bus al salir del colegio, sin querer, una chica empujó a Clara y se cayó su mochila, que estaba abierta. Para sorpresa de nadie mi boli dorado salió rodando de su mochila y desgraciadamente cayó en una alcantarilla.

Eso no fue lo único. Aparte del boli salió detrás su cartera, donde llevaba su paga semanal. Por suerte algunos compañeros estaban también en la parada y pudieron presenciar la rabia que tenía Clara, para después contármelo. Al día siguiente Clara no tuvo más remedio que venir a pedirme perdón y decirme lo arrepentida que estaba a lo que yo solo respondí:

–El karma ha actuado. Y me fui, terminando así la historia”.

–¡Guau! ¡Qué motivadora! Le voy a contar esta historia a Laura a ver si se da cuenta y para.

–¡Genial! Lo que sea me cuentas.

Melancolía

Sofía Alzate Rodríguez

4º ESO

La tarde se desgranaba en tonos rojizos mientras caminaba por aquel parque.

Mis ojos llovían pensando en aquellos momentos vividos en ese lugar, en las tardes que perdía estando allí y con quién las pasaba...

Escalofríos recorren mi cuerpo y solo me repito qué habré hecho mal. La verdad es que nada. El amor es tan subjetivo. Cualquiera muestra de afecto la confundimos con amor, aunque no lo sea.

El amor ya no existe, o por lo menos no como nos lo pintan en los cuentos de Disney. Vivimos en una sociedad tan superficial que se confunde el amor con el deseo y al final sea queriendo o sin querer, las personas pueden causar en otros tristeza y dolor.

Pero bueno, nadie ha muerto de amor, ¿no? Aunque sí se sienta como morir. Hasta la persona más fría necesita de amor y cariño por mucho que haga como que no.

¡Ojalá ser cigarro para morir en los labios de alguien que me elija sabiendo lo malo que soy!



Colegio
Andrés Segovia

Una Navidad soñada

Unai Agulla Sánchez

3º Primaria

Érase una vez una familia muy feliz que estaba decorando el árbol y su casa para Navidad, pero el día 24 de diciembre por la noche ¡no vino Papá Noël!

No vino por culpa de un monstruo llamado R-79 G que bloqueaba toda la calle y por eso no estaban los regalos de Papá Noël en los árboles de las casas.

R-79 G fue a su planeta llamado L-199 6 y convirtió las cosas de un vertedero en ¡otros monstruos R-79 G!

Todos esos monstruos, la siguiente Navidad, fueron al planeta Tierra e intentaron ¡arruinar tooooda la Navidad!, poniendo obstáculos y taponando todas las chimeneas, pero llegó un ser llamado Papá Noël y con la ayuda de todos sus elfos salvaron la Navidad y repartieron los regalos a todos los niños en ¡tiempo record!

Por la mañana, abriendo los regalos, la familia se llevó una sorpresa, viendo que les habían traído todo lo que habían pedido por Navidad.

El niño de la familia, por la noche, soñó que Papá Noël iba con la familia al Polo Norte.

La Navidad siguiente vino Papá Noël con su trineo y recogió a la familia y se la llevó al mismísimo Polo Norte. Se veía genial todo el paisaje desde el trineo. Cuando llegaron a casa de Papá Noël, bien calentitos con la chimenea, envolvieron regalos con los elfos. Luego Papá Noël los llevó con su trineo de vuelta a casa, pero el trineo tuvo una avería que se resolvió gracias a la posición mágica de un segundo y se pudieron ir a casa.

Esa noche la familia soñó que se iban con los Reyes Magos y sus camellos de viaje por todo el mundo a repartir regalos. ¿se cumpliría también esta vez su sueño?

¡Qué divertido es leer!

Fernando Monterrey de la Fuente

4º Primaria

Marcos tiene 10 años y vive en Málaga con sus padres y su hermana María, que tiene 14.

A Marcos le gusta el baloncesto, ver dibujos y jugar con piezas de Lego. También le encanta jugar con Luna, su perrita salchicha. Pero lo que no le gusta nada, nada es leer.

–Es un rollo, me aburro –dice cada vez que abre un libro.

En cambio, a María es lo que más le gusta del mundo.

–Leer es muy divertido –dice siempre María–, puedes vivir mil aventuras sin salir de casa.

María siempre está con un libro entre las manos, pero Marcos odia leer, prefiere quedarse embobado viendo la tele.

Un día, a María se le ocurre una idea:

–Marcos, vístete que nos vamos –dice alegremente–, te voy a llevar a un sitio mágico.

Y cogidos de la mano salen a la calle y, tras un corto pase, llegan a la biblioteca del barrio.

–Ya verás, ya verás, te va a encantar –le dice María ilusionada.

–No sé qué tiene de mágico un sitio lleno de libros –gruñe disgustado Marcos–, me esperaba otra cosa.

Una vez dentro, empiezan a recorrer los pasillos llenos de estanterías con sus libros bien alineados.

–Mira, Marcos –le dice María en voz baja–, aquí está Alicia, allí Pinocho; ese es Gulliver. Y ahí están el Principito, Harry Potter y Matilda, mi favorita. ¿Sabías que le encanta leer como a mí?

–Aquí solo hay libros, ¡qué aburrimiento! –protesta Marcos– ¿Dónde está la magia? Volvamos a casa, me estoy perdiendo Doraemon.

Ya en casa, María le cuenta a su madre la excursión a la biblioteca y lo desilusionada que se había quedado.

–Se me ocurre una cosa –le dice su madre–, le puedes leer todas las noches un capítulo de un libro que te guste. A ver si le va picando el gusanillo.

Y así hizo María. Todas las noches, antes de dormir, le leía un a capítulo a su hermano. Al principio le costó un poco, Marcos no ponía nada de su parte: se tapaba los oídos, se ponía a canturrear, interrumpía todo el rato a María o se quedaba dormido en seguida.

Pero poco a poco, Marcos empezaba a poner interés a lo que leía su hermana. María estaba deseando que llegara la hora de la lectura nocturna y, según pasaban los días, Marcos ponía más atención.

Una noche, mientras María estaba leyendo, Marcos le quitó el libro con cuidado y le dijo:

–Déjame, hermanita, quiero terminar yo este párrafo.

Y María, loca de contenta le dejó que leyera –¡Lo he conseguido!– pensó, mientras su hermano devoraba las páginas con un brillo mágico en los ojos, imaginando estar junto a Gerónimo Stilton, resolviendo un misterio.

–¡Qué divertido es leer! –gritó emocionado, mientras se abrazaba a María, que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

–Ya te lo decía yo, ¡leer es lo más divertido del mundo!

El mundo capibara

David Alexandru Fratita

4º Primaria

Érase una vez un niño llamado Nicolás al que le encantaban las capibaras.

Una tarde, Nicolás estaba solo en su habitación, jugando con sus peluches de capibara y pensando en muchas aventuras. De repente, el suelo de su habitación empezó a brillar y apareció un camino de agua. Sin darse cuenta, Nicolás siguió el camino y ya no estaba en su habitación. Había llegado a un lugar lleno de árboles enormes, ríos tranquilos y capibaras por todas partes. Había capibaras grandes, pequeñas, gorditas y delgadas. Todas tenían cara de buenas y parecían muy tranquilas. Caminaban despacio y siempre sonreían. Algunas estaban nadando, otras comiendo hierba y otras durmiendo al sol. Una de ellas se acercó a Nicolás y le dijo “¡Bienvenido al mundo capibara! Aquí todo se hace con calma”.

La capibara le explicó a Nicolás cómo era este mundo. Aquí no había televisiones ni móviles. No hacía falta porque siempre pasaban cosas divertidas. A las capibaras les encantaba nadar y pasar tiempo juntas.

En este mundo no había relojes, el tiempo se medía por chapuzones en el agua, por risas y por siestas. Había siestas largas, siestas cortas y siestas sorpresas. Y a Nicolás le han gustado las siestas sorpresas porque nunca sabías dónde te ibas a quedar dormido.

En el mundo capibara también había una escuela. Pero no como la escuela de Nicolás. Aquí no había exámenes ni deberes. Aquí solo se aprendían cosas como ser pacientes, compartir y respetar a los demás. La profesora era una capibara con gafas que decía que aprender no solo era escribir, sino también saber escuchar y ayudar.

Nicolás vio que en este mundo, las capibaras eran amigas de todos los animales. Así entendió que cuando todos se respetan no hay peleas. Cuando

alguien se enfadaba, una capibara se sentaba a su lado y solo tocándole la mano todo se convertía en calma. Y Nicolás ya lo había probado. Cuando se acordó de un día malo en el cole y se puso triste, una capibara pequeña le tocó la mano con su patita y se le pasó la tristeza. Entonces había entendido que no hacían falta las palabras para sentirse mejor.

Cuando llegó el momento de irse, Nicolás quería quedarse allí para siempre. Una capibara grande le explicó que el mundo capibara vive dentro de él. Porque cada vez que eres paciente, amable o ayudas a alguien, el mundo capibara siempre aparece. Antes de irse, la capibara le dio un abrazo muy fuerte.

Nicolás cerró los ojos y cuando los abrió estaba en su habitación. Ahora estaba feliz porque sabía que siempre podía traer un poco del mundo capibara a su vida.

Todo puede hacerse realidad

Oliver Boldrini Da Silva

5º Primaria

Érase una vez un niño llamado Pepito que vivía en un pequeño barrio, en una casa humilde pero llena de cariño. A pesar de estar rodeado de su familia, Pepito se sentía muy triste y pensativo casi todos los días. Mientras otros niños jugaban y hablaban de sus sueños, él guardaba el suyo en silencio.

Un día, mientras estaba sentado solo en un parque, aparecieron unos chicos especiales, conocidos por cumplir sueños y llevar esperanza a quienes más lo necesitaban. Al verlo con la mirada perdida, se acercaron a él y le preguntaron con amabilidad:

–¿Qué te ocurre, niño? ¿Por qué estás tan triste?

Pepito suspiró y tras pensarlo un momento, respondió:

–Todos los niños quieren ser futbolistas famosos, creadores de contenido con millones de seguidores, médicos importantes o grandes atletas. Pero yo quiero ser constructor.

Les explicó que cada vez que decía su sueño en voz alta, los demás niños y niñas se reían de él y le decían que no era un sueño importante. Eso le hacía sentir pequeño y diferente. Los chicos lo escucharon con atención y le preguntaron por qué había elegido ese sueño tan especial.

Con los ojos llenos de nostalgia, Pepito contó:

–Mi padre se fue hace muchos años a construir un edificio muy grande en Japón. Me prometió que volvería, pero nunca regresó. Desde entonces, quiero construir cosas para sentirme cerca de él.

La familia de Pepito no tenía suficiente dinero, así que solo pudo estudiar en la escuela y en el instituto. Aun así, era un niño responsable y trabajador.

A los catorce años comenzó a trabajar en pequeñas obras de construcción para ayudar en casa y aprender el oficio que tanto le gustaba. Cada ladrillo que colocaba lo hacía pensando en su padre.

Al ver su esfuerzo y su corazón noble, los chicos mágicos le regalaron una pequeña varita de madera como símbolo de esperanza y le dijeron que nunca dejara de creer en su sueño.

Pasaron los años y Pepito consiguió su primer gran trabajo en una constructora importante. El primer día, mientras observaba la obra con ilusión, algo increíble ocurrió. Entre los trabajadores reconoció un rostro familiar: era su padre, que había vuelto para reencontrarse con él y darle la sorpresa más grande de su vida.

Padre e hijo se abrazaron emocionados, comprendiendo que los sueños, cuando se persiguen con esfuerzo y amor, siempre encuentran el camino para hacerse realidad.

Desde aquel día, Pepito nunca volvió a sentirse avergonzado de su sueño y aprendió que todos los sueños son valiosos, sin importar lo que digan los demás.

Los periquitos exploradores

María Concepción Gil Campos

6º Primaria

Había una vez, dos periquitos llamados Almendra y Verano. Ellos soñaban con ir a ver el fondo del mar y guardaban cualquier cosa para construir un submarino.

–¡Por fin tenemos todas las cosas necesarias para construir el submarino!

–dijo Verano muy contento.

–¡Vamos a construir! –dijo Almendra.

Comenzaron a construir y a pintar. Cuando acabaron, lo llevaron a la playa, se montaron y lo pusieron en marcha.

–¡Funciona! –dijo Almendra.

Cuando estaban a una gran profundidad, se pusieron sus trajes de buceo y salieron a bucear.

–¡Ayudadme, por favor! –dijo una voz.

Verano y Almendra vieron a un pulpo atrapado en una bolsa de plástico. Los dos le ayudaron y le sacaron.

–¿Estás bien? –preguntó Verano.

–Si, muchas gracias. Me llamo Campo –contestó el pulpo.

–Hola, yo soy Almendra y este es mi hermano Verano –dijo Almendra.

–Esto está un poco sucio –dijo Verano.

– ¿Me podéis ayudar a limpiar? –preguntó Campo.

–Claro que sí –contestó Almendra.

Los dos hermanos sacaron unas bolsas de basura y comenzaron a limpiar metiendo la basura en ellas. Cuando acabaron, todo quedó súper limpio.

–Muchas gracias, chicos –dijo Campo.

–De nada –contestó Verano.

Se despidieron de Campo y volvieron a la playa.

–¿Vamos a volver a visitar a Campo? –preguntó Almendra.

–Claro que sí, y seguiremos limpiando –contestó Verano.

El niño del planeta que no tenía color

Lucía Mayoral Torre

6º Primaria

Había una vez un planeta que, a diferencia del resto, no tenía color. En este pequeño planeta vivía un niño que se llamaba Telmo; su perro Rigoberto; sus padres y abuelos y unas pocas personas más que se habían quedado a vivir en este extraño lugar. A Telmo le gustaba muchísimo leer, y también se divertía mucho jugando por las praderas y caminos estrechos, que aunque no tenían color, eran bonitos igualmente. También ayudaba en casa y siempre volvía con fruta de sus paseos.

A veces se sentaba con sus abuelos a jugar a juegos de mesa, o simplemente a hablar sobre historias de dragones miedicas, caballeros en apuros, y princesas guerreras que van a salvarlos. A Telmo le encantaban las historias que su abuelo le contaba. Su abuela pasaba horas en la cocina ensimismada con sus recetas, pero también tenía un lado guerrero, como las princesas de las historias de su abuelo. Esta acompañaba a Telmo en la mayoría de sus aventuras.

Un día, caminando por un campo conocido para él, se encontró una caja que no había visto nunca que estaba medio enterrada. Con un poco de curiosidad empezó a cavar. Cuando la caja estaba desenterrada del todo, la abrió, Y ¡no se podía creer lo que veía! –¿pero qué es esto? –se preguntó.

Lo que había dentro de la caja era una llave y para su asombro tenía color.

–Me llevaré la llave a casa –decidió.

Por la noche, antes de dormir volvió a mirar la llave:

–Mañana descubriré de qué puerta es; tal vez a través de esa cerradura haya algo con color.

Al día siguiente, como había planeado, nada más despertarse, empezó como un loco a probar todas las cerraduras del pueblo para ver si podía abrir alguna con la llave que se había encontrado, pero todo el trabajo fue en vano y, cuando cayó la tarde y él ya se iba a rendir, recordó una puerta escondida entre unos matorrales en un camino donde su abuela y él paseaban cuando era más pequeño.

–¡Esa puerta no la he probado todavía! –chilló de repente, y con una intuición, corrió todo lo rápido que pudo, y llegó sudando, pero ahí estaba. Con cuidado abrió la caja, cogió la llave, la metió suavemente en la cerradura, y la giró con delicadeza, abrió la puerta y...

–¡Vaya fastidio, todo es blanco y negro!–.

Iba a irse, cuando vio un pequeño libro lleno de colores. Emocionado por el descubrimiento, y como no tenía otra cosa que hacer, se sentó en la hierba y empezó a leer. A medida que iba leyendo, su mente se abrió a más y más cosas con color, y sintió una sensación que no había sentido ninguna de las veces que había leído, y eso que no habían sido pocas precisamente. Era como un cosquilleo desde la cabeza hasta la punta de los pies. Cuando terminó de leer el cuento, se miró y gritó asombrado. ¡Desde el pelo más largo de su cabeza hasta las puntas de sus uñas, él tenía color!

En aquel momento supo que la gente de su pueblo tenía que leer ese libro,, porque no solo recuperaría el color, sino que todo lo que Telmo veía, desde las plantas más pequeñas hasta los árboles más altos de ese campo, hasta los muros y la puerta, y los animalillos que correteaban cerca, todo lo que llegaba a la vista de Telmo se volvió de color.

Al día siguiente hubo una reunión en el pueblo y Telmo leyó delante de todos el cuento. Todo el mundo del planeta conoce ese día como la nueva vida y es que Telmo fue acompañado por algunas personas a todos los pueblos del pequeño planeta contando ese cuento, y hoy gracias a este niño ese planeta se llama Fantasía.



Colegio
Antonio Machado

The modern house

Alma García Fernández

3º Primaria

One Sunny morning, Marisa found an old key under his bed.

The house was very modern and surrounded by tall spooky trees. Marisa walked to the front door and tried the key. Click! The door opened.

Inside, everything was covered in water. Marisa saw an old book on a table and a big, heavy.

Marisa walked over to the shiny box. It was locked with a digital padlock.

On the top shelf, she found a key, she used the key on the padlock. It clicked open. Inside the box, there was a treasure chest of old coins.

Marisa felt happy for her adventure.

The end

Érase una vez el futuro

Jesús García Romero

4º Primaria

Érase una vez el futuro. Estoy más que seguro de que te has preguntado una y otra vez: “¿cómo será?, ¿qué máquinas habrá?, ¿habrán evolucionado los humanos?”.

Todos nos preguntamos lo mismo... pero ¡es que es verdad! Aún no se han inventado las máquinas del tiempo y no podemos saber.

Resulta que en una ciudad muy lejana vivía una niña que siempre pensaba en eso llamada Erika. Decía que quería inventar una máquina del tiempo para el futuro pero le resultaba difícil pensar en eso porque en el colegio se reían de ella.

Estaba muy triste al final del año. Así que fue a la cocina a contarle lo que le pasaba a su madre. Su padre, Félix, no se lo tomó a mal, pero le dijo que cuando ella llegara a ser mayor eso ya se habrá inventado.

Su hija casi rompe a llorar pero no lo hizo.

Llegó el futuro y, tal y como su padre decía, ya se habían inventado las máquinas del tiempo, pero gracias al trabajo de Erika ella pudo viajar al futuro del futuro.

La punta del arcoíris

Sara EIMLER PAGADOR

4º Primaria

Un día lluvioso y soleado una niña llamada Marta salió y encontró un arcoíris. El sueño de Marta era llegar a la punta del arcoíris. Ella, dispuesta a conseguir su sueño, fue a por ello. Llevaba buscando la punta del arcoíris más de 2 horas y... sí, la encontró. ¡¿Que pensabas?, ¿que no la iba a encontrar?! Es que... bueno, que sí, que muy bien. Ella se encontró con un señor vestido entero de verde, con cara de pocos amigos y un cuenco lleno de monedas brillantes.

El señor se llevó a Marta por el arcoíris y se perdieron en una niebla explosiva.

Al día siguiente Marta despertó en una habitación llena de color. De repente vino un señor y no, no era el mismo de antes, era un señor mucho más majo, vestido de rosa y que traía el mismo cuenco de monedas brillantes que había visto Marta antes. El señor guió a Marta por el camino que debía seguir para escapar. Tenían que cruzar el arcoíris, pero debían ir acompañados de una chica. A Marta le tocó una chica llamada Isi.

Marta e Isi fueron las primeras en cruzar el arcoíris. Marta e Isi se hicieron mejores amigas. La familia de Isi se mudó a la casa de Marta.

Marta e Isi lo compartían todo: juguetes, cama, secretos... eran unas verdaderas hermanas.

Marta e Isi prometieron una cosa: pase lo que pase siempre estaremos juntas.

The Solar System

Lola Rodríguez Pin

5º Primaria

Once upon a time, in the age 001, the solar system was a little different, it was located like this: Mercury, Earth, Mars, Jupiter, Saturn, Uranus, Neptune, and venus.

One day Mercury sends a card to Venus saying: "Hello Venus, do you want to be my girlfriend?"

And Venus said: "Obviusly yes".

But hey have a problem: Mercury is in the first place, and Venus in the last. Venus i love you so much, Mercury, i love you too, but we are so separate. I know but i am going to do all the things i cant to be next to you", said Mercury.

All the planets hear them and say poor Mercury, poor Venus, we have to help them. They lool so pretty together.

One day the planets moved their places and made a suprise to Mercury and Venus.

Ok we have to move our places, said Earth. Perfect said all the planets.

One day, at night, when all the planets were sleepy, Jupiter wakew up all the planets except for Mercury and Venus. Ok we have to do it in silence, say Uranus.

Yes, quikly.

Wen Mercury and Venus woke up, they ware together!

Oh Venus, i am next to you.

Yes, Mercury, i love you.

And now, Venus and Mercury every day when wake up they say thanks to the rest of the planets.

La estrella que perdió el camino

Vega Morales Juvera

6º Primaria

En lo más profundo del Polo Norte, Papá Noël se preparaba para la gran noche.

Los elfos corrían de un lado a otro con cajas brillantes. Los rehenes practicaban despegues y la señora Claus horneaba galletas que olían a canela y magia.

Aquel año ocurrió algo inesperado: la estrella guía del trineo desapareció. Sin su luz Papá Noël no podía orientarse en la noche más importante del año. Preocupado, reunió a los renos y a los elfos.

–Sin esa estrella no podré entregar los regalos a tiempo –dijo Papá Noël con voz grave.

Entonces una pequeña elfa llamada Lila levantó la mano.

–Tal vez no ha desaparecido, quizás solo se ha perdido.

Lila era la más pequeña del taller pero también la más curiosa. Papá Noël sonrió y decidió confiar en ella. Así que juntos Papá Noël, Lila y el reno más joven, Copito, emprendieron la búsqueda por el bosque nevado.

Caminaron horas hasta llegar a un claro donde brillaba una luz suave. Allí, sobre una rama de abeto, estaba la estrella, pero tenía alas.

–¡Eres una estrella fugaz! –exclamó. Y la estrella explicó que había caído accidentalmente al bosque y no sabía cómo volver a su sitio en el cielo.

Papá Noël, con su corazón enorme, tuvo una idea.

–Súbete a mi trineo. Esta noche te llevaré hasta lo más alto y volverás a brillar como siempre.

La estrella aceptó encantada y así, aquella Nochebuena, el trineo de Papá Noël surcó el cielo aún más resplandeciente que de costumbre.

Al llegar al punto más alto, la estrella se elevó y recuperó su lugar, iluminando al mundo entero.

Gracias a su luz Papá Noël entregó todos los regalos y Lila, orgullosa, recibió un cascabel dorado por su valentía.

Desde entonces cuentan que cada Navidad la estrella guía brilla un poco más en honor a una pequeña elfa que creyó en la magia incluso cuando parecía haberse perdido.



Colegio
Beethoven

El lío de Bar y Fin

Amanda Pintos Navarro

6º Primaria

Erase una vez un perro llamado Bar y un gato llamado Fin.

A Bar y a Fin no les gustaba ver a su dueño triste, por lo que siempre se comportaban bien para que él fuera feliz.

Un día, cuando su dueño se fue a trabajar, ellos se pusieron a pelear por qué comida estaba más rica, la de perros o la de gatos.

Ellos dejaron la casa destrozada: los cuadros rotos, todo descolocado, la comida en el suelo... Cuando su dueño volvió, y vio todo destrozado, se quedó con la boca abierta. Pensó qué esas peleas nada más durarían unos pocos días, pero se equivocaba.

Pasaron semanas, y Bar y Fin seguían peleándose. Su dueño ya no sabía qué hacer, si regañarles o llamar a alguien para que los cuidara, pero todos a los que llamó estaban ocupados. Él estaba desesperado, hasta que una noche se le ocurrió una idea genial. Su idea era intercambiarles la comida, así que al gato le pondría la comida del perro y al perro la comida del gato. Su dueño no podía esperar mas para llevar a cabo su plan, entonces cuando se le ocurrió se fue directo a la cocina a ponerle a cada uno su comida, y así al día siguiente ya la tendrían preparada.

Esa noche, justo después de que su dueño ejecutase su plan, Bar, el perro, entró a la cocina. Al ver que la comida ya estaba puesta le entró la curiosidad de cómo sabría la comida del gato, y al probarla le sabía igual que la suya. Se quedó asombrado, pero él no pensaba decírselo al gato Fin para no tener que darle la razón.

Cuando cada uno comió su comida, al día siguiente comieron normal los dos, aunque notaron algo raro, pero les gustó mucho. Cuando su dueño les

enseñó lo que había hecho, ellos se quedaron sorprendidos y un poco avergonzados por la que habían liado sin ningún tipo de razón.

No volvieron a pelearse nunca más y decidieron no volver a decir que una comida era mejor que otra sin probarla.

El gato Fin siempre recordaba lo bien que sabía la comida de Bar, entonces algunos días cambiaba la comida de gato por la de perro, y nunca nadie, ni Bar, se dio cuenta de lo que pasaba.

La estatua mágica

Luca Castillo Sáenz

6º Primaria

En un pueblo de Noruega (Jinglynseen) que estaba entre Hods bend y Lasrew, todo estaba vacío porque había una guerra entre Hods bend y Lasrew y algunos ataques golpeaban al pueblo.

El pueblo casi estaba en ruinas, pero había un lado intacto donde no llegaban las bombas y los disparos. El pueblo, ya harto de la guerra, convocó una reunión. Allí hablaron sobre construir murallas, pero no tenían materiales porque no llegaban pedidos por culpa de la guerra.

Un día, un anciano del pueblo llamado Cole dedicó todas sus horas libres a construir una estatua, pero llegó una bomba y mató a Cole. Los soldados estaban disparando adrede al pueblo.

Pero a la gran estatua se le iluminaron los ojos y creó un campo antibalas protegiendo al pueblo. La población contenta empezó a reconstruir el pueblo. Después de tantos ataques del enemigo, a la estatua le apareció un aura rosa.

Los ciudadanos se dieron cuenta de que era malo, pero ya era tarde. En el siguiente ataque los soldados pudieron traspasar la barrera, pero el pueblo pudo rechazarlos. La estatua no pudo aguantar más y explotó. El Ayuntamiento preocupado, ofreció una recompensa de 10 coronas a quien encontrara un trozo de la estatua.

Tras la recompensa, el pueblo buscó como loco los trozos de la estatua. Medio año después encontraron todos los trozos. El pariente de Cole reconstruyó la estatua y construyó más para que durasen más tiempo y les protegieran.

Cuando terminaron de construirlas nadie se atrevió a atacar al pueblo porque extrañamente las estatuas atacaban al rival. Todo el mundo pensó que como el pariente de Cole era de carácter luchador las estatuas salieron como él. Y el pueblo vivió felizmente desde ese momento.



Colegio
Gabriel y Galán

El dragón que tenía miedo al fuego

Samuel Jiménez Márquez

4º Primaria

Había una vez un dragón llamado Pompón que vivía en una cueva muy grande y llena de piedras brillantes. Pero había un problema: le tenía miedo al fuego. Cada vez que estornudaba, salía una chispa y él salía corriendo y gritando:

–¡Ay, mi fuego! ¡Mi fuego! ¡Apágalo!

Los demás dragones se reían de él, pero Pompón no se rendía. Un día decidió ir a ver al mago del bosque para pedirle ayuda. El mago, que tenía una barba tan larga que los ratones jugaban en ella, le dijo:

–Si quieres dejar de tener miedo, tendrás que hacer amistad con tu fuego.

Así que Pompón se sentó frente a una vela y le habló al fuego:

–Hola, fuego. No me quemes por favor.

Y el fuego, que era muy educado, le contestó:

–Si me usas bien, no te haré daño. Solo quiero ayudarte a brillar.

Desde ese día, Pompón aprendió a controlar su fuego. No lo usaba para quemar cosas, sino para hacer palomitas a sus amigos. Y todos los dragones iban a su cueva por las noches a ver películas y comer palomitas calientes. Y así pasaron los días con risas, palomitas, amigos, fiestas, etc.

Moraleja: No siempre hay que apagar las cosas que nos dan miedo. A veces hay que aprender a conocerlas.

La rana perdida

Erika Elena Cristea Dinu

5º Primaria

Había una vez una rana llamada Ramona, pequeña y brillante y a la que yo quería muchísimo. Para muchos, era sólo una mascota, pero para mí era mi mejor amiga.

Un día fuimos a pasear a un parque que tenía un lago lleno de patos donde nadaban de forma elegante. Mientras los mirábamos, en un abrir y cerrar de ojos, Ramona dio un gran salto y desapareció bajo el agua. El corazón se me encogió. Por más que la llamé, no regresó, y tuve que volver a casa muy triste. Mi madre, para ayudarme, se sentó frente al ordenador y, juntas diseñamos treinta carteles de búsqueda. En letras grandes escribimos su nombre y pegamos una foto de ella. Recorrimos todo el barrio pegando los carteles, con la esperanza de que alguien la encontrara.

¡Y funcionó!

La magia ocurrió. Un señor nos llamó por teléfono y con una voz amable, nos dio la noticia más maravillosa: HE ENCONTRADO A SU RANA.

Me puse súper feliz cuando nos la devolvió. Para que no volviera a perderse, mi madre tuvo una idea genial: comprar una correa para ranas. Fuimos a la tienda de mascotas y la conseguimos. Ahora, cada vez que visitamos el parque, Ramona salta segura a mi lado. Ella disfruta de la hierba fresca y yo disfruto de su compañía. Siempre volveremos juntas a casa.

Limbu y el monstruo de las nieves

José Leocadio Gámez del Hoyo

6º Primaria

En un lugar no muy lejos de aquí, vivían unos amigos que tenían aventuras en un bosque. Ellos son Limbu, un ratoncito de estatura media con pelo color zanahoria. Con él siempre pasabas desapercibido y encontrabas los mejores escondites.

Blo, un joven tejón de pelo corto y blanco, de estatura alta. Siempre hace locuras y no es muy listo, pero sabe lo que hace.

Y Lurru, un joven búho de estatura media con plumas de color marrón grisáceo, el que más sabe del equipo. Era Navidad y hacía frío. En ese momento estaban haciendo una máquina para lanzar bolas de nieve más rápido. Tenían pocos materiales, pero no se desanimaban.

Limbu dijo:

–Vamos a por más materiales.

Blo dijo:

–¿Pero dónde? Hay muchos lugares, como el Camino de las Rocas o el Bosque de Naran.

–Por favor, el Camino de las Rocas no, da mucho miedo –dijo Limbu.

–Pues... al bosque –respondió Blo.

Todos se dirigían al bosque cuando de repente apareció Mermelada y su raticornio. Así comienza Limbu y el monstruo de las nieves.

Los tres corrieron hacia el Bosque de Naran, pero de camino se encontraron con una máquina y Blo dijo:

–Activemos la máquina.

Limbu estaba preocupado por Mermelada y el raticornio. Cuando los vio, Limbu activó la máquina y entró.

–¡Limbu, qué haces! –gritó Lurru. Y entró con Blo.

Cuando entraron vieron coches voladores y casas voladoras. Entonces vieron entrar a Mermelada con el raticornio. Limbu, Blo y Lurru subieron por unas escaleras que encontraron y llegaron a un bar. Limbu vio a un pulpo de camarero ya un oso de cocinero. Limbu preguntó en qué año estaban y el pulpo le respondió que estaban en 2078.

Limbu corrió hacia el portal por el que entró y se cayó por un tubo que le llevó hasta una tienda de zumos. Limbu pidió tres zumos y le dio uno a cada uno, pero al beberlos sintió un dolor extraño en todo el cuerpo. Vio dentro suya una gota de agua y luego disparó un rayo de agua.

A Blo le pasó igual, pero en vez de agua tuvo viento, y Lurru tuvo fuego.

Luego fueron hacia un portal para volver a su época y después fueron a la cueva de su amigo el dragón. Allí Limbu le dijo que les diera unos amuletos para poner sus poderes. Le dio a cada uno una cosa:

A Limbu le dio unas dagas y en ellas puso su poder de agua.

A Blo una espada de oricalco en la que puso su elemento de viento.

Y a Lurru un bastón de madera de roble en el que puso su elemento de fuego.

Limbu dio las gracias y se fueron a su guarida secreta, donde entrenaron sus poderes.

Mientras tanto, en el futuro, Mermelada llamó al raticornio y cuando lo encontró se había transformado en un yeticornio. Mermelada sonrió y fue a por materiales con el yeticornio para un ejército de yeticornios robot.

Después fueron a su guarida y Mermelada encerró al yeticornio original en una jaula y empezó a construir. Limbu, Blo y Lurru inventaron técnicas para luchar con Mermelada. Cada uno inventó su técnica: Limbu inventó el clan de agua, Blo inventó el corte tornado y Lurru la bola de fuego rebotadora. Se les hizo tarde y cada uno se fue a su casa a descansar, pero cuando Limbu llegó no estaban sus padres. Había una nota en la mesa que ponía que Mermelada los había raptado con 32 yeticornios robot y que dejó un rastro de sangre para que pudieran encontrarla.

Limbu, asustado, corrió a por sus amigos para contárselo y le pidió al dragón un amuleto para quitarle el poder al yeticornio.

Cuando llegaron a la cueva, Limbu vio a sus padres y al yeticornio enjaulados. Mientras todos atacaban, Limbu fue a por sus padres ya por el poder del raticornio. Cuando le quitaron el poder, fueron a por Mermelada.

Cómo pasó te lo cuento: vino el viento y se la llevó a mar abierto.



Colegio
La Gaviota

La historia de Lisa

Coral Heredia Moreno

5º Primaria

Había una vez una niña llamada Lisa. Los padres de Lisa no tenían dinero.

Los papás de Lisa la llevaban a la escuela, pero a ella no le gustaba ir porque había cuatro niños que le hacían bullying por ser pobre. Esos niños iban a su mismo curso, a sexto.

En el patio, esos niños le decían que por qué llevaba esos zapatos tan feos, y Lisa les contestaba que era los únicos que tenía, mientras ellos se reían de ella por tener solo un par de zapatillas.

–Yo tengo cinco pares –se burlaba Lucía.

A la salida del colegio, Lisa siempre salía llorando.

Un día, su papá le preguntó que qué le pasaba y ella le contó todo. Su padre le dijo que es más importante ser buena persona que tener cinco zapatillas y que siguiera estudiando mucho.

Unos años después, Lisa y esos cuatro chicos se volvieron a encontrar en segundo de la ESO. Lisa se esforzaba mucho en sus estudios porque quería estudiar una carrera universitaria, pero esos chicos seguían metiéndose con ella.

–No vas a conseguir nunca nada, eres pobre –decía Lucía.

Y Lisa se prometió a sí misma que aprobaría todo, estudiaría una carrera y sacaría de la pobreza a su familia.

Pasaron los años y Lisa se graduó de Bachiller. Ese día fue con un precioso vestido amarillo y unos rulos en el pelo. Parecía una princesa.

Consiguió acceder a la universidad y estudió empresariales durante cuatro años. Lo hizo muy bien y consiguió una beca para terminar sus estudios en Estados Unidos.

Lisa cumplió sus sueños, consiguió un trabajo muy bueno y sacó a su familia de la pobreza.

En cuanto a los niños que se burlaron de ella, no consiguieron terminar sus estudios, ya que pasaron de todo y se dedicaron a reírse de los demás. No encontraron trabajo, acabaron siendo pobres y al fin entendieron cómo se sentía Lisa cuando no tenía dinero.

Cuando se enteraron de lo bien que le había ido a Lisa en la vida, enloquecieron.

Sin título

Liam Uriel Tucto Rivera

6º Primaria

Había un árbol del cual crecieron los árboles, pero antes de que pasara eso, era una semillita, pero empezó a brotar, salía una luz brillante y empezó crecer rápidamente y salieron sus raíces, se expandían kilómetros y kilómetros pero algo ocurrió, una luz oscura apareció del cielo y cayó sobre el árbol. Del hermoso árbol con frutos que tenía, se convirtió en un polvo muy oscuro. Las personas sufrían de escasez y decidieron hacer algo. Todos se sacrificaron para el bien del mundo y se convirtieron en piedra. El árbol les agradeció pero era muy tarde. Todos se convirtieron en piedra y el árbol con su magia logró revivir a todos y desterraron a la entidad maligna durante 3.000 años.



Colegio
Giner de los Ríos

Las dos niñas del pueblo

Gala Ruiz Perc

3º Primaria

Había una vez dos niñas que se llamaban Coronella e Isabela que vivían en un pequeño pueblo llamado Mumurumi.

Una mañana Isabela se fue a buscar agua y Coronella despertó y encontró una nota que decía que Isabela había ido a buscar agua.

Coronella se encontró un nuevo árbol con manzanas doradas, había una nota en la que decía que si tocabas una manzana salía una llave que abría un tesoro enterrado hace mil y pico años.

Coronella se fijó en que había otra cosa: un mapa.

Coronella tiro de la manzana y cogió el mapa, tiro de la otra manzana, cogió la llave y se fue en busca del tesoro.

Isabela volvió de buscar agua y empezó a buscar a Coronella. Pasó por un puente de antigüedad, era de madera gorda y marrón y tenía pequeños agujeros. El puente se tambaleaba. Isabela seguía buscando.

Lo que no sabía era que Coronella había salido del pueblo. A Coronella se le estaba pasando la hora.

Al final Coronella volvió al pueblo con el tesoro, Isabela la vio llegar y la ayudó a traer agua y en su casa abrieron el tesoro. En el tesoro había mucha, mucha comida. Desde entonces Coronella e Isabela no tuvieron que salir a buscar ni agua ni comida.

La canción sin letra

Mateo Núñez Pérez

4º Primaria

En el año 2021 el director de una orquesta iba andando por el bosque en busca de una buena canción para dirigir. Pero no la encontraba.

Estaba tan centrado que no se había fijado por donde iba, hasta que chocó con un árbol y, de repente, escuchó a un montón de pájaros piar, y se le ocurrió un ritmo.

Se puso a pensar en una letra, pero no se le ocurría nada. Por mucho que se concentraba, no salía.

De pronto se le ocurrió una letra perfecta para ese ritmo. De vuelta a casa la escribió y pensó que debería contárselo a la orquesta.

Al día siguiente les mostró a los músicos de la orquesta la idea de la nueva canción, pero todos coincidían en que era su peor tema y que no tendría éxito, pero por suerte se equivocaron.

Después de muchos ensayos llegó el día de presentar la canción ante el público. Cuando el concierto terminó todos quedaron estupefactos ya que nunca habían escuchado nada igual.

Había tanto silencio en la sala que nuestro director no sabía si había gustado o tal y como pensaban sus músicos, había sido un terrible desastre.

Pero de pronto todo el público se puso en pie y el aplauso duró varios minutos. La canción se convirtió en un auténtico éxito, lo que convirtió a la orquesta en una de las más famosas del mundo.

Por suerte el director decidió seguir adelante con su canción a pesar de lo que decían los músicos y logró convertirse en uno de los más grandes.

La mina misteriosa

Gisela Martín García

5º Primaria

Siempre me habían gustado las historias de aventuras. Las leía por las noches, a escondidas, con una linterna bajo las sábanas. Historias de túneles secretos, tesoros escondidos y lugares misteriosos bajo la Tierra. Pero, siendo sincera, pensaba que todo eso solo pasaba en los libros y en las películas. Yo creía que en el mundo real no existían pasadizos que llevaran a lugares ocultos ni minas llenas de secretos.

Me equivocaba por completo.

Todo comenzó aquel verano tan caluroso que parecía que el sol nunca se iba a apagar. Como todos los adolescentes, tenía mi grupo inseparable de amigos: Natalia, que siempre estaba atenta a todo; Sofía, valiente y curiosa; Hugo, que intentaba hacerse el fuerte, aunque a veces se asustaba; Carlos, el más bromista; y yo, su novia Marina.

Un día decidimos quedar en una cueva a las afueras de la ciudad. Los mayores decían que no era un buen sitio, que estaba lleno de historias extrañas, pero eso solo consiguió que nos pareciera más interesante. Queríamos vivir una pequeña aventura antes de que acabaran las vacaciones. Y así ser la envidia de todo el instituto

La entrada de la cueva era oscura y fría, muy distinta al calor del exterior. Avanzábamos despacio, iluminando el camino con nuestras linternas, cuando Sofía tocó sin querer una cuerda que colgaba del techo. En ese mismo instante se escuchó un ruido ensordecedor. Las piedras comenzaron a caer y, en segundos, la entrada quedó completamente bloqueada.

–¡Estamos encerrados! –grité, con el corazón a mil.

Intentamos mover las rocas, empujar, tirar... pero no había manera. Entonces Hugo respiró hondo y dijo:

–No sirve de nada entrar en pánico. Tiene que haber otra salida.

Recordé algo que había escuchado en la clase de historia: un famoso arqueólogo había desaparecido en esa misma cueva hacía muchos años nadie sabía el motivo. Al pensarlo, un escalofrío me recorrió la espalda.

Decidimos explorar con cuidado. Natalia y yo empezamos a tocar las paredes hasta que notamos algo extraño: un trozo de tela vieja cubría un hueco oculto. Avisamos a los demás y, tras dudar un poco, entramos por allí.

El túnel era estrecho y parecía no terminar nunca. Encontramos una cartera antigua con una foto borrosa y una llave oxidada. Natalia la guardó, convencida de que sería importante más adelante.

Seguimos avanzando y llegamos a un pozo. Al tirar del cubo, cayeron monedas antiguas que brillaban bajo la luz. Aquello nos hizo pensar que estábamos muy cerca de algo importante. Pero la emoción duró poco.

De pronto, escuchamos gritos desgarradores. Sonaban lejanos, llenos de dolor. Yo me quedé paralizada del miedo, pero mis amigos me tomaron de la mano y seguimos adelante Juntos.

Llegamos a una enorme cueva subterránea. Había diamantes por todas partes, incrustados en las paredes. Parecía un lugar sacado de un sueño. Al fondo, una gran piedra se movía... y de debajo salió una voz débil.

¡Era un hombre atrapado!

Entre todos levantamos la piedra y le vendamos la pierna herida con la chaqueta de Hugo. El hombre nos miró con lágrimas en los ojos. Era el arqueólogo desaparecido. Nos contó que había sido engañado y atrapado allí durante años, sobreviviendo como pudo.

Sin perder tiempo, decidimos buscar una salida. Nos dividimos en parejas, pero antes de avanzar más, ocurrió algo inesperado: encontramos una pequeña sala con dibujos antiguos en las paredes. El arqueólogo nos explicó que eran señales de antiguos mineros y que indicaban caminos secretos. Gracias a eso, supimos por dónde continuar.

Más adelante, Sofía descubrió una habitación con papeles y mapas. De repente, apareció un hombre extraño que intentó matarnos. Consiguió matar al arqueólogo. Pero al final, conseguimos desarmarlo y encerrarlo.

Tristes por lo que le ocurrió al arqueólogo, seguimos las señales hasta encontrar una palanca escondida. Al accionarla, un pasadizo se abrió lentamente. Caminamos durante varios minutos hasta que, por fin, vimos la luz del día. Habíamos salido.

Justo delante de nosotros estaba la comisaría. Corrimos a contar todo lo ocurrido y la policía se encargó de investigar la mina misteriosa.

Desde ese día, entendí que algunas historias no solo existen en los libros. A veces, las aventuras más increíbles están esperando justo donde menos te lo imaginas... bajo tus pies.

El coleccionista de sombras

Brigitte Mirel Cárdenas Torrez

6º Primaria

Había una vez, en un pueblo donde el sol se quedaba a dormir más tiempo de la cuenta, un hombre que no coleccionaba sellos ni monedas ni mariposas de colores.

El señor Julián coleccionaba sombras. Decía que el cuerpo es solo un estuche y que la verdadera historia de las personas se queda pegada al suelo, escrita con tinta de oscuridad y silencio.

Su tienda, situada en una callejuela que parecía esconderse de los mapas, estaba repleta de estantes que crujían bajo el peso de mil frascos de cristal. Dentro de ellos las sombras no estaban quietas; se movían como peces de humo atrapados en un baile eterno. Julián las cuidaba con un esmero casi sagrado, limpiando el vidrio con plumas de búho para que el polvo del olvido no la volviera opacas. Había sombras de niños que aún olían a tardes de parque y sombras de viajeros cansados que traían pegado el aroma de mares lejanos.

Una tarde de viento frío, una niña llamada Lucía cruzó el umbral. Su sombra era tan pálida que parecía hecha de neblina. Con voz triste, le explicó al viejo coleccionista que sentía que su imaginación se estaba apagando entre tantas tareas y rutinas grises. Su sombra, reflejo de su mundo interior, estaba perdiendo sus bordes y amenazaba con desaparecer por completo.

El señor Julián, con la calma que solo dan los años, buscó en el rincón más alto de la tienda. Sacó un frasco pequeño que emitía un suave resplandor azulado. Era la sombra de un poeta que siempre encontraba belleza en lo invisible. Al destaparlo, la sombra saltó al suelo y comenzó a girar alrededor

de los pies de Lucía, entrelazándose con la suya en una danza de luces y oscuridad.

En ese momento, la niña sintió un escalofrío de alegría. El gris de su silueta se transformó en un tono añil vibrante. Recordó, de golpe, el sabor de la aventura y el sonido del viento entre los pinos. Su sombra recuperó su fuerza, volviéndose nítida y valiente más.

–Recuerda siempre –le dijo Julián mientras ella se marchaba– que la imaginación es la única lámpara que no necesita aceite. Si cuidas tus sueños tu sombra nunca se perderá y siempre estará contigo.

Lucía salió a la calle bajo el atardecer. Al mirar el suelo vio que su sombra ya no era un borrón borroso sino una compañía llena de historias para conquistar el mundo.

Desde entonces Julián, en vez de guardar las sombras, coleccionó más sombras y empezó a probar a promocionarlas con la niña.

Años después la niña creció y heredó la tienda. La chica vendió todo, pero nunca pudo encontrar más sombras especiales; así que dejó el negocio y se fue. Cuando el local cerró al pueblo ya no le hacía falta nada, porque todos habían encontrado sus propias sombras, pero extrañaban a Julián porque él les daba casi todo lo que necesitaban. Entonces le pidieron a la chica que volviera a abrir la tienda. Ella la abrió y pudo encontrar más sombras. Siguió con el negocio y siguió ganando dinero y todo el pueblo estuvo feliz.

Todos seguían con sus sombras acompañándolos, hasta que una vez las sombras se pusieron como locas y desaparecieron como niebla blanca.



Colegio
Humanitas

Ramón Rabbit

Candela Abad Alejandre

3º Primaria

Érase una vez un profesor llamado Ramón. Daba clases de *science* en un colegio. Un día, después del cole, haciendo experimentos en su laboratorio cogió la fórmula equivocada y se convirtió en conejo.

Al día siguiente todos sus alumnos se pusieron muy contentos porque pensaban que no había clase de *science*. A Ramón le dolió mucho porque creía que sus clases eran divertidas.

Al salir del colegio se encontró con el Conejito de Pascua que le ofreció ser su ayudante. Fueron unos días muy divertidos escondiendo huevos de chocolate.

Un día, mientras Ramón le enseñaba su laboratorio al conejito, tropezó con el experimento y volvió a su forma original.

Antes de irse el conejito le dio un consejo: “no olvides perseguir tus sueños y recuerda que las aventuras abren un mundo mágico”.

Ahí se dio cuenta de que su verdadero sueño era ser escritor de aventuras para niños.

Si algún día lees un libro firmado por Ramón Rabbit acuérdate de esta historia.

La jirafa pintando

Daniela Otero Carrasco

3º Primaria

Había una vez un lugar llamado Esmeralda. Esmeralda no era un pueblo cualquiera, era un pueblo de animales; pero no eran animales salvajes: eran animales con talento y la que más talento tenía era una jirafa llamada Molly. Molly no sabía pintar con las manos dibujaba con la boca.

Y también había muchos más, pero Molly era la más importante.

Después de un largo día, Molly estaba buscando un sitio donde pintar y se encontró con una manada de leones salvajes. Les preguntó si ellos tenían algún talento y ellos respondieron que sabían bailar a dos patas.

Llegaron las cebras y demostraron que sabían cantar.

Fue entonces cuando todos juntos crearon una clase de Bellas Artes con música y espectáculo de fondo, porque todo gran artista siempre necesita de mucha inspiración.

Los leones marinos: la persecución

Jana Llorente Morante

4º Primaria

Un día, en aguas muy, muy lejanas, vivía una familia de leones marinos en una isla. Estaba la madre, el padre y los tres hijos, que se llamaban Iria, Lucía y Manuel.

Se querían ir a vivir a otro sitio. Les daba igual a donde ir. Se querían ir porque allí no había mucha comida y porque la isla era muy pequeña. Un día normal decidieron irse. Se bajaron de su roca y se fueron nadando. Iban muy tranquilos hasta que... ¡aparecieron unos tiburones! A ellos les dio mucho miedo porque se los podían comer.

–¿Qué hacemos ahora? –susurro Iria.

–No lo sé –dijo Manuel.

De repente estaban rodeados. Los leones marinos intentaron escapar; saltaron y nadaron súper rápido. Tenían que nadar muy muy rápido. Eran rápidos ,pero los tiburones más. De repente los leones marinos pararon porque estaban cansados. Los tiburones también pararon. Sorprendentemente los tiburones no se los comieron. Les invitaron a un cumpleaños y los leones marinos dijeron que sí.

Se lo pasaron pipa y se quedaron a vivir con los tiburones.

Fuego dorado

Cecilia Pueyo Navarro

4º Primaria

Hace muchísimo tiempo, en el pueblo de Limita vivía un explorador llamado Carlos. Su familia estaba compuesta por tres hermanos. Todos ellos eran exploradores desde pequeños y les encantaba pasear por las montañas del pueblo vecino.

Un día sus hermanos fueron a hacer la comida. Carlos se aburría un montón y no podía esperar más. Salió de la casa y fue a las montañas a buscar algo de comida. ¡Qué hambre tenía Carlos! Entró en una cueva para comerse una manzana que había encontrado por el camino.

De repente la cueva empezó a calentarse y apareció una gran llama de fuego dorado. Carlos se pegó un susto tremendo pero no podía huir porque estaba rodeado de fuego.

Espera... tenía ojos... y parecía muy solo... Y Carlos se hizo su amigo.

Carlos volvió a casa como si hubiera ganado en la lotería. ¡Había ganado un nuevo amigo!

Sus hermanos no daban crédito, pero se acostumbraron súper rápido. Fue un gran día que Carlos nunca olvidaría.

Hacer el bien no siempre tiene recompensa

Juan López López

5º Primaria

Una vez y muchas veces creo que habrá pasado esto: yo estaba andando por la calle, respetando las zonas peatonales y vi una persona conduciendo un patinete eléctrico, pero estaba distraído. ¡Qué peligroso!

Ese mismo día, parecía que se había puesto de acuerdo todos los que conducían mal, porque un conductor que conducía un coche iba distraído con el móvil y pensé: “esto va a acabar mal”. Y así fue.

Unos minutos más tarde vi a la persona que conducía el patinete eléctrico. Le había atropellado la persona que conducía el coche e iba distraído mirando el móvil. Por culpa de su actitud la persona que se había dado cuenta e iba respetando las señales tuvo un accidente.

Pobrecillo, pensé, no le pasó nada importante pero tuvo que llevar el patinete al taller. Espero que a los demás les haya servido de lección.

Aventuras en el bosque

Noa López Ullastres

5º Primaria

Había una vez un grupito de amigos llamados “Los súperestrellas” en el que estaban Marcelo, Martina, Simón y Marcia. Un día de verano, el último día de clase, a Marcia se le ocurrió algo fascinante y divertido para hacer en vacaciones:

–¿Por qué no vamos a la vieja casa del bosque estas vacaciones?

Todos estaban convencidos de ir así que Simón propuso quedar después de clase para preparar todo.

Cuando llegó el momento todos estaban preparados para irse directos a la casa vieja del bosque pero, de repente, cuando iban por el camino, Simón dijo asustado:

–Seguro que no va a pasar nada, ¿verdad, Marcia?

–No va a pasar nada –respondió Marcia segura de sí misma.

Cuando llegaron, la casita estaba llena de polvo, tierra y telarañas. Marcelo y Simón decidieron ir a por unas ramas para hacer una hoguera y tostar nubes de azúcar, mientras Marcia y Martina preparaban las cosas.

Simón y Marcelo iban de camino buscando las ramas y, de pronto, Marcelo escuchó un ruido entre los arbustos. Se acercó y vio algo extraño que se movía. Marcelo salió corriendo asustado y Simón lo siguió y le preguntó:

–¿Qué pasa?

–¡Un monstruo, un monstruo! –respondió Marcelo intranquilo.

–¿Qué monstruo? –preguntó Simón detrás del arbusto.

Simón se acercó y le pareció ver un monstruo peludo:

–¡Aaaaaah! –se fue gritando Simón.

–¡Corre! –le siguió Marcelo.

Cuando llegaron a la vieja y tenebrosa casa, los chicos entraron gritando. Las chicas se asustaron y cuando les contaron lo que habían visto se quedaron boquiabiertas, así que decidieron ir a comprobarlo con sus propios ojos.

Cuando llegaron con los chicos al arbusto vieron algo que se movía, pero las chicas no se asustaron. Retiraron las ramas del arbusto y apareció un lindo conejito saltarín. Los niños se quedaron asombrados y aliviados de que no fuera una bestia.

Todos juntos volvieron a la vieja casita y se quedaron comiendo grandes nubes de azúcar.

Me quedo contigo

Alba de la Fuente Rondán

6º Primaria

En una ciudad llamada a París vivía Lidia, una chica apuesta, amable y optimista. Siempre ha valorado a las personas que la rodean: a su padre y a su madre, a su hermano..., pero al que más, a su abuelo.

Su hermano se llama Jorge; un chico guapo, divertido y lo más interesante de él es que vive en Los Ángeles, trabajando como actor. Consiguió la gran fama en 2016. En cambio, Lidia no tuvo la misma suerte. Dejó la carrera con 22 años y ahora gana dinero en un barrio un poco pintoresco. De repente le llega un mensaje inesperado. Cuando Lidia recibió ese mensaje primero se asustó y luego se echó a llorar. El mensaje decía:

*¡Hola Lidia!, soy Jorge.
El abuelo está empeorando y los médicos
no saben qué hacer. Necesitamos tu ayuda.
Gracias
Jorge.*

Lidia no tenía muy claro qué hacer si irse de allí y estar con su abuelo o quedarse. Tras mucho meditarlo se fue de allí. Decidió que lo más accesible era irse en tren y no preocuparse del coche.

Durante ese viaje descubrió su talento para el arte y cuando empezó a dibujar algo extraño y sucedió: ¡Los dibujos se movían! Algo irreal, ¿verdad?.

Ella plasmaba lo que sentía con su abuelo junto la soledad que sentía.

–Su destino final, Madrid centro. Le rogamos salir del tren.

¡Dijo lo que parecía la voz de una mujer desde la megafonía.

En cuanto sonó ,Lidia salió de un salto del vagón y se fue corriendo de la estación hasta llegar al hospital. Cuando llegó, abrazó a su abuelo como si se acabara el mundo. Escuchó a unos médicos hablar de su abuelo. Entendió que estaba perdiendo la memoria y la enfermedad iba muy rápido.

Durante varios meses Lidia con sus dibujos empezó a enseñarle todo lo que había vivido. Le contaba historias, cuentos y hasta programas si era necesario. Pero había veces que se complicaba, ya que el abuelo no recordaba quién era ella y se enfadaba sin razón, cosa que a Lidia le hacía mucho daño.

Tras meses y meses de dedicación, su abuelo mostraba un gran progreso y empezaba a no olvidar lo que el Lidia le mostraba. Los médicos no se lo creían.

Un día llamaron a Lidia desde la mejor escuela de Francia ofreciéndole un trabajo y ella tuvo que decidir qué hacer, si quedarse o irse de allí.

¿Dudáis lo que pasó? Ella también pensaba que en Francia tenía más oportunidades de encontrar trabajo.

Lidia, tras pensarlo y pensarlo, decidió que el amor por un familiar es más fuerte que nada y decidió acompañar a su abuelo y disfrutar del tiempo juntos.

Al problema que nos enfrentamos

Carla Guerrero Caicedo

6º Primaria

Era el año 2010 hasta ahora no habíamos sabido cómo serían los siguientes años, pero sí que nos esperaba un futuro increíble gracias a todas las cosas que se estaban creando y mejorando. Entre ellas móviles, tablets, apps... en general, dispositivos electrónicos. Nos esperábamos un cambio tremendo que podría ser bueno o malo dependiendo de cómo lo usáramos. Sin embargo, nadie podía esperar comprarse algo así, en especial un móvil.

Hace ya unos años, a mis 12 o 13 años, tuve mi primer móvil. Para mí era algo totalmente nuevo y en su momento y no paraba de usarlo. Pasaba horas y horas frente a la pantalla sin parar. Chateando con todo el mundo, los conociera o no, sin ser consciente de lo que podría pasar.

Un día me llegó un mensaje extraño y muy directo:

–Hola, ¿qué tal?, ¿cómo te llamas?, ¿de dónde eres?, ¿quieres ser mi amiga?

Yo, un poco extrañada, le contesté y así mantuvimos la conversación durante aquella tarde.

Estuvimos hablando día tras día, cada vez con más confianza, hasta el punto de que creía que yo sabía todo de él y viceversa.

Una vez más me escribió y una semana después me llegó un mensaje que me costó entender:

–Tengo que contarte una cosa: soy de tu mismo colegio y si no quieres que cuente todos tus datos personales tienes que quedar conmigo a las 7:00 h.

En ese momento entendí qué era lo que estaba pasando y me asusté. Creí que tendría que ir sí o sí, pero tampoco estaba segura de si eso era lo correc-

to. Finalmente, después de haberlo pensado durante un tiempo, decidí que no iría. Se lo conté a mi familia y ellos, confundidos, llamaron a la policía sin saber muy bien qué hacer.

Con el tiempo fue solucionando poco a poco, pero aparecieron muchos casos parecidos.

Como ya conté antes, eso fue hace muchos años, pero no significa que solo me haya pasado a mí. Por ello he elegido crear programas de ciberseguridad para que esto pase con menos frecuencia.

Mi sueño es acabar con el *grooming*, *sexting* y *bullying*. Es un problema al que nos enfrentamos, pero seguro que estamos dispuestos a acabar con ello.

Las manchas del ejército

Victoria León Peña

1º ESO

Yo era muy feliz con mi vida, con mi madre y mi padre, hasta que él se fue al ejército. Él siempre me mandaba cartas y cosas súper raras, hasta que, a los cinco meses, nos llegó una carta; pero esta vez no era de papá, sino del comandante Mayflid que decía:

«Estimada familia Henares: os doy la mala noticia de que el sargento Liam ha fallecido. Todos le recordaremos como un buen hombre, dispuesto a sacrificarse por los demás

ATENTAMENTE: MAYFLID».

Mamá y yo nos echamos a llorar, pero me di cuenta de que había un bote con algo negro detrás y le pregunté a mamá:

–¿Qué es eso, mamá?

A lo que respondió:

–Sus cenizas. Eso es lo que tu padre quiso: que le hicieran cenizas.

Yo me fui corriendo a mi habitación pensando en que no lo volvería a ver y que sería algo que no podría superar.

Pasaban los días y yo no paraba de pensar en él hasta que, en el séptimo mes desde su muerte, apareció en mi casa un hombre extraño. Yo corrí hacia mamá y le dije que habían entrado a robar; ella se asustó, sacó una sartén y fuimos juntas a por el ladrón, pero ¿a que no sabéis qué? Cuando mamá lo vio... ¡le dio un beso en la boca! Ella me llevó a la cocina y entablamos una conversación:

–¡¿Quién es ese, mamá?!

–Puedo explicarlo. El se llama Gary y va a estar viviendo con nosotras.

–¿Por qué, mamá? ¿Por qué me haces esto? ¿Es que ya no te importa papá o qué?

–Sí que me importa, pero es que hay que pasar página de una vez.

Yo me fui y pegué un portazo. Me puse la canción favorita de papá, ya que es como si estuviera con él. Cuando ya me calmé, salí de la habitación y vi a Gary con el bote de cenizas. Se lo arrebaté de las manos y le dije que ese era mi padre, a lo que me contestó que no, que tan solo era pimienta. Lo abrí y, en efecto, tenía razón, por lo que avisé a mamá y ella llamó al ejército.

–¡Hola!

–Ejército, ¿qué le sucede?

–Llamo por la muerte de Liam.

–Ah, sí, sí, «la muerte de Liam»...

Mamá colgó el teléfono al instante; ella sabía que algo no iba bien. Yo, al enterarme de lo sucedido, necesitaba un respiro y me fui a la playa a pensar, ya que la tenía al lado. Vi algo extraño en la arena y fui a investigar qué era.

–¿Una botella? Anda, ¡pero si tiene un papel dentro! Lo abrí y empecé a leer:

«Hola, soy Liam Henares, tu papá. Sabía que lo encontrarías, tienes una mente muy inteligente. Necesito que vengas a por mí, pero no le digas nada a tu madre, solo a tu tío Fernando. No estoy muerto, pero me quedan pocos días, ya que estoy escapando de ellos y no puedo salir porque estoy desubicado. Te quiero».

–Todo depende de mí. Espera un momento... ¿Ellos quiénes?

El verano de Uriel

Héctor Gutiérrez del Pino

1º ESO

Me llamo Héctor, y esta es la historia de mi amigo Uriel.

Uri, tiene 12 años como yo, nuestros padres son amigos desde pequeños, así que nosotros también hemos crecido juntos, lo que pasa que de maneras muy diferentes.

Uri es un gran aficionado al fútbol y cuando era más pequeño siempre estaba jugando con el balón; en cada esquina, cada plaza o cada parque, ahí sacaba el balón para dar unos toques.

Nosotros siempre coincidimos en mi pueblo, donde se puede jugar sin peligro por las calles y parques, donde no hay mucho tráfico y la pelota no se escapa ni te pillan coches, por lo que disfrutábamos de la naturaleza, correr, los columpios, bañarse en el río, etc.

Nos empezamos a hacer mayores y cada vez distanciábamos más las quedadas en el pueblo, puesto que nuestros planes en Madrid, nos hacían coincidir solo en Semana Santa y verano.

Yo, me empecé a aficionar al Vóley y Uri iba con su balón de fútbol y yo con el mío de vóley. Nos turnábamos para jugar cada rato a un juego y fuimos conociendo mas niños y haciendo un grupo de amigos. Pero, a mitad de ese verano, yo notaba que Uri, cada vez ponía mas excusas para no venir, o se quedaba mucho rato descansando. Para todo lo que jugaba siempre al fútbol, cada vez era más lento y todos empezaron a no querer ir en su equipo porque tenían muchas posibilidades de perder. No entendía nada, ¿cómo podía ser?, ¿qué estaba pasando?

Nos empezaron a dejar salir solos, sin padres y él si venia por la mañana por la tarde ya no venía. Estaba cansado decía, no le apetecía el plan. Si iba-

mos a la piscina venía, pero si íbamos al río no. Y así, cada vez su círculo se empezó a cerrar y se empezó a quedar solo.

Es un vago decían, un aburrido, un perezoso.... Yo no sabía qué pensar. Era mi amigo desde pequeño, pero también quería tener otros amigos y hacer cosas divertidas. Cuando estábamos solos con nuestros padres, ya casi no jugábamos al balón, jugábamos a juegos de mesa, a la Nintendo y cosas de estar sentados, nunca nos bañábamos solos, siempre íbamos acompañados por su padre y las excursiones a la montaña se acabaron.

Un día, le dije a mi madre que no quería ir con él, que me aburría y me enfadé porque me obligaron. Por la noche, mis padres se acercaron y me dijeron que tenían que explicarme una cosa, que no lo habían hecho antes, porque creían que no lo iba a entender pero que se habían dado cuenta de que necesitaba una explicación o las cosas no me cuadrarían.

“Uri, está enfermo; tiene una enfermedad que le va apagando poco a poco. En unos años, dejará de andar, de correr, de comer e incluso de respirar”. ¿Cómo?, no me lo podía creer.

Tardé varios días en entender por qué Uri cada vez venía menos (se cansaba mucho y si andaba por la mañana por la tarde no tenía fuerzas), el balón y las carreras eran peligrosas por sus caídas y golpes con el contrario; ya no se podía meter solo en el río (es arriesgado, ya que hay piedras y se puede caer) y mi verano empezó a cambiar. Los primeros días no sabía muy bien cómo tratarle, si como a un enfermo, como siempre, o qué hacer. No le dejaba hacer nada y le agobié, pero luego él habló conmigo y me explicó que quería ser un niño normal, pero con otros juegos; que quería que todo fuese igual, pero mas tranquilo, sin carreras y que ya le miraban por la calle mucho cuando andaba raro y lo que él quería cuando estaba conmigo era olvidarse de su enfermedad.

Empezamos a cambiar los juegos; en lugar de las carreras jugábamos a las cartas, en lugar de río, empezamos a ir a la piscina y en lugar de fútbol, vóley.

¡Qué alegría me dio dejar el fútbol y jugar todo el día a vóley! Ahí cada uno tiene su posición, por lo que no corres tanto, no hay contrario cerca con el que chocar y es un deporte mucho más tranquilo.

Al final, el verano se había arreglado. Uri, era un niño integrado y feliz. Habíamos entendido sus necesidades y que debajo de su enfermedad estaba nuestro amigo de siempre, que no le tenía que tratar diferente solo cambiar algunas cosas.

A veces, las cosas no son fáciles para todo el mundo. A veces hay gente con problemas que no conocemos. Si yo me hubiese apartado de Uriel, habría sido el peor verano para él y resultó ser su mejor verano antes de sentarse para siempre en una silla de ruedas.

La dura realidad detrás de la adolescencia

Daniela Mazarrón García

2º ESO

PRÓLOGO

En la vida no todo lo que nos pasa son cosas bonitas y alegres, sino que muchas son duras y tristes. La adolescencia es una etapa muy importante de nuestras vidas en la que muchos jóvenes lo pasan muy mal, ya sea física o mentalmente.

Durante este proceso aprendemos a valorar lo que es importante y necesitamos en nuestras vidas y lo que no. Los amigos nos pueden ayudar en aquellos momentos en que lo estamos pasando mal y no sabemos qué hacer, pero muchas veces, ese amigo o amiga puede que no se quede en los momentos que más necesitamos y pierdas esa amistad por la que tanto te preocupas. Esto es lo que le ha pasado a una chica de trece años llamada Valeria Rodríguez.

Valeria y Paula se conocieron cuando tan solo tenían dos años, ambas iban al mismo colegio y sus hermanos ya eran amigos, pues también iban a clase juntos, al igual que ellas. En el momento en el que se conocieron se hicieron amigas, junto con otras dos chicas, Carmen y Martina. Todas se hicieron inseparables; es más, siempre les tocó juntas en clase hasta que debido a la pandemia del coronavirus separaron a Paula que se fue a otra clase.

A pesar de lo sucedido todas las chicas siguieron siendo amigas y quedaban cada vez que podían. Además, sus padres eran amigos lo que facilitó el

seguir manteniendo la comunicación. Muchas personas cuando se ven menos a menudo dejan de tener una relación con esa persona. Sin embargo, esto no fue lo que pasó con este grupo de amigas. Es más, se volvieron mejores amigas.

Durante unos meses una de las chicas, Paula, empezó a pasarlo muy mal, debido a que su novio le había dejado y su relación con su “mejor amigo” había ido a peor, así que ella, en vez de contarle a alguien cómo se sentía, empezó a hacerse cortes.

No se lo dijo a ninguna de sus amigas, pero finalmente se dieron cuenta y hablaron con ella. Paula les dijo que ya no se lo hacía, pero sus amigas no la creyeron, ya que se podían ver cortes rojos en sus brazos, lo que indicaba que eran nuevos. Las cosas empezaron a mejorar, Paula ya no se cortaba y las chicas estaban apunto de terminar 1º de ESO. Además, Paula les había dicho a sus amigas que el año siguiente iba a irse a su clase, algo que les pareció genial a todas, porque así podrían volver a estar juntas. Lo que ellas no sabían era que una vez que todas estuvieran juntas otra vez, iba a haber muchos más problemas que antes.

Llegó el primer día de colegio después de las vacaciones de verano. Las chicas habían quedado para entrar juntas y todo iba bien. Los primeros meses todo era normal, alguna pequeña pelea, pero nada del otro mundo, hasta que Paula empezó a contestar mal a todo el mundo sin motivo. Además había vuelto a cortarse, algo que no llevaba mucho tiempo sin suceder. Las amigas se enfadaron y hablaron con Paula, sin éxito, ya que esta no les hizo ni caso. Las cosas parecían haber mejorado un poco, pero Paula empezó a seguir a Valeria a todos lados y a agobiarla un poco. Valeria se lo dijo, pero no paró.

Desde ese momento Valeria y Paula se enfadaban mucho más a menudo, pero siempre que esto pasaba, después de un rato, Paula hacía como si no hubiese pasado nada, algo que molestaba mucho a Valeria.

Valeria se empezó a agobiar ya que no sabía qué hacer ni cómo actuar, pero se seguía preocupando por su amiga. La tensión entre ellas pareció haberse relajado, pero no duró mucho porque tiempo después tuvieron una enorme pelea, de la que todavía no se han reconciliado. Lo peor de todo es que Valeria sigue preocupándose un montón por Paula, pero después de todo el dolor que esta le ha causado no sabe si va a poder perdonarla.

Por otra parte, Paula hace lo mismo que solía hacer cuando se enfadaban, actuar como si no hubiese pasado nada, como si no hubiese herido a su mejor amiga de una posible forma irreparable. Solo el tiempo dirá si esta amistad se puede arreglar.

El guardián del tiempo

Julia González Sánchez

2º ESO

Aquel hombre desconocido acudía a la biblioteca del centro comercial de Edimburgo todos los días, de 19:00 a 20:00. ¿Por qué aquella precisión?

Lo extraño no era su puntualidad, sino su comportamiento: nunca se sentaba a leer. Se limitaba a ojear decenas de libros, analizaba sus portadas y los devolvía a su lugar exacto. Finalmente, elegía tres, los introducía en un reluciente maletín de cuero oscuro que siempre colgaba de su brazo derecho y salía de allí apresurado, sin pasar jamás por el mostrador de registro.

La rutina se mantuvo hasta que un día el anciano llegó tarde, apenas veinte minutos antes del cierre. Entre las prisas y la advertencia del bibliotecario sobre la hora, el hombre guardó sus libros y salió apresuradamente. En el umbral de la puerta, una hoja de papel se deslizó de su maletín. El bibliotecario la recogió con la intención de avisarle, pero sus ojos quedaron atrapados por el contenido: una lista de títulos clásicos de la literatura. «¡Algo querrán significar todos ellos!», se dijo a sí mismo.

Intrigado, buscó el primer libro de la lista. No estaba en su sitio. Buscó el segundo y el frío recorrió su espalda al comprobar que el hueco también estaba vacío. Al día siguiente, la biblioteca estaba tan silenciosa que lo hacía sentir incómodo. Se levantó de su silla como impulsado por un muelle y se dirigió a la sección de Historia. Sus dedos recorrieron los lomos de cartón buscando vacíos. Al comprobar la lista, descubrió que todos los libros ausentes compartían el mismo año de edición: 1924.

Corrió al ordenador y tecleó los códigos de barras de los libros desaparecidos. El sistema, un registro preciso que él mismo había elaborado durante

años, debería haber mostrado una alerta de préstamo. Sin embargo, al pulsar la tecla *Enter*, la pantalla parpadeó en un rojo llamativo. Un mensaje en letras blancas indicaba: "55 libros editados el mismo año no han registrado ningún movimiento de préstamo o devolución desde hace años".

A las 19:00 en punto, la puerta abriéndose anunció la llegada del anciano. Entró con su paso lento, con el maletín moviéndose al ritmo de sus piernas. Esta vez, el bibliotecario no se quedó atrás. Paró al hombre en el pasillo de inmediato.

–¡Faltan cincuenta y cinco libros! –dijo con voz firme–. Todos editados en 1924.

Se hizo un silencio sepulcral. El anciano se detuvo y sus hombros se hundieron. Sin mediar palabra, abrió el maletín sobre una mesa de madera cercana a ellos. No había documentos importantes, solo tres libros desgastados y un documento de identidad viejo y estropeado. Eran los tres libros que, por primera vez, había olvidado dejar en el baúl de su casa. El bibliotecario leyó la fecha de nacimiento: 15 de mayo de 1924.

–Es el único recuerdo que me queda –susurró el hombre con voz suave y áspera–. Nací el mismo año en que estas palabras fueron impresas.

El anciano confesó que no era un ladrón, sino un coleccionista de su propia existencia. Cada libro era un "hermano" de su tiempo. Los cuidaba en la soledad de su casa para sentir que, al reunir cada página nacida con él, podía detener el avance del reloj biológico.

–Los escondo en mi casa porque no quisiera que se perdieran como me estoy perdiendo yo –añadió mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

El bibliotecario miró el monitor rojo al fondo de la sala. Comprendió que el error del sistema no era importante en esos momentos. Con un suspiro, guardó la lista en su bolsillo y puso una mano sobre el hombro del anciano.

–Mañana es 15 de mayo. Su cumpleaños –dijo suavemente–. Venga a la misma hora. Le tendré preparados todos los libros que queden de 1924. Los repondré comprándolos de mi bolsillo para que nadie note su ausencia. El anciano sonrió ligeramente y salió de la biblioteca por última vez, avergonzado pero feliz, sabiendo que su historia, al menos por ahora, estaba a salvo entre aquellos estantes.

No somos nadie

Paula Pastor Roux

4º ESO

Siento tener que decir esto, pero no somos nadie. Ni tú ni yo somos nadie. A menos que tú seas una persona que valora la vida de verdad, entonces sí lo eres. Pero como estoy muy segura de que no, sigo escribiendo.

Hoy me he despertado por la mañana y he abierto los ojos, me encontraba perfectamente. Respiraba con normalidad el olor a tostadas recién hechas que mi madre cocinaba para mí.

Me levanté de la cama sin ningún tipo de condición de la movilidad y le dije buenos días a mi hermana antes de bajar a desayunar. Mientras yo hablaba con mi familia en el desayuno, hay un niño en Ucrania que se despedía de la suya sin saber si volvería a verla algún día.

Mientras hacía mi cama y recogía mi habitación que tanto me cuesta mantener ordenada, hay un hombre que duerme bajo unas mantas viejas que le protegen del frío de la calle. Es lo que tiene vivir sin techo... supongo.

Mientras yo respiraba aire con normalidad, sin siquiera ser consciente de ello, hay una chica de mi edad que vive desde hace dos semanas en la unidad de cuidados intensivos del hospital, donde le prestan aire para que pueda seguir viviendo.

Voy al instituto y veo a mis amigas a lo lejos, las veo todos los días y me divierto con ellas porque yo sí tengo la suerte de ir a un centro que pagan mis padres, donde sé que podré optar a la carrera de mis sueños.

A unos kilómetros de distancia, unos padres se despiden de su hijo porque va a ir a clase con sus amigos, lo que él no sabe es que es todo un sueño muy largo del que su enfermedad no va a permitirle despertar, pero él mantiene su sonrisa inquebrantable ante todo, por si acaso eso de ir al cole fuera real.

“Mamá, ¿me va a volver a crecer el pelo?”. Pregunta una niña en la habitación de al lado, que no entiende por qué su pelo largo y suave se ha caído de un día para otro; ella no recuerda haber ido a la peluquería. Tampoco entiende por qué su madre llora y para calmarla le ofrece una de sus mejores sonrisas.

Volviendo a mí, cuando es la hora de comer en el instituto, yo disfruto de mi comida, pero al lado de mí hay una chica que no come. Está muy delgada pero igual es de hacer mucho deporte, porque es raro que no quiera comer algo tan rico. Es una pena que no todos en el mundo sepan lo que es tener un plato de comida todos los días, eso sí, cuando no me gusta lo tiro igual.

Pues eso, que no somos nadie, y tenía que decirlo.

Cuando la calle aprendió a escuchar

Carlota García Valverde

4º ESO

La lluvia encharcaba las calles. El sonido de las gotas repiqueteando contra la acera y los cláxones del tráfico inundaban la ciudad. Otro día más, recogí mi saxofón y salí deprisa de la calle donde había tocado hacía unos minutos.

Con pasos apurados, alcancé mi portal y subí a mi apartamento; tranquilo y cálido, sin el frío ni el bullicio de las calles. Así que esta era mi vida. Yo, Joseph Miller, un pobre hombre que trabajaba de camarero medio jornada, y por las tardes tocaba el saxofón en terrazas o en calles principales. Nadie nunca se paraba a escucharme, ni siquiera posaban la mirada sobre mí. Era como si todos se pusieran de acuerdo en ignorarme. Alguna vez daba clases particulares o incluso tocaba en algún bar de jazz, pero poco más. Así que a esto me había conducido mi pasión por la música. Esa profesión que tanto amaba, esa carrera que tanto disfruté en mi juventud, solo me había llevado a una miserable vida en la ciudad, apenas cobrando el salario mínimo. Era una verdadera pena que este fuese el destino de los músicos en este país. En fin, qué le podía hacer yo. Abrí la funda y vi algunas monedas desperdigadas, así que me fui a dormir, exhausto y sin muchos ánimos tras aquel largo día.

Al día siguiente, tras terminar mi jornada, agarré la funda de madera de ébano de mi saxofón y salí afuera. Esta vez, me coloqué en la esquina de una terraza, donde se formaba algo de ambiente, con parejas y familias cenando. Dejé la funda abierta y comencé a tocar. Elegí una de mis melodías favoritas: "Take Five" de David Brubeck. Mis dedos pulsaron las llaves del saxofón con cuidado, comenzando la alegre melodía con algo de entusiasmo. Ya recordaba porque era mi favorita, desde luego. Tenía algo, ese gancho pegadizo

y ligero, imposible de ignorar. Bastaban unos compases para que el cuerpo quisiese moverse solo, para que entrase en tu cabeza a dar vueltas durante horas.

Comencé a tocar con alegría, las notas vibrando en mis dedos, dejándome llevar por el momento. Fue entonces cuando cerré los ojos, dejando que la sintonía me arrastrase por donde quisiera llevarme, recorriendo distintos acordes y notas como si fuese la tarea más sencilla del mundo.

Hasta que lo oí: un taconeo nítido y preciso frente a mí. No era un ruido ajeno ni casual; marcaba exactamente el mismo pulso que mi melodía. Cada golpe del tacón coincidía con el ritmo que brotaba del instrumento, como si alguien, desde la calle, hubiera decidido responderme. Abrí los ojos, y cuál fue mi sorpresa al ver a una mujer bailando al son de mi música. Una chica joven, con un vestido de volantes azul y tacones negros, se movía con ligereza acompañada de su pareja. El pobre chico no era un gran bailarín, pues sus torpes pasos y sus movimientos indecisos delataban su escasa habilidad para el baile. No obstante, él acompañaba feliz a su novia en su danza. Una sonrisa casi resplandeciente florecía en el rostro de la chica, que iluminaba sus rasgos. Toda ella parecía brillar, como si de su ser brotase una alegría genuina, directamente horneada de su corazón. Ella bailaba con fluidez, vibrando con cada frecuencia que salía de la boquilla del saxofón. Su pelo se ondeaba con el roce del aire al girar sobre sí misma, y los volantes de su vestido se agitaban como las olas del mar. El reía y se dejaba llevar por los brazos de su novia, quien bailaba con ganas. Eso despertó en mí una extraña confianza y una ilusión que me hizo distorsionar la melodía original a mi manera para alargar el estribillo.

Así, un círculo de gente comenzó a formarse a nuestro alrededor. Algunos observaban, curiosos y felices, a la pareja en su fugaz danza. Otros se unieron a ellos, bailando en parejas en ese mismo rincón. Algunas personas que pasaban se movían suavemente o incluso me dejaban dinero en el aterciopeado interior burdeos de la funda. Poco a poco, esta se comenzó a llenar y la gente se fue animando.

Cuando finalmente despegué los labios de la boquilla, el público que se había formado a mi alrededor estalló en aplausos y silbidos. Alagado y agradecido, me incline levemente hacia el frente, como un gesto de gratitud, firme

y sincero. La gente se fue yendo poco a poco. Mientras recogía mis cosas, la chica que había protagonizado aquel baile se acercó a mí:

–¡Oye! Muchas gracias por esta canción, ha sido increíble. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Por cierto, me llamo Margaret.

–Gracias a ti, Margaret. Has sido tú la que has conseguido esto –señalé con los brazos a la gente que todavía quedaba–. Además, hacía mucho que nadie se paraba a escucharme.

–No, en serio, gracias a ti. Tienes mucho talento, y se nota tu amor por el jazz. He oído la melodía y no he podido evitar bailar. ¡Es como si se hubiese metido en mis venas y me hubiese poseído! –bromeó– Ha sido tal el impulso que he agarrado corriendo a Jim y le he sacado a bailar. ¿Por cierto, como te llamas?

–Joseph.

–Bueno Joseph, espero que te vaya bien en todo este mundillo de la música, ya sabes. ¡Encantada de conocerte! –sonrió.

–Igualmente! –exclamé mientras se alejaba.

Esa noche, llegue a mi casa sonriendo. Por primera vez en mucho tiempo, llegue a mi apartamento feliz, feliz de corazón. Me lo había pasado tan bien, lo había disfrutado tanto. Regodeándome en mi propia burbuja de felicidad, abrí la funda, que brillaba mas que nunca. Ahí estaba mi saxofón y, sin duda, un montón de monedas.

Probablemente había bastante dinero allí. Pero me dio igual. Bueno, a ver, no del todo. Siendo sinceros, ¿a quién no le importa ni un poquito el dinero? Pero, en comparación con lo que había pasado esa noche, un par de monedas no eran nada. Había revivido mi devoción por la música y la mejor parte es que lo había compartido con la gente.

La gente había captado mi mensaje, lo que llevaba tiempo queriendo expresar y había contestado conmigo. Hoy, había reforzado los vínculos entre muchas parejas, familias y personas que estaban en aquella terraza. Hoy había conectado con desconocidos, había encajado un pedacito de sus almas con la mía. También había enseñado al mundo una parte de mí, de mi esencia, mi alma.

Me sentía libre, auténtico. Había mostrado mi verdadero yo, había compartido mi amor por la música. ¡Y a la gente le había gustado!

Siempre he pensado que la música es un lenguaje más y que, aunque no siempre tenga letra, transmite y une más que lo que son capaces las palabras. Sin duda, hoy lo había demostrado. Esta noche esa entusiasta pareja que había protagonizado mi canción me habían devuelto la esperanza. Había recuperado la ilusión de seguir, de no rendirme por el camino, de perseguir mis sueños a pesar de los obstáculos. Quizá, algún día alguien volviese a bailar con mi música. Quizá le causaría una sonrisa a alguien, le haría tararear o simplemente animaría su día con mis melodías. Porque para mí, ese pequeño gesto de animar el día de alguien era suficiente. Me reconfortaba, y me hacía seguir adelante. E incluso quizá, algún día, triunfaría en este mundillo de la música.



Colegio
JABY

El perro que quería ir al cole

Asier Vivas Abril

3º Primaria

Érase una vez un perro que quería ir al colegio con su dueña. El perro se llamaba Paco. Todos los días acompañaba a su dueña que se llamaba María hasta la puerta del colegio, pero allí siempre estaba Fernando con su gatita en brazos. Ambos eran unos gruñones y siempre les gritaban: ¡"los perros no pueden entrar al colegio"! Así que María le daba un abrazo para consolarlo y le pedía que volviera a casa, pero él siempre se quedaba mirando a María por la ventana. Soñaba con estar dentro algún día.

Después de mucho tiempo, un día Fernando y su gatita no estaban en la puerta del colegio y Paco consiguió entrar hasta el aula.

Paco aprovechó que un alumno faltó y se sentó en su sitio. La profesora, como era muy buena, le dejó que se quedara y siguió explicando, pero como Paco no sabía sentarse, se cayó y se golpeó contra la pared. A la pared se le hizo una grieta y después de un rato la pared se rompió totalmente y allí apareció un pasadizo secreto.

Paco y María decidieron explorarlo y al final del estrecho camino encontraron un libro en el que había escrito un pequeño texto:

"Hace mucho tiempo existió un perro especial con súperpoderes y algún día otro perro también tendrá súperpoderes".

Cuando terminó el colegio fueron al bosque a ver si Paco tenía súperpoderes. Probaron a escalar un árbol sin usar las manos pero Paco se cayó.

De repente a María le arañó un zorro y ¡sorpresa! Paco se convierte en Súper Sayan Blue y le aparecieron una espada y un escudo. El zorro se fue asustado.

Paco golpeó un árbol y salió una onda de energía que abrió un portal. Al otro lado del portal había un mundo con un montón de aves parlantes

–¿Qué está pasando? –pensó Paco.

–Paco, Paco ¡despierta! –gritaba María–, te has golpeado muy fuerte.

¡Vaya! Toda la fantasía había sido por un golpe. Paco seguía siendo un perro normal pero muy feliz porque había cumplido su sueño de ir al colegio.

Aventura de Sara y María

Sara Esteban Méndez

4º Primaria

Había una niña que se llamaba Sara y vivía sola en una cabaña.

Un día se levantó y se encontró un trozo de tarta de chocolate y fresa le dio un bocado y... apareció en un bosque embrujado.

Se pasó la noche en un árbol triste y asustada. Al día siguiente se fue a buscar comida, un refugio o la manera de volver a su casa. Entonces encontró un pasadizo secreto. Fue por allí y vio a una niña también en el pasadizo secreto. Le preguntó que qué hacía en el bosque y ella le explicó que vio un trozo de tarta de chocolate y fresa, le dio un bocado y apareció en el bosque.

Sara se quedó con la boca abierta, porque era lo mismo que le había pasado a ella.

Entonces dijo:

–No nos hemos presentado.

–Es verdad, ¡hola! Yo me llamo Sara.

–¡Hola Sara!, yo me llamo María.

–Gusto en conocerte María.

–Ah, Sara, por cierto, he encontrado una puerta oculta y la contraseña son dos letras.

Probaron muchas combinaciones pero ninguna funcionaba; entonces Sara pensó y dijo

–Podemos probar con las iniciales de nuestros nombres.

Sara puso la “s” de Sara y María puso la “m” de María. Entonces la puerta se abrió. Entraron y era como una especie de castillo abandonado que estaba decorado con telarañas murciélagos y arañas.

Había muchas escaleras y después de subirlas encontraron un portal, abrieron la puerta y había una bruja y a su lado su esposo que era un ogro.

Les invitaron a cenar; el problema era que se creían que eran una abuelita y un abuelito amables.

Se sentaron a cenar y como la bruja y el ogro tenían intención de matarles, les pusieron agua con veneno. Sara vio las intenciones que tenían avisó a María y cuando estaban poniendo la cena intercambiaron los vasos. Ellos bebieron y cayeron envenenados. Entonces apareció la misma tarta de antes la probaron y aparecieron en casa de Sara.

Sara le preguntó a María si tenía casa y María dijo que no y entonces se fue a vivir con Sara.

Mis tesoros favoritos

Alba Moreno Fernández

5º Primaria

Hoy he decidido hacer una lista. No de la compra ni de sumar ni deberes, sino de esas cosas que quiero y que me gustan tanto.

Tengo 10 años y he juntado estos tesoros en los bolsillos de mi abrigo azul: un rayo de sol que atrapé la ventana un día mientras estaba tumbada en la cama; el sonido de las hojas secas cuando una brisa de aire las hace bailar; el secreto que me dijo mi amiga al oído; y esa canción que no dejo de tararear.

En mi habitación tengo un reino montado: mi cama es un barco, mi alfombra es el mar, mi lámpara es un faro que guía mis pasos cuando leo libros y me pongo a imaginar.

He sido pirata, princesa, científica y más. Incluso he hablado con hadas y robots porque a los diez años la mente no tiene ninguna frontera alrededor. Aunque el camino parezca gigante siempre estaré lista para enfrentarme a él.

Me gusta imaginar

Paola Granado Vicente

6° Primaria

A veces, cuando estoy sola en mi cuarto, me tumbó sobre la cama y pienso cosas que me gustaría que ocurrieran. Me imagino que al salir a la calle nadie fuera antipático con nadie, simplemente que las personas que se cruzan se miraran y se sonrieran.

Si alguien ensucia o estropea algo que es de todos, que no acaben a gritos sino que el que lo ve hable tranquilamente con quien lo ha hecho y solucione el problema con un “lo siento” y “no pasa nada”.

No solo pasa esto en el mundo de los mayores. También veo que ningún niño de ninguna edad lo pasa mal. En el cole juegan juntos sin problemas, que no haya ninguno que se sienta mejor que otros o que aparten a alguien por ser diferente.

Quiero que esas diferencias que tenemos cada uno las utilicemos para elegirnos y usarlas para divertirnos más en los juegos. Por ejemplo, al que es más alto que lo elijan para baloncesto, al más bajito para pasar rápido por debajo de las sillas, al más inteligente para los juegos de preguntas y el más delgado para ponerse arriba en los juegos de figura.

Lo que más deseo cuando pienso en nuestras cosas es que la palabra *bullying* no existiera, porque eso querría decir que a ningún niño se lo habrían hecho nunca.

Alguien más la escuchaba...

Beatrice Ioana Radu

1º ESO

Cuando ya no sientes el sol siempre está ese rayo que te roza el corazón...

Elda la llamaban porque su nombre tenía un significado muy especial: "la que lucha", pero seguía valiendo la pena luchar....

En un corazón que pompea tristeza y desesperación, espera que haya una gota de sangre, ese rayo de sol. El rayo de sol que trae felicidad que no tapa la tristeza sino que la cura. Ella cree que lo ha encontrado, su rayo de sol.

Al otro lado de la ciudad está ese chico David "amado" pero nunca entendido....

En una noche de un sábado tranquilo le salta un mensaje en el teléfono "solicitud de seguimiento" de una tal "Elda_martín 92".

El niño a punto de dormir... no lo piensa le da a aceptar y seguir. No la conocía, simplemente la sentía, la entendía....

¿Despierto todavía?

Sí...

Y con esas tres pequeñas palabras que se cruzaron a través de una pantalla empezaron a hablar todos los días, pero no como pareja sino como dos almas cruzándose, conectándose, entendiéndose ...

Elda, que cada mañana se despertaba con un peso en los hombros, sin ganas de nada, con una máscara. Leda la llamaba porque esperaba que una vez el mundo se invirtiera y que sea feliz, que tenga una familia, no que sea ella el puente despreciable, la tirita de dos almas que ya no se quieren...

Mientras tanto David, el chico popular el que todo el mundo quería, todos querían salir con él y ser su amigo, siempre con una sonrisa en la cara, el problema es que nunca nadie es lo que aparenta...

Cada tarde, al llegar a su casa cogía, una lata de atún con un vaso de café negro y se lo tomaba mientras pensaba: "algún día seré guapo, musculoso y perderé esos kilos". Después de eso iba y hacía una hora de cardio, otra de fuerza y otra de resistencia... Pero lo que él no sabía es que en otra parte del mundo hay niños que tienen que andar cuatro horas para llegar a un colegio en el que hay cinco pupitres para los 45 alumnos del colegio y que todos desearían poder comer una lata de atún, tomarse un vaso de agua...

Y así dos personas tan diferentes se deshacen de ese dolor a través de una pantalla. Después de una larga conversación quedaron en una cafetería, Elda esperaba que David fuera su salvador, su rayo de sol.

Elda caminaba hacia la cafetería con los pies pesados, como si cada paso tuviera que empujar su tristeza hacia adelante. La ciudad parecía demasiado brillante, demasiado viva y ella solo podía sentir el eco frío de su soledad.

David ya estaba allí, sentado al lado de la ventana, jugando nerviosamente con su teléfono. Cuando levantó la vista y vio a Elda, su sonrisa no era la que todos conocían; era pequeña, frágil, casi rota. Por un momento, Elda sintió que podía respirar, que alguien realmente la veía.

—Hola —dijo él, con voz suave, casi temblando.

Elda solo asintió, incapaz de hablar. Las lágrimas le ardían los ojos y no pudo evitar que una rodara por su mejilla. David la limpió con una servilleta, sin palabras, solo sosteniendo su mirada, como si comprendiera todo lo que ella no podía decir.

Se sentaron juntos y hablaron durante horas, pero no era conversación común. Cada palabra era una confesión, cada silencio un abrazo que ninguna de sus almas había recibido antes. Por primera vez, Elda sintió que podía bajar la guardia, que la tristeza no la aplastaba tanto cuando estaba él. Que él era ese rayo de sol el que cura no tapa la tristeza y por fin Elda se pudo quitar la máscara...

Los protectores

Naiara Sánchez-Gabriel Carpintero

2º ESO

Nosotros vivimos en la tierra, pero eso no significa que no haya otras especies en algún otro lugar, como el sol.

Solo hay una raza que pueda soportar aquellas temperaturas y condiciones extremas. Sus protectores, así es, el sol tiene a sus protectores, son seres mágicos con pieles cálidas y brillantes y ojos rojos llenos de decisión, porque así son ellos, firmes y energéticos. Al contrario que los protectores de la luna, ellos son tranquilos, pacíficos y sin preocupaciones.

Un día el sol empezó a apagarse, como si fuese una bombilla. En ese mismo instante los protectores del sol se alarmaron intentando encontrar una solución antes de que pasara algo peor. El problema es que la solución no estaba en el sol sino que estaba en la luna.

Los protectores del sol decidieron hacer un grupo para ir a la luna e intentará investigar un poco más. Para ellos aquel era un viaje muy duro, ya que no se llevaban muy bien con los otros protectores y en la luna las condiciones eran completamente diferentes a las que ellos estaban acostumbrados.

Una vez en la luna los protectores del sol fueron a preguntar al más sabio de los protectores de la luna. El sabio les dijo que el sol estaba perdiendo su energía y para darle la energía que le hace falta debían darle toda su fuerza dos protectores, uno de la luna y otro del sol. Los protectores del sol accedieron, pero en cuanto fueron a decirles a los protectores de la luna que uno de ellos tendría que darle al sol toda su energía, estos se negaron rotundamente diciendo que a ellos eso no les afectaba en nada y que nadie se sacrificaría por un pequeña pérdida de energía.

Al notarlos tan despreocupados, los protectores del sol intentaron hacer que entraran en razón diciéndoles que si no hacían el sacrificio el sol se apagaría, los humanos morirían y ya sería muy tarde para volver a encenderlo.

Los protectores de la luna se rieron y pasaron. Sin poder hacer nada más los protectores del sol volvieron a su hogar con las manos vacías.

Una semana más tarde el sol se apagó por completo y todo se convirtió una fría oscuridad. Los protectores del sol ya no podían vivir allí, necesitaban el calor del sol.

Justo cuando los protectores del sol ya estaban viendo su fin, les llegó una carta de los protectores de la luna, diciendo que les querían ayudar, pero ya era tarde, al sol le faltaba toda la energía.

El sabio de los protectores de la luna dijo que todos los protectores tanto del sol como de la luna deberían darle todas sus fuerzas, todos ellos se quedaron horrorizados... sería el final para todo tipo de protectores, o eso pensaban hasta que llegaron los protectores de la galaxia y le dieron al sol toda la energía que necesitaba, advirtiéndoles de que si volvían a descuidar a la luna o al sol no les ayudarían y tendrían que darles todas sus fuerzas.

No hay nadie

Úrsula Herrero Miñano

3º ESO

Vuelves a tu casa de noche, será la una de la madrugada; se te ha hecho tarde en la casa de tu amigo.

Vives cerca, así que el trayecto no te asusta, incluso, aunque lo niegues un poco, lo comienzas a disfrutar.

Es verano y aunque sea ya de noche sigue haciendo calor. La calle está desierta y oscura porque pasaste una farola hace tiempo y todavía te queda hasta la siguiente. Pero de lo que más te percatas es del silencio, no es de esos silencios pesados y abrumadores; es un silencio fino y delicado, tan frágil que temes romperlo con tus pasos.

Unos segundos más tarde otros pasos lo rompen. Unos pasos fuertes que solo producen los zapatos duros. Siguen avanzando hasta que los oyes unos metros detrás de ti. Se paran y tú sigues caminando. Aunque la curiosidad te vence y decides mirar de soslayo.

No hay nadie.

Los pasos vuelven a hacerse sonar, subes el ritmo hasta casi correr. Ese nadie te sigue y sigue sonando cuando notas el aire caliente de una palabra en tu oreja. Como si te hubiesen dicho algo sin hablar. Entonces los pasos vuelven a ser tranquilos y se van haciendo más y más débiles cuanto más te acercas a la farola que está delante de tu casa. Entrás y te encierras en tu cuarto. Te sientas en el suelo con la espalda contra la puerta.

Intentas recuperar el aliento y la cordura. Lo del aliento se te da mejor. Empiezas llamar a alguien, no miras el número, estás demasiado asustado. Entonces oyes unos pasos en el pasillo. Sabes perfectamente quién es.

Es nadie, no hay nadie.

¿Debí casarme?

Ángela Collado Castillo

4º ESO

En una mañana de un martes cualquiera iba caminando hacía mi nuevo trabajo en el banco. Antes de ese empleo tuve unos cuantos más, pero en ninguno me contrataban de forma permanente, así que intenté probar en otro lugar.

Sinceramente, no entiendo por qué no me duran los trabajos ya que terminé la carrera de Economía y, en mi opinión, se me da muy bien. Pero, según todos los jefes que he tenido últimamente, me echaban porque me distraía mucho y me iba antes de tiempo. En parte, tienen razón, pero es que ellos no saben lo que pasa y tampoco se lo quiero contar.

Hace diez años, cuando tenía treinta y dos, me casé con una mujer. Era muy guapa, simpática y, sobre todo, muy graciosa. Pero, a lo largo de los años, empezamos a discutir por las cosas más absurdas que se le ocurrían. Una vez discutimos simplemente porque le di las gracias a una chica muy maja que me recogió algo que se me había caído al suelo. Otra vez, fuimos a un bar, la camarera me sonreía mucho y, la verdad, también era muy maja. Por esa razón estuvimos discutiendo, delante de la pobre camarera, durante casi dos horas enteras. ¡Pero yo qué culpa tenía de que le gustase a la camarera! Además, yo solo le respondía por educación y nada más. Según iba conociendo más a mi mujer, me daba cuenta de cosas que no me gustaban nada, como que era demasiado celosa y tóxica. Pero no quiero dejarla ya que la quiero muchísimo.

En estos últimos años se ha descuidado un montón, la echaron de su trabajo, no cuida su salud y siempre está cabreada. Pero, aun así, yo la sigo queriendo.

La cosa es que hace un tiempo, estábamos discutiendo, bueno más bien ella hablaba y yo estaba leyendo el periódico. Y de repente, me miró súper en-

fadada, me cogió del brazo y me levantó como si pesara igual que una pluma. Luego, cogió impulso y me tiró por la ventana. Menos mal que vivíamos en casas pequeñas y, aún estando en el segundo piso, no me hice más daño que un moretón en la pierna, ya que había unos arbustos debajo.

Todos los vecinos de alrededor me vieron y se acercaron a preguntar si estaba bien y qué había pasado.

Yo les dije que sí que estaba bien, que había sido un pequeño golpe y cuando iba a contestar a la segunda pregunta, mi mujer apareció por la puerta de casa llorando a mares y gritando cosas sin sentido. La verdad, lo primero que pensé fue que no parecía la misma persona que me acababa de tirar por una ventana y se me fue un poco el enfado, aunque seguía alucinando por lo que acababa de pasar.

Mi mujer fue quien respondió a la segunda pregunta y dijo que yo estaba tan enfadado con ella por una discusión tonta, que di unos pasos hacia atrás y me caí. Al escuchar eso, no, podía ni hablar, ¡había cambiado completamente lo que había sucedido en realidad!

Después de decirles a los vecinos que estaba bien, entramos a casa y mi mujer me dijo, con una voz muy seria: "Como se te ocurra contarle a alguien lo que ha pasado en verdad, no te tiraré desde un segundo piso, sino desde un décimo".

Al escuchar eso, no pude decir nada, estaba paralizado, así que simplemente asentí con la cabeza.

Después de lo que ocurrió ese día, me dijo que como volviera de trabajar después de las tres de la tarde, lo haría otra vez.

El problema era que mi horario de trabajo, en ese entonces, era de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Así que, después de un tiempo, como me iba antes de lo que decía el horario, me acabaron echando.

En los siguientes trabajos me pasaba igual. ya que tenía mucho miedo de llegar después de las tres.

Pero el horario del trabajo al que estoy yendo ahora, es de ocho de la mañana a dos de la tarde. Por eso, espero que en este no me echen.

Os estaréis preguntando por qué no me divorcio de ella y solucionado, pero es que yo la sigo queriendo y sé que, a su manera, ella también me quiere a mí.

Las cartas que nunca llegaron

Daniela García Gómez

1º Bachillerato

Todas las mañanas misma rutina, mismo lugar, diferentes sentimientos.

Cojo mi mochila, camino doscientos treinta y tres pasos y lo sé porque me ha dado tiempo de sobra a contar esa ruta día tras día; llegó al buzón ubicado en la esquina de la plaza y saludó como de costumbre a la señora que desayuna todos los días en el mismo bar sin saltarse un día y que muchas veces pienso que me gustaría ser ella y no encontrarme parada mirando ese estúpido buzón amarillo que aunque no es mi parada final siempre me atormenta el camino. Abro mi mochila, con millones de pensamientos rondando mi cabeza, cojo la carta que previamente había sellado en casa y la mando. Da igual las incontables veces que piense que ese día no llegaría y que pasaría de largo ese buzón que me provoca tantos sentimientos, pero siempre es igual: me paro, envío la carta y en ese mismo instante sé que mi respuesta nunca me será devuelta.

Mamá dice que tengo que aprender a pasar página, aunque sé que ni ella misma lo ha conseguido. Lleva tres meses sin decirle que te sigo mandando cartas y la estoy viendo más feliz últimamente y ayer, por fin, después de un año y dos meses, consiguió salir de casa.

Papá la está ayudando muchísimo y ya casi nunca discuten, quién diría que gracias a ti dejarían de discutir, cuando normalmente era yo siempre la que los separaba para que dejaran de gritar por una simple tontería. Creo que esta va a ser la última carta que te mande y me duele pensar que mañana será la última vez que miraré el buzón amarillo con dolor y lo miraré con liberación.

No estoy lista pero tengo que dejarte ir y solo puedo sentir un vacío que no creo que logre superar, quiero que sepas que no te estoy echando en cara que ya no estés conmigo, pero sé que estás mejor allí. Descansa. Te quiere, tu hermana.

Los poemas de Natalie

Julia Martínez Blázquez

2º Bachillerato

Natalie era una joven que vivía en una pequeña casa de un pintoresco pueblecito en el sur de Inglaterra. Era una persona a la que le encantaba cocinar, cantar.... pero su gran pasión era escribir. La escritura la había acompañado desde que era pequeña y era lo que más disfrutaba hacer.

Diariamente, se levantaba alrededor de las ocho de la mañana y se iba a dar un paseo por el bosque. Tras ello volvía a su casa, tomaba su tostada con mantequilla diaria y un té mientras disfrutaba de las vistas desde la ventana de su cocina. Después de eso se sentaba en su estudio y se ponía manos a la obra.

Cogía un papel, unas plumas, tinta y comenzaba a escribir. Una palabra tras otra, mientras de fondo se escuchaba una melodiosa canción de su compositor favorito, Richard Wagner. Mientras, ella se dejaba llevar por el ritmo de la canción y por sus emociones. Y así se pasaban las horas, hasta que finalmente terminaba su poema. Sus poemas eran muy hermosos, profundos y escritos con una perfección increíble, pero tenían una peculiaridad, Alessandra no escribía sobre el paisaje de su alrededor o sobre sus emociones, solo escribía poemas de personas que, por algún motivo que ella ocultaba, tenía constantemente presentes en su mente.

Y a continuación, surgía la magia, sus poemas salían del papel y cobraban vida, convirtiéndose en personas. Era algo asombroso e incluso ilógico, pero a Alessandra parecía que se llenaba de alegría. Se ponía a bailar con ellos al son de la música y observaba cómo sus obras se transformaban en realidad. Se sentía orgullosa de que algo que ella hubiera creado se hiciera humano, real y al mismo tiempo para ella era como si tuviera compañía.

Lo que ella nunca contaba era que las personas de las que escribía eran personas que había perdido y escribía para recordarlas y mantener, seguir, su recuerdo. Aunque fuera por un rato, sentía que esas personas estaban con ella. La mayoría de la gente de su alrededor decía que estaba loca y que se le había ido la cabeza, pero ella no lo veía así.

Y así pasaba ella los días, escribía con la esperanza de que lo que veía y sentía con sus poemas pudiera ser real, que fuera su vida. Y de que, aunque fuera temporal y probablemente todo eso estuviera en su mente, pudiera tener la compañía de alguien.



Colegio
Jaime Vera

Martina en busca de Papá Noël

Celia Pérez González

4º Primaria

Había una vez una niña de seis años llamada Martina que cumplía años el 10 de septiembre. A Martina le encantaba la Navidad y cuando llegaba Papá Noël siempre se alegraba mucho.

Pero un año quiso ver a Papá Noël en persona y ella no sabía cómo conseguirlo porque él era mágico. Pensó en ello durante mucho (días, semanas, meses...) hasta que por fin se le ocurrió algo maravilloso: escribirle en la carta que quería verla en la noche de Navidad a ver si así se le podría ver. Cuando Papá Noël recibió la carta se puso muy contento, aunque sabía que no podía mostrarse a los niños en Navidad, pero podía enviar una nota con unos enigmas para que se encontrasen en otro momento si la niña era capaz de descifrarlos.

Martina recibió una nota en la que ponía *"sí a Papá Noël quieres encontrar, estos enigmas debes descifrar"*. Los resultados de los indígenas eran el momento en el que ella se encontraría con Papá Noël.

Los enigmas que aparecían en la nota eran:

Primero: suma 3 veces tus años y ese día será el de nuestro encuentro.

Segundo: dos meses antes de tu mes de cumpleaños será el mes de nuestro encuentro.

Tercero: en 2025 estamos, 3 años después será el año de nuestro encuentro.

Martina lo descifró: 18 de julio de 2028. Ese será el día que vería a Papá Noël.

Desde entonces, estuvo esperando con mucha ilusión que llegara ese día. Cuando por fin llegó el momento, Martina estaba muy nerviosa. Eran las 18:30 h de la tarde y estaba en la biblioteca cuando entró Papá Noël. Se sentó a su lado y contó a Martina que muchos niños también piden verle pero algunos no averiguan los enigmas y no le pueden. También le dijo que ella pudo gracias a su inteligencia y a su esfuerzo por conseguir lo que se proponía.

Cuando Martina llegó a su casa le contó todo a su hermana pequeña, Ainara, que tenía tan solo tres añitos, aunque ella no entendió muy bien la historia.

Y así fue como Martina pudo cumplir su sueño. A partir de ese momento gracias a lo que le dijo Papá Noël, Martina disfrutaba cada vez más de la Navidad.

El tótem brillaluna

Marcos Gutiérrez Calatrava

5º Primaria

Había una vez en un bosque súper escondido un grupo de duendes chiquititos pero muy rápidos y un grupo de trolls grandotes pero un poco torpes. Los dos vivían en paz, más o menos, porque los trolls roncaban fuerte y los duendes se quejaban todo el tiempo.

Un día un rayo cayó en medio del bosque y dejó un tótem mágico clavado en el suelo. Era altísimo, casi del tamaño de un troll y brillaba mucho.

Los duendes fueron los primeros en verlo y dijeron:

–¡Es nuestro!, ¡con ese tótem seremos los más importantes del bosque!

Pero justo cuando intentaban levantarlo llegaron los trolls.

–Ese palo bonito es nuestro. Lo vimos desde lejos cuando brilló.

–¡Mentira! –contestaron los duendes– nosotros llegamos primero.

Y así empezó la peor pelea de la historia del bosque. Los duendes tiraban piñas y los trolls lanzaban bolas de barro. Era un desastre total. Los pájaros salieron volando y las ardillas se escondieron. Mientras discutían el tótem empezó a temblar y de repente una vocecita salió del tótem:

–¡Ya basta! –dijo una voz–. No soy para pelear. Soy para unir.

Todos se quedaron quietos.

–Si no trabajamos juntos –dijo el tótem– me apagaré.

Los duendes y trolls se miraron y juntos dijeron:

–Bueno... podríamos compartirlo supongo...

Desde ese día, duendes y trolls construyen un círculo alrededor del tótem donde jugaban juntos, contaban historias y estaban compitiendo para ver quién podía mover más hojas o piedras.

Y así, gracias al tótem brillaluna, el bosque dejó de ser un lugar de peleas y se volvió un espacio de risas. Bueno, excepto cuando los trolls roncaban. Eso no cambió.

La profesora maravilla y el ataque alienígena

Eduarne Álvarez Herrero

6º Primaria

Hace mucho, mucho tiempo, después de Semana Santa, en el colegio Jaime Vera, Silvia, la profe de 6º A fue a darles la bienvenida a sus alumnos.

–¡Hola! Buenos días chicos, ¿qué tal las vacaciones?

Todos contestaron con un “muy bien profe”.

Eduarne levantó la mano y preguntó:

–¿Y qué tal tus vacaciones?

Silvia le contestó: –Muy bien, gracias por preguntar.

Ese día fue un día normal pero no sabían que al día siguiente iba a pasar algo que cambiaría su forma de ver a la profe.

El día siguiente empezó siendo un día normal, con lengua, mates, soci... pero, de repente, empezó el recreo. Todo el mundo salió corriendo al recreo Carmen y Eduarne se fueron a sentar en el banco más alejado de las aulas. Todo iba normal: niños corriendo, jugando, hablando... cuando las chicas se sentaron se creó una sombra encima de sus cabezas a la que no le dieron importancia:

–Seguro que es una nube tapando el sol –dijo Eduarne.

–Sí seguro –dijo Carmen.

Cuando terminaron de hablar todo el mundo se paró a mirarlas o eso se pensaban ellas.

Todos empezaron a correr y en ese momento se preocuparon y se levantaron y miraron hacia arriba y corrieron temiendo por sus vidas y avisaron a su profe Silvia.

Silvia dijo: –chicos id clase y esconderos todos.

Todos obedecieron menos Carmen y Edurne que no se enteraron.

Las chicas se escondieron debajo de un banco para que nadie las viese pero las vio una profe.

–Chicas ¿qué hacéis aquí? –les dijo la profe.

–No nos dimos cuenta de que nos teníamos que ir –le contestaron.

–Venga chicas id a clase a esconderos –les dijo.

Ellas fingieron irse y cuando la profe salió corriendo volvieron a esconderse y vieron algo alucinante. Vieron a su profe pero no iba vestida como siempre, llevaba un traje de superheroína. Las chicas alucinaron y buscaron algo con lo que grabarlos. De repente vieron un móvil, se acordaron de que a la profe con la que habían hablado antes se le habían caído y con él empezaron a grabarlo todo.

Cuando terminó la pelea contra los extraterrestres ellas corrieron a clase para que no las viera nadie, especialmente la profe y se escondieron para que no sospechara. Cuando llegó a clase Silvia les dejó tiempo libre. Mientras Carmen contaba a algunos compañeros lo que había pasado, Edurne se lo contaba a otros.

–Chicas, chicas, no os vais a creer lo que he visto –dijo Edurne susurrando.

–¿El qué, el qué? –dijo Elisa.

–Pues he visto a Silvia luchando contra los extraterrestres –le contestó Edurne.

–¿Cómo ha sido la pelea? –Preguntó Eric.

–Muy graciosa –le contestó Edurne–. Bueno, os voy a contar lo que ha pasado: de repente vimos una nave extraterrestre de la que empezaron a bajar un montón de extraterrestres con armas. Buscamos algo con lo que grabar y cuando lo encontramos vimos a Silvia con un traje de superheroína y empezaron a pelear. Pero no era una pelea normal con puñetazos y patadas –dijo Edurne.

–Entonces ¿cómo fue? –interrumpió Aaron.

Pues Silvia lea decía problemas de matemáticas y mientras pensaban en las respuestas Silvia les pegaba... y así con todas las asignaturas. Ha sido una pasada –dijo Eburne.

–Pero, espera un momento, no habías dicho que lo grabasteis –dijo Lucía.

–Sí, es verdad, voy a buscar el vídeo –dijo Eburne.

Eburne busca el vídeo para enseñárselo a sus compañeros y de repente grita:

–¡No... no... no... nooooo!

–¿Qué pasa, qué pasa? –le preguntan sus compañeros.

–¡No... no... no...! No está el vídeo. No le dimos a grabar –dice Eburne.

–No pasa nada, solo con verlo ya es una pasada –le dijeron todos.

Eburne llamó a Carmen para contárselo todo.

–Carmen no le dimos a grabar, se nos olvidó –dijo Eburne.

–No pasa nada –le contestó Carmen.

–¡Ah!, por cierto, díles a todos que no se lo cuenten nunca a nadie ¿vale?
–dijo Eburne.

–Vale –dijo Carmen moviendo la cabeza.

Desde aquel día todo ha sido normal pero Carmen y Eburne nunca más vieron a Silvia con los mismos ojos.

Esta historia no está basada en hechos reales.



Colegio
Joaquín Blume

La operación bizcocho

Alicia Echeverri Arbeláez

5º Primaria

Érase una vez una casita alejada del reino, donde vivía una anciana. Ella siempre preparaba un delicioso bizcocho al que olía el bosque entero.

La anciana era súper gruñona, por eso ponía varias trampas para pequeños ratones, porque hace ya mucho tiempo un pequeño ratón entró en su casa a robarle el bizcocho.

Carlitos, un inofensivo ratoncito, fue atraído por el olor del bizcocho y se le ocurrió ir a por él. Para ello trama un plan: iría a por él cuando la vieja estuviera distraída.

Carlitos fue con mucho cuidado a por el bizcocho, que estaba al lado de la nevera. Mientras tanto, la anciana veía su serie favorita: “El verano en que me enamoré”. Carlitos corrió rápidamente a por el bizcocho, tan rápido que se tropezó, lo que hizo que la anciana le pillara. Carlitos salió pitando de la cocina pero la anciana iba tras él. Ella consiguió atraparlo y lo ató a una cuerda que tenía pegada al techo y puso agua ardiendo debajo de él. Rápidamente fue a por unas tijeras y cuando estaba a punto de cortar la cuerda escuchó a Carlitos suplicando perdón. A la anciana no le gustó oírle llorar y entonces lo soltó.

Carlitos le explicó que el olor a bizcocho era irresistible. Así que llegaron a un trato: cada vez que la anciana preparase un bizcocho le daría un poco, y así él no le molestaría más. Desde entonces el trato se ha cumplido sin quejas.

Salvando el equipo

Henar Panadero Díez

6º Primaria

A Leia, Clara, Marta y María les gustaba tanto jugar al fútbol sala que decidieron montar un equipo. Había dos problemas: el primero, fácil de solucionar, era encontrar más niñas como ellas con ganas de jugar; el segundo, casi imposible, encontrar el dinero para pagar las tasas.

Amigas del cole y del barrio se apuntaron al equipo. Juntas pensaron qué hacer para conseguir el dinero. Con el dinero de sus huchas y sus pagas no les llegaba ni para una media del pie izquierdo, así que decidieron hacer una rifa para conseguir algo de dinero. Recorrieron las calles del barrio y las más conocidas de Torrejón. La calle Mármol estaba llena de gente comprando; la calle Valle del Tormes, con familias jugando en el parque; la calle Joaquín Blume, con padres y abuelos llevando a sus niños al polideportivo; la calle Lisboa, con sus vecinos dando paseos; la calle Pesquera, de camino al ayuntamiento y por último en la Plaza Mayor, donde había muchos turistas viendo a los Guachis, les compraron todas las papeletas que quedaban.

Con lo que sacaron de la rifa pudieron pagar las tasas. Solo quedaba encontrar una equipación al gusto de todas y alguien que la pagara. Todas decidieron lo mismo: camiseta morada y pantalón amarillo, excepto la portera que eligió camiseta rosa y pantalones negro. El nombre también fue fácil: Torrejón Fútbol Sala... pero encontrar el dinero para los trajes, ya no tanto.

Estaban tan tristes que un día cansadas de buscar tanto, se sentaron en círculo en el suelo en el centro de una pista del polideportivo. A una señora que pasaba por allí, le llamó la atención que estuvieran tan tristes y habló con ellas, la mujer comprendió la situación y se ofreció a comprarles los trajes a cambio de poner la publicidad de su local en las camisetas. Todas quedaron contentas y os puedo decir que, hoy en día, tienen un gran equipo y compiten en la liga para divertirse, pasarlo bien y también ganar.

El eco de la perseverancia

Sebastián Daza Pérez

6° Primaria

Leo creció en un barrio donde el cemento era césped y las porterías se dibujaban con dos mochilas viejas. Desde niño supo que su destino estaba en sus pies, las botas gastadas. No tenía las mejores zapatillas ni un entrenador de élite, sólo la fe inquebrantable de que el fútbol era su idioma.

Cada tarde, tras la escuela, el balón y él se fundían, esquivando farolas y coches aparcados, como defensas. Su madre le pedía que volviera antes de que anocheciera, pero la luz de la calle siempre lo encontraba regateando. Su ídolo no era una estrella de televisión lejana, sino el chico del quinto piso que jugaba en liga regional.

Leo soñaba con ese momento, con la ovación de la grada, con el rugido de un estadio que coreara su nombre con fuerza.

Un día, en un torneo local, un ojeador lo vio jugar y quedó prendado de esa magia innata, de ese toque sutil.

–Tienes algo especial, chaval –le dijo con una sonrisa– un fuego que no se aprende en ninguna academia.

Ese instante cambió el rumbo de las tardes de cemento, reemplazándolas por entrenamientos duros y madrugones.

El camino estuvo lleno de sacrificios y de dudas crueles, de lesiones que dolían más en el alma que en el músculo.

Hubo días en los que quiso rendirse, dejar la lucha, sintiendo el peso del fracaso y la burla de algunos. El dinero escaseaba, y a veces no había para el

autobús, así que Leo corría kilómetros para llegar a entrenar. Pero recordaba el brillo en los ojos de su abuelo al verlo.

“El balón es caprichoso –le había dicho una vez el anciano–, pero si lo tratas con amor, te devolverá la gloria”.

Leo apretó los dientes, entendiendo el peso de esas palabras, y convirtió cada obstáculo en un nuevo desafío superado. Debutó en el equipo juvenil con el corazón en la garganta, sintiendo que el sueño por fin comenzaba a ser real.

Marcó su primer gol, un disparo cruzado que besó la red y el grito de la afición le supo a victoria, a hogar. No era el final del viaje, sino el inicio de una odisea, donde cada partido era un capítulo escrito con pasión.

Ahora, cuando pisa el césped, ya no ve las viejas mochilas, sino un mundo de posibilidades que se abre a sus pies. Sabe que el fútbol es más que un juego de once, es una metáfora de la vida, de caer y volverse a levantar.

Leo sigue siendo el mismo chico humilde del barrio, pero ahora lleva en el pecho el escudo de su equipo amado.

Su historia es el recordatorio de que los sueños se cumplen, si la dedicación y el coraje guían cada uno de tus pasos.

El fútbol no se juega con los pies, sino con el alma.



Instituto
**Juan Bautista
Monegro**

La elección

Jimena Arpón del Cura

2º ESO

En una hermosa montaña llena de ríos y árboles, había en mitad del bosque una cabaña hecha de madera. En esa cabaña solo vivían un anciano y su nieto, que era adoptado, pues sus padres habían sido víctimas de la guerra muchos años atrás.

El anciano siempre le decía a su nieto que debía aprovechar el tiempo y ser feliz cumpliendo sus sueños, pues la vida es muy corta y pasa cada vez más rápido. El abuelo siempre lo decía porque él apenas la había aprovechado y, ahora, en su vejez, recordaba su juventud y sentía una profunda tristeza y arrepentimiento en su corazón.

El nieto, que tenía 15 años, siempre le escuchaba con atención, aunque hubiera repetido las mismas historias cientos de veces.

Ellos dos vivían muy felices en la montaña, aunque el abuelo siempre insistiera en que tenía que irse de allí y tener una vida bonita y completa.

Un día como otro cualquiera, después de cenar y haber estado hablando un rato mientras ambos contemplaban la brillante chimenea, el nieto fue a acostarse y al ir a cerrar las cortinas, vio un par de ojos brillantes observándolo desde la linde del bosque. Al principio pensó que un perro o quizás un lobo, pero al mirar más detalladamente, se dio cuenta de que era una cabra, apoyada sobre las dos patas de atrás, justo como un humano.

Cuando la cabra vio que le devolvían la mirada, caminó hacia la oscuridad del bosque y se desvaneció. El chico era una de esas personas que prefieren hacer como si nada hubiera pasado y olvidarlo, así que cometió el grandísimo error de no decirle nada a su abuelo, que seguía en el salón leyendo un libro y cerrar las cortinas para irse a dormir.

La noche fue tranquilíta y nada interrumpió la paz del nieto o el abuelo hasta ya pasada la medianoche, cuando de pronto sonaron tres golpes en la puerta. El anciano se levantó del sillón, dejó el libro a un lado y fue a abrirla, pensando que sería algún viajero pidiendo refugio o alimento, pero al abrir, se encontró con un hombre bien vestido, con una gran sonrisa en el rostro. Llevaba ropa ligera a pesar del frío y el pelo perfectamente peinado, como si acabara de salir de la peluquería.

El anciano, preocupado, le preguntó al hombre que si estaba bien o necesitaba algo, pero él dijo que no, que estaba perfectamente y que solo quería proponerle un trato.

El abuelo le preguntó que cuál era ese trato y el hombre sacó de su bolsillo tres frasquitos llenos de un líquido transparente y dijo: "Dos de estas botellas contienen un veneno mortal que le causará la muerte instantáneamente, pero la otra contiene una medicina que le devolverá su juventud y le concederá la vida eterna. Permitiré que escoja y tome uno de ellos si me da algo a cambio, pero no puedo decirle lo que es hasta el final."

El anciano dudó por un momento, pero como había pasado casi toda su vida en la montaña, sabía mucho sobre venenos, así que aceptó con seguridad, deseando con ansia volver a ser joven.

El hombre le entregó los frascos y durante los siguientes cinco minutos. el abuelo olió, observó, sacudió y removió cada botella hasta que al final escogió sin ninguna duda el frasco del centro.

En ese momento, el nieto se despertó por el frío invernal que entraba por la puerta abierta de par en par y vio a su abuelo y al hombre hablando, así que se levantó para asegurarse de que todo estuviera bien. Pero no llegó a tiempo de impedir que el anciano se bebiera el frasco de un solo trago. Durante un fugaz instante, todo estuvo en silencio y al segundo siguiente. el abuelo colapsó y tras toser una gran cantidad de sangre, murió allí mismo.

El nieto gritó horrorizado y fue a atender a su abuelo inmediatamente, pero al levantar la cabeza, se encontró cara a cara con la cabra de antes, que ahora ocupaba el lugar del hombre. El niño se apartó de un salto y, paralizado por el miedo, no le quedó otra opción que ver cómo el animal se acercaba al anciano, le daba la vuelta y le metía le mano por la garganta, para sacar lo que parecía una bola de luz: su alma.

Tras meter el alma del abuelo en el mismo frasco del que previamente había bebido, la cabra se levantó, se giró y le dijo al niño: "No eligió la opción correcta." Y acto seguido, desapareció en la espesura del bosque.

El nieto estaba tan alterado, que al recuperarse del temor que le inundaba, lo que hizo fue quemar el bosque, con la única idea de matar a la cabra y después salió de allí para no volver jamás.

Aunque al final sí pudo superar sus recuerdos y tener la bonita vida que el abuelo quería para él, antes de que la cabra lo volviera a encontrar, claro.



Instituto
León Felipe

La sombra que seguía a Sofía

Yasmín El Yazidi Mekaoui

1º ESO

Sofía siempre había sentido que alguien la observaba mientras caminaba sola. No era miedo... era una sensación extraña que no podía ignorar.

Una tarde, al volver del instituto, notó una sombra detrás de ella. Aceleró. La sombra también. Al doblar la esquina, desapareció.

Al día siguiente pasó lo mismo. Cada tarde, la misma sensación: alguien caminando detrás. Sofía no dijo nada en casa, pero escribía todo en su cuaderno, buscando entenderlo.

Un día decidió esconderse y esperar. La sombra apareció... Y esta vez pudo ver que era un chico de su edad.

–¿Por qué me sigues? –preguntó Sofía.

–No te sigo –respondió él–. Solo... tomamos el mismo camino.

Ambos se quedaron en silencio, hasta que un ruido detrás los hizo girarse. Una sombra flotante se deslizó al final de la calle. No era humana.

Sofía dio un paso adelante. El chico la imitó. La sombra desapareció en el aire como humo atrapado por el viento.

–Creo que alguien nos estaba vigilando a los dos –dijo Sofía.

–Entonces... –el chico respiró hondo–, descubramos quién.

Esa noche, mientras escribía en su cuaderno, Sofía sintió que la historia no había hecho más que empezar.

Al día siguiente Sofía y ese chico se volvieron a encontrar pero esta vez en el parque.

Sin título

Sara Marso El Halouli

2º ESO

Hace años, en 1996, un conocido asesino en serie cometió varios asesinatos en España. Ocurrían en cualquier lugar y en cualquier momento y todo el mundo tenía miedo. Una de las personas que murieron era el padre de dos chicas, la mayor, Matilda de 32 años, y la menor, Lía de 26 años.

Estaban en el funeral de su padre cuando Lía dijo:

–Matilda, voy a encontrar a ese asesino, ¿me ayudarás?

–Claro, lo encontraremos juntas.

Pasaron los años y los asesinatos continuaban, la obsesión de Lía cada vez era más grande, hasta que en 2002 el asesino empezó a dejar pistas. Después de matar a una pareja mientras tenían una cita, el asesino dejó un mensaje. En el mensaje aclaraba que había matado a esas personas porque se lo merecían; al final, incluyó un código.

Todo el cuerpo de policía intentó descifrarlo, al igual que Lía y Matilda; tardaron unos meses pero lo consiguieron: “En la casa del bosque el 9 de junio”.

Lía ya sabía dónde era, no estaba lejos de su casa y muchas pistas apuntaban hacia allí, pero era propiedad privada y sin pruebas sólidas no podían entrar en el lugar.

A Lía eso ya le daba igual, solo faltaban dos días para la fecha y comenzó a prepararse, pero Matilda la detuvo.

–Ni se te ocurra ir, es demasiado peligroso. Deberíamos llamar a la policía

–Si lo hacemos, el asesino tal vez se dé cuenta y no aparezca. ¿Me acompañarás o no?–le preguntó Lía.

–Esto es demasiado, no puedes seguir así –contestó Matilda decepcionada.

Llegó el 9 de junio. Lía, armada con una pistola, llegó a la casa, entró a todas las habitaciones hasta que, en una de ellas, encontró a una figura de

espaldas. Sin pensarlo, le disparó. Al acercarse para ver quién era, se quedó petrificada: era Matilda.

–¿Qué? Eras tú, pero..., ¿por qué? –dijo Lía devastada.

–Sí, fui yo.

–Pero... ¿Por qué mataste a nuestro padre?

–Tú aún no habías nacido, pero él me pegaba. Lía, has pasado mucho tiempo obsesionada con este caso, fue horrible verte así. Entonces decidí que lo mejor era que me mataras, así por fin podrás ser libre. Adiós, Lía –dijo Matilda con su último aliento.

Relato ficticio politemporal

Gonzalo Gutiérrez Gómez-Pimpollo

4º ESO

Esta es la historia de mi madre. Era el año 2067, cuando yo aún era un niño. Los viajes en el tiempo eran, como lo siguen siendo ahora, algo con lo que se estaba experimentando. En ese entonces, mi madre trabajaba en una de las empresas que experimentaban con ellos.

Estaba a cargo de un experimento muy importante, el cual trataba de mandar un huevo de gallina fecundado a un pasado muy lejano para observar cómo podría afectar el viaje temporal a un feto. Cuando el huevo llegase al pasado, se desarrollaría y lo traería de vuelta. Para el polluelo serían 10 semanas, pero para recogerlo, ella solo tenía que cambiar la fecha para el viaje, lo que le llevaría unos pocos segundos.

Llegó el momento de realizar el experimento. Todo estaba listo, contaba con doce huevos y la maquinaria estaba preparada. Mandó todos y vio en los datos del ordenador que habían llegado a salvo. Entonces ocurrió algo inesperado: se activaron todas las alarmas de las instalaciones. Como tenía que irse de allí, trajo rápidamente a los polluelos de vuelta.

Cuando fue a recogerlos, vio que no estaban. Miró alrededor pero no los encontró, así que decidió irse, pensando que se habían quedado en el pasado y que podría recuperarlos cuando retomase el experimento.

Al día siguiente un hombre se entregó a la policía diciendo que fue él quien manipuló las alarmas y fue llevado a la cárcel.

En cuanto pudo volver a su entorno de trabajo, mi madre fue a terminar el experimento y se llevó una gran sorpresa. Los microchips habían sido manipulados también, por lo que no pudo traer de vuelta a los polluelos. Se puso a

revisar los datos para ver qué les ocurrió a los polluelos en aquel pasado y se llevó otra sorpresa aún más grande. Los datos indicaban que, al no traerlos de vuelta, los polluelos crecieron y tuvieron crías, las cuales tuvieron también descendencia, y así hasta obtener todos los gallos y gallinas que existen en la actualidad. Esos doce huevos que mandó son los primeros gallos y gallinas de la historia, pero serían sus descendientes lejanos los que pusieran los huevos de los que salieron.

Podrías pensar que esta historia acaba aquí, pero nada más lejos de la realidad. Unos días después, mi madre me contó todo lo que yo os he contado yo ahora. La historia me resultó tan fascinante que decidí trabajar en el mismo sitio que ella. Dedicué varios años a estudiar y acabé consiguiendo los estudios necesarios. En la entrevista, me preguntaron por qué quería trabajar ahí y les conté la historia de mi madre. El entrevistador se rió de mí y me dejó en ridículo. Me dijo que lo único verdadero de esa historia era el hombre que manipuló las alarmas... Y me rechazaron.

Al volver a casa le pregunté a mi madre por qué me dijeron eso y lo que me contestó me cambió la vida. Me dijo que la historia que me contó no estaba completa. Cuando saltaron las alarmas y evacuó el laboratorio, se encontró con aquel hombre y observó que él y yo éramos idénticos, solo que él era más mayor que yo. Él le sonrió mirándola a los ojos y allí fue cuando ella empezó a pensar que ese hombre era yo.

Me dijo que si hubiese hecho público el resultado de su experimento y contado la verdadera historia, podrían haberme arrestado para que nunca hubiera podido cambiar la línea temporal viajando al pasado.

Tras contarme la historia completa, me llevó a una habitación escondida tras un armario y me mostró su mayor creación: una máquina del tiempo apta para humanos.

Yo ya tenía claro lo que ella quería que hiciese, pero de todos modos me explicó que tenía que ir a los laboratorios y manipular los microchips y las alarmas. Me contó también que hoy era el día en el que iban a liberar a aquel hombre, es decir, a mí.

Así que en cuanto fuese al pasado ella iba a ir a recogerme a la prisión. Como los dos éramos cristianos, se despidió diciéndome que aunque con to-

dos estos líos y complicaciones en el tiempo puede parecer que las cosas no tienen sentido, Dios tiene un plan.

Después de recibir sus instrucciones y sus palabras para infundirme seguridad, fui al pasado y gracias a todo lo que había estudiado, fui capaz de manipular los microchips y las alarmas, encontrándomela al huir.

Me entregué a la policía al día siguiente y me llevaron a prisión. Hoy me encuentro en mi celda, unos pocos años después de que me encerraran, escribiendo esta historia antes de que mi madre me venga a recoger, ya que hoy ha llegado el día de mi liberación.

Oscuridad

Rihab Marso El Halouli

1º Bachillerato

Iba caminando sin rumbo por un limbo sin fin, cada paso que daba era más dificultoso que el anterior y sentía una punzada cada vez que avanzaba. Solo sabía que no dejaría que aquella fuerza me empujara hacia atrás. Una mano delgada tiraba de una cuerda invisible que me tenía atado, era tan familiar y, aun así, no me dejaba empujar y seguía caminando, buscando alguna salida.

De repente, mi conciencia volvió a mi cuerpo y me levanté de la cama aturdido. Giré mi cabeza para observar mi alrededor pero todo estaba oscuro, me levanté cuidadosamente y me apoyé en lo que supuse que era la mesita de noche y comencé a caminar torpemente. Sentí el interruptor de la luz en el tacto de mi mano, y, por mucho que lo presionara no parecía funcionar. Salí de la habitación y avancé por el pasillo, apoyándome en las paredes para no caerme, mientras me preguntaba a mí mismo por qué no había luz en toda la casa o, incluso, planteándome la posibilidad de que seguía en aquella pesadilla.

Entonces, mi mano tomó algo frío y a la vez suave y sentí cómo tomaba mi mano de vuelta. Aquello era la mano de mi mujer, me sentí aliviado pero también angustiado. Alcé mi cabeza para dirigirme a ella, aunque no podía ver su rostro, y le pregunté: "¿Por qué todo está tan oscuro?". A lo que ella me responde: "¿No decías que solo tenías ojos para mí...?"



Colegio
**Miguel de
Cervantes**

Una amistad verdadera

Mayaseen Albakr

3º Primaria

Había una vez, dos niñas llamadas Mayaseen y María, que en verano se conocieron en el parque. Cuando empezaron las clases, se dieron cuenta de que iban a la misma escuela y, sorprendentemente, a la misma clase. Empezaron a sentarse juntas y a jugar juntas en el en el patio del colegio todos los días.

A Mayaseen le gustaba dibujar y a María le gustaba jugar al fútbol y aunque eran muy diferentes, seguían siendo mejores amigas.

Un día, mientras María jugaba un partido de fútbol, se cayó y se puso triste porque no podía seguir su partido. Mayaseen fue la única que se acercó rápidamente y la ayudó a levantarse. Mayaseen, después de ayudar a María, se sentó a su lado y le dijo: "No te pongas triste María, lo más importante es que estés bien".

María sonrió y le dio las gracias a su amiga. Al día siguiente Mayaseen le llevó un dibujo muy bonito en el que aparecían dos amigas cogidas de la mano. Se lo regaló a María y le dijo: "Toma María, esto es para ti, para que te sientas mejor sobre la caída de ayer".

María se puso muy contenta y entendió que la amistad significa ayudar, respetar y estar en los momentos difíciles.

Desde ese día, Mayaseen y María siguen siendo amigas inseparables.

Nuestra gran aventura de Navidad

Víctor Vallejo Pascual

3º Primaria

Todo empezó un día en el que mi amigo Diego y yo estábamos sentados en un banco, leyendo un periódico y vimos una noticia que nos puso un poco tristes: había un chaval que no tenía amigos para jugar. ¡Eso no podía ser!

Para animarnos, fuimos al zoo. ¡Fue alucinante! Vimos lagartos verdes, cocodrilos con los dientes súper grandes y unos dragones de Komodo que molaban mucho. Al salir, ¿a que no sabéis qué pasó? ¡Nos encontramos con el chico de la noticia! Se llamaba Pablo. Nos acercamos a hablar con él y, desde ese momento, nos hicimos súper amigos.

Las semanas pasaron volando porque estábamos nerviosos por la Navidad. El día de Papá Noël fue genial: nos lo pasamos muy bien y a mí me trajo un pijama y un coche a control remoto que corre un montón. Luego fuimos al pueblo y la semana siguiente, nos fuimos todos a dar un paseo por las "Mágicas Navidades".

Estábamos Diego, Ana, Pablo y yo disfrutando de todas las luces.

Luego llegó el 6 de enero y vinieron los tres Reyes Magos. A Diego le trajeron un jersey, a Ana una bici, a Pablo un juego para la consola y a mí una moto de juguete, Lego. ¡Fue el mejor día de vacaciones!.

Después volvimos al cole y seguimos en tercero. Aunque Pablo se tuvo que ir, Diego y yo seguimos juntos. Un día en el recreo, en el patio hubo un poco de lío porque se rompió un peto y nos peleamos un poco. Pero no pasó nada porque somos amigos. Me lo pasé genial de todas formas.

Ahora Ana ya no está en nuestra clase, pero Diego y yo nos hemos hecho amigos de otros chicos que son muy amables. Quedamos con ellos después del colegio en el parque para jugar al fútbol y, cuando terminamos, nos vamos todos juntos a merendar churros con chocolate. ¡Están riquísimos!.

Los mejores amigos

Hugo Jiménez Leiva

4º Primaria

Marcos era un niño de 10 años, al que le costaba hacer amigos, ya que era un poco tímido.

Un día en el recreo se atrevió a hablar con un compañero de clase que se llamaba Alberto y le preguntó que si quería ser su amigo y Alberto le dijo que sí. En el patio estuvieron hablando y quedaron para estudiar esa tarde ya que tenían un examen.

Alberto le invitó a su casa y estuvieron estudiando juntos, la mamá de Alberto les preparó la merienda y luego jugaron a la play.

A la mañana siguiente fueron juntos al cole y en el patio jugaron al fútbol, sudaron mucho y bebieron mucha agua.

Justo después del patio tenían un examen para el que habían estudiado juntos, se pusieron un poco nerviosos... pero se miraron y sonrieron y levantando el dedo pulgar se desearon mucha suerte.

Los dos sacaron un notable, estaban contentísimos porque juntos lo habían conseguido.

Para celebrarlo las mamás de Marcos y Alberto los invitaron a merendar y a jugar unos bolos.

Desde entonces Marcos y Alberto se convirtieron en LOS MEJORES AMIGOS.

El faro de cristal

Manuel Naranjo Agudo

4º Primaria

En el pequeño pueblo de Valle Frío, todos los niños tenían una misión antes de Nochebuena: debían pulir juntos un faro de cristal que estaba en la plaza. Decían que si el cristal brillaba lo suficiente, guiaría a la Navidad para que no pasara de largo.

Manuel y Leo eran mejores amigos. Manuel era rápido y fuerte. Leo era callado y detallista. Siempre trabajaban en equipo, pero ese año, una tormenta de nieve cubrió el pueblo y Leo se puso muy enfermo. No podía salir de casa.

Manuel intentó limpiar el faro él solo. «soy el más rápido, terminaré pronto», pensaba. Pero el faro era demasiado alto y el hielo se formaba más rápido de lo que él podía limpiar.

Sin Leo para avisarle por dónde empezar o para animarlo con sus bromas, Manuel se sintió cansado y triste. El faro seguía opaco y la Navidad estaba a sólo un día de distancia.

Esa noche Manuel fue a visitar a Leo a su ventana.

«El faro no brilla» dijo Manuel desanimado—. Sin ti parece que el cristal pesa más.

Leo, desde su cama, le dio un pequeño amuleto; un trozo de tela roja que él mismo había cosido.

«No puedo ayudarte a limpiar» susurró Leo—, pero este trapo tiene magia de amigo. Úsalo mañana.

Al día siguiente otros niños vieron a Manuel limpiar y se acercaron. Les contó que Leo no podía estar allí, pero que les enviaba su ánimo.

Entonces todos empezaron a ayudar.

Mientras limpiaban, se dieron cuenta de algo: la amistad no era sólo estar presente físicamente , sino trabajar por un objetivo común pensando en los que no podían estar.

Cuando terminaron, el faro brilló más que nunca. No porque el cristal estuviera más limpio sino porque todos los niños se abrazaron alrededor de él.

Esa noche, desde su cama, Leo vio el reflejo del faro en su techo y supo que gracias a su amigo, él también era parte de la fiesta.

Moraleja: la Navidad no llega por las luces o por los regalos, sino por los puentes que construimos hacia los demás.

El misterio de Roble Viejo

Izan Bonacho Rodríguez

5º Primaria

–Mamá, se me ha acabado el tiempo de la tablet, ¿me puedes poner más tiempo?

–No Izan, ya lo has agotado, haz otra cosa.

–¿El qué?

–Pues juega o ponte a leer un rato.

–¿Leer? Sabes que no me gusta leer, me aburre un montón..

–¿Qué dices? Leer es lo más divertido del mundo. Toma, coge este libro de aventuras y cuando lo acabes me cuentas si es aburrido.

Jolín, mi madre siempre dice lo mismo, a mí leer me da sueño, me parece súper aburrido. Bueno, leeré un rato y así igual luego me deja jugar más a la tablet.

Pero, ¿qué leo?, bueno da igual. Voy a buscar un libro cualquiera y ya está. ¡Ummm! El misterio del Roble Viejo... este mismo, si me voy a dormir, que más da.

“Luis había quedado con sus amigos para ir al bosque a jugar, en el pueblo nadie jugaba a la tablet, cogían las bicis y todos se iban al bosque, allí se bañaban en el río, buscaban ranas en las charcas o asustaban a las ovejas, aunque eso no se lo podían contar a sus padres, porque si no les regañaban.

Esa tarde hacía mucho calor, parecía que se iban a derretir hasta las ruedas de la bici

La madre de Luis le había dicho que se llevaran a un niño nuevo a jugar con ellos, porque era nuevo ese verano en el pueblo, había ido a

casa de su abuela a pasar unos días. Así que fue, a buscarlo y le presentó a sus amigos Iker y Mario. El niño se llamaba Izan y vivía en Madrid. Los cuatro cogieron sus bicis y se fueron al bosque por el camino del río. De repente se empezó a levantar un viento muy fuerte, las ramas de los árboles parecía que se iban a caer del viento que hacía. Costaba mucho pedalear, así que decidieron dejar las bicis en el suelo y seguir andando por el camino..

Un trueno enorme sonó y empezó a caer una fuerte lluvia. Corrieron hacia una cueva que Iker conocía, pero estaba muy oscura.

– Tranquilos –dijo Mario–. En mi mochila llevo una linterna.

Mario siempre llevaba una mochila con un montón de cosas, nosotros siempre nos reíamos porque pesaba un montón. Pero en ese momento agradecemos que la llevara, nunca volveríamos a reinos.

Entramos en la cueva y empezamos a andar, no pensábamos que fuera tan grande. Parecía que no tenía fin.

– ¡Eh chicos, mirad ahí! ¿Qué es eso? –dijo Izan, parece un árbol.

– Cómo va a haber un árbol dentro de una cueva.

Cuando se acercaron más vieron que era verdad, había un roble enorme dentro de la cueva.

¿Cómo era posible? Si no había luz ni agua, ¿cómo podía haber crecido ahí?

De repente sonó una voz muy fuerte:

– ¿Quién anda ahí?

No podía ser, parecía que el roble había hablado, pero los árboles no hablan, eso sólo pasa en las películas.

– ¿Quiénes sois?

Era verdad, el árbol estaba hablando. Mario que era el más atrevido dijo:

– Perdon, no queremos molestarte, es que hay una tormenta muy fuerte y nos hemos metido en la cueva.

– Siento haberos asustado niños. Llevo años sin hablar con nadie. ¡Cuánto echo de menos las tormentas!, cuando el viento mueve mis ramas y la lluvia me hace cosquillas. Hace mucho tiempo que no puedo

sentir eso, desde que esa roca enorme tapó el agujero que había en el techo de la cueva, y desde entonces no puedo sentir el sol, ni la lluvia, ni escuchar a la gente que pasea por encima de la cueva.,

–¡Jolín, qué fastidio! Pero podemos ayudarte. Tengo una idea. –Dijo Luis.

–Ayudarme, ¿en serio?. Os estaría eternamente agradecido.

–Ayudadme chicos –dijo Mario, sacando un pequeño pico de su mochila.

–¿Mario, en serio llevas un pico en la mochila?

Los cuatro escalaron las paredes de la cueva y llegaron hasta la roca que taponaba el único agujero que dejaba pasar la luz. Empezaron a dar golpes con el pico, cuando llevaban un buen rato la roca se partió por la mitad y cayó al suelo, dejando pasar la lluvia y la luz.

–¡Qué alegría! Puedo sentir la lluvia en mis hojas, y el aire fresco. Muchas gracias niños, me habéis salvado la vida; mis ramas ya empezaban a pudrirse. No creo que me quedara mucho tiempo de vida.

–De nada señor roble, estamos muy contentos de haberte ayudado. Nos tenemos que ir a casa ya, ha pasado la tormenta pero prometemos volver a verte todos los días para asegurarnos de que estás bien.

–¡Genial! Pero, por favor, no podéis decirle a nadie que habéis visto un árbol que habla, si no vendría un montón de gente y al final estropearían la cueva dónde vivo.

–Te lo prometemos roble, no te preocupes –dijo Izan– Te guardaremos el secreto.

Así que los cuatro pusieron sus manos en el tronco del roble y prometieron no decirle a nadie dónde estaba la cueva y que en ella había un árbol que hablaba”.

–¡Izan, a cenar!, pero bueno, ¿te has dormido?

–¡Mamá! Estaba en un bosque, y había una tormenta y Mario, Iker y Luis estaban conmigo y...

–Izan; ha sido un sueño. Te has quedado dormido leyendo el libro.

–No mamá, era real. Había un árbol que...

–Estarías soñando despierto, anda ven a cenar que se enfría.

¿Había sido un sueño de verdad? ¿O había sido el libro?

Fuera lo que fuese, me lo había pasado genial; había vivido una gran aventura con mis amigos. A partir de ahora creo que veré menos la tablet y leeré más libros.

El dinohumano

Uxia Naya Balsera

5º Primaria

Hola, soy Uxia, una elfa de doce años y vivo junto a mi hermano pequeño Eric en el siglo XXI y hoy os voy a contar lo que nos pasó.

Era viernes por la noche y yo me fui a dormir cuando de repente... ¡Pum! Me desperté y Eric también. Le dije a mi hermano que me diese un pellizco para ver si estaba soñando.

–¡Ay! –grité, eso indicaba que no estaba soñando.

–¿Estamos en el mundo arcoíris como la última vez? –dijo Eric asustado.

–No, creo que estamos...–dije.

–¡Hola! –me interrumpió un pequeño dinosaurio.

–Bienvenidos al mundo de los dinosaurios, soy Diego, Diego el Quetzalcoaltrus –dijo muy contento.

–Ven Ikki, no son peligrosos –dijo Diego a un puerco espín.

–¿Eres Ikki?–le pregunté.

–Sí soy yo –me respondió tímidamente.

Mi hermano se tropezó y se cayó encima de mí. Le eché una buena bronca. De repente se oyeron un montón de pasos y luego se cayó el suelo.

–¡Bien hecho Uxia! nos hemos caído por tu culpa.–dijo Eric angustiado.

–Tranquilos todos –dijo Diego

–Solo es mi pandilla –prosiguió hablando.

–Hola Diego –dijo toda su pandilla a la vez.

–Hola chicos –dijo Diego.

–98, 99, 100... –contaba Eric.

–¡Son 300!– dijo Eric impresionado.

Yo me quedé alucinada. De repente los 300 dinosaurios nos empezaron a atacar porque vieron las púas de Ikki y se asustaron pensando que era una animal poseído y maligno.

–¿Qué os pasa chicos? –dijo nervioso Diego a su pandilla.

Nos encontramos una puerta y sin más dilación entramos dentro.

–Por aquí –dijo Ikki.

–¿Dónde estamos? preguntamos mi hermano y yo.

–En mi casa –contesto Ikki.

Cuando se tranquilizaron salimos, fue ver a Ikki y...

–Corred –gritamos todos (porque al ver las púas de Ikki tenían miedo de que les hiciera daño).

Esta vez no volvimos a entrar en la casa de Ikki sino que salimos pitando. Nos encontramos con un águila que nos dijo...

–¡Subid, rápido!

Nosotros no nos íbamos a parar a pensar, subimos por su ala y nos fuimos.

–¿Oye tú, quién eres y cómo te llamas? –le pregunté.

–Me llamo Kenau y como ya has visto soy un águila –me respondió.

Cuando bajamos la guardia los Quetzalcoaltrus nos lanzaban piedras.

–¡Ayl –dije.

Al cabo de un rato logramos deshacernos de ellos y dejaron de perseguirnos. Intentamos escapar para que no pudiesen entrar en nuestro mundo los Quetzalcoaltrus.

La pena de todo eso era que no me podía llevar a mis amigos: Ikki, Diego y Kenau. Pero luego me di cuenta de que Kenau e Ikki eran animales terrestres que había en mi mundo.

Entonces, idee un plan para que cada fin de semana pudiésemos, Eric y yo, pasar a saludar a Diego.

Mientras que mis padres dormían le fuimos a ver todos los fines de semana, Eric y yo nos metíamos en el armario para transportarnos al mundo de Diego mientras dormíamos.

Y esto es lo que hacíamos todos los días mientras nuestros padres dormían.

Un día que no pudimos dormirnos, Diego se acercó a la puerta de nuestro armario. Cuál fue nuestra sorpresa cuando, de repente, vimos a Diego transformado en humano.

–¡¡Cómo mola!! –le dije yo a Diego.

Y ahora Diego puede visitar a su pandilla siendo un dinosaurio y estar con nosotros, siendo un humano.

Napoleón

Alexandra Gabriela Chis

6º Primaria

Puede ser que por el título de este cuento creas que es sobre la historia de algún lugar o algo así aburrido, pero déjame contarte lo que le pasó a este niño llamado Napoleón.

Napoleón era un niño... muy raro pero majo.

Aunque algunos de sus "amigos" le trataban mal, él no les decía nada. Se lo guardaba y lo dejaba pasar. Pero algún día ya no habrá sitio para guardarse nada más y todo lo que se ha guardado explotará.

Pero bueno, vamos a ponernos en el cuerpo de Napoleón para descubrir cómo era su vida.

Te despiertas en tu cama, bueno... mejor dicho, la de Napoleón. Te levantas, abres la puerta de tu habitación y cuando sales... lo primero que escuchas es a tu madre gritándote que te cambies y prepares para el colegio.

Tú te cambias con la ropa normal que Napoleón usaría (una sudadera rosa y unos pantalones negros.) Bajas a desayunar y te dice tu madre...*:

–¡Ponte a comer, que por eso pareces un esqueleto! –te dice claramente enfadada.

–Oye pero no hacía falta ser tan intensa ¿eh?... –le contestas con un tono bajo y desanimado.

–¡Cállate! ¿Por qué llevas una sudadera rosa si eres un hombre? –Añade ella descaradamente.

–Sí, si... vale adiós.. –dices mientras coges tu mochila y te vas de casa.

*Mientras caminabas hacia la escuela muchos "amigos" tuyos se alejan y se ríen de ti. Tú lo ignoras, como siempre, y cuando llegas al cole, vas a tu clase, te sientas en tu silla pero...

¡AUCH! Gritas dándote cuenta de que hay chinchetas en la silla. Miras a tus compañeros que están en la distancia mirándote y riéndose... Lo piensas, y lo confirmas, han sido ellos.

Tú solo quitas las chinchetas y te sientas otra vez.

En el recreo, comes solo, escuchas que te insultan y se ríen de ti, y CORRES al baño a llorar. Te preguntas... "¿Tanto me odia la gente?".

Cuando sales del baño ya con la cara lavada aunque sigue un poco roja ves a el niño que te pega y insulta caminando hacia ti, pero tu también empiezas a caminar hacia él... y ya no puedes más.

Demasiado tiempo aguantando amenazas, gritos y humillaciones. ¡PUM! Le das una bofetada lo mas fuerte posible.

Después de unos minutos te encuentras en el despacho de la directora. Ese... (porque no tiene otro nombre), también esta aquí. Su nariz está sangrando y sus sollozos son lo único que se escuchan hasta que la directora te dice:

–¿Pero a ti que te pasa? ¿No sabes que esto podría escalar a un caso de bullying?"

–¿Y todas las veces que me hicieron bullying a mi? ¿O CUANDO ME PEGABAN Y ME TIRARON DE LAS ESCALERAS QUÉ? –dices con cara seria y con nada de remordimiento.

La directora le miró asombrada de no haberse dado cuenta absolutamente de nada y de cómo juzgó directamente a Napoleón sin saber todo lo que llevaba dentro.

*¿Ahora te das cuenta? Pues deja te explico.

Esto es como un libro, por fuera se puede ver de una manera, pero cuando lees lo que pone dentro... te puedes encontrar una historia totalmente diferente a la que te imaginabas.

Recuerda... Nunca juzgues a un libro por su portada.

Lara Martínez

Martín de la Rosa Calzado

6º Primaria

El 29 de marzo de 1999 una niña desapareció del pueblo. Sus padres la buscaron durante dos años, pero no la encontraron.

Veintiséis años después de su desaparición (tenía 11 años que en el momento de la desaparición) la esperanza se había esfumado en la familia de Lara.

Pero, entonces yo aparecí para seguir la investigación. Empecé por ir a la casa de la desaparecida. Llamé al timbre y me abrió un señor alto, pelirrojo, con abundante barba afro, igual que el pelo. Miré hacia abajo y vi unos zapatos de invierno muy peludos y al lado un gato tumbado apoyado en ellos.

Al fondo del pasillo que daba a la entrada había una señora alta y con el pelo naranja intenso. Se acercó al señor y le dijo algo que no llegué a escuchar. Después de un rato me dejaron entrar. El interior estaba descuidado, las paredes de un color amarillento oscuro. Me llevaron a la cocina, que estaba más limpia que el resto de la casa. Me senté y les empecé a preguntar:

–Os voy a preguntar algunas cosas sobre el secuestro de vuestra hija – dije con voz suave y tranquila. Se miraron y me respondió la madre.

–Desde que desapareció nuestra hija descuidamos nuestra casa. Después del primer año pensamos en buscarla con su canción favorita: “Las perlas de tus ojos”, pero nos dijo la policía que nos pusiéramos en contacto con la cantante Antonieta. La llamamos y nos respondió dos meses después.

Nos dijo que sí, pero que ella la cantaría mientras la buscábamos. Vino al pueblo, se montó en un caballo y nos siguió cantando la canción encima del caballo. Pasaron diez meses y nos rendimos.

Veinte años después de que nos rindiésemos, demolieron el café donde trabajábamos.

Después de una hora escuchando a la señora decidí ir a buscar a la niña al bosque de la frontera entre Inglaterra y Escocia, ya que mi pueblo se encontraba allí.

Estaba caminando y vi a alguien corriendo y le seguí. Miré lo que tenía: una sartén, una cuerda, un salmón para comer y una tienda de campaña. Cogí la sartén y la até con la cuerda. Cuando se despertó de la inconsciencia, la vi la cara. Era alta y pelirroja, con los ojos azules. Su cara me sonaba de algo pero no sabía de qué.

Hice la tienda de campaña y la metí dentro. En cuanto pisó el suelo suave de la tienda de campaña se durmió. En cuanto se despertó la empecé a preguntar.

–¿Quién eres?

–¿Quién soy? –respondió y luego siguió– Eeeh... Ah Lara –dijo con voz pensativa.

–¿Lara qué? –la dije entusiasmado.

–Lara Martínez –dijo.

Cogió la sartén y me dio en la cabeza. Del resto no recuerdo más.

–Bueno, policía ¿ya habéis anotado todo? –dijo el niño.

–Sí, gracias por tu declaración, chico.

Acto seguido, los policías abandonaron la habitación donde se encontraba el niño, mientras este descifraba la canción con la que intentaron buscar ha Lara, porque hay una estrofa que dice “Y en el bosque encontraras la respuesta”.

Cincuenta años después, un senderista se encontró a una anciana y la llevó a una residencia, donde falleció por causas naturales. Se llamaba Lara Martínez.



Colegio
Miguel Hernández

Un reloj mágico

Sara Armesto Duque

3º Primaria

Hoy se acaba el cole y Lucy está súper triste.

Sus padres la obligan a ir a Escocia con su abuelo; Apenas le ha visto tres veces en su vida. Además, vive en una casa vieja junto a un lago y ella odia el agua. ¡Vaya rollo de vacaciones!

El viaje de Londres a Escocia se hace eterno. Al llegar, el abuelo le dio de cenar pescado y ella lo odia. A la mañana siguiente, tras el desayuno, su padre se fue y se quedó sola con el abuelo.

Él empezó a contarle cosas mágicas sobre el lago. Lucy se fue a investigar el lago y encontró un reloj verde brillante en el suelo: ¡Es un reloj mágico!

Si giraba la rueda, el tiempo retrocedía; primero al desayuno pero luego pensó en girar la ruedecilla súper rápida hacia adelante para ser mayor y poder mandar ella.

De repente habían pasado 15 años. Lucy ya era mayor. Sus padres estaban muy viejos y se había perdido todos los juegos y risas de niña.

Se puso triste porque no tenía los recuerdos y entonces volvió a girar el reloj para ser pequeña otra vez.

Al final comprendió que es mejor disfrutar de ser una niña porque crecer tan rápido no mola tanto.

La niña a la que hacían bullying

Oliver Gálvez Vicente

4º Primaria

Había una vez, en un colegio, una niña que se llamaba Katuska. Ella era especial, tenía un problema cerebral, pero eso no le impedía tener ganas e ilusión por hacer cosas. Le gustaba mucho jugar al fútbol, pero los chicos no querían que jugara con ellos, querían jugar ellos solos. Las chicas no querían que Katuska fuera su amiga por su problema cerebral y entonces le hacían bullying, la dejaban sola, nadie quería jugar con ella.

También se reían de su nombre. Katuska salía llorando del colegio todos los días.

Katuska tenía 9 años e iba a la clase de cuarto de primaria.

La profesora tampoco le hacía mucho caso; cuando tenía dudas o quería contestar, no la hacía caso y solo respondía a los demás de la clase.

Un día la madre de Katuska se enteró del bullying que le hacían a su hija y se fue directa al colegio a hablar con la directora y con los profesores del colegio. Les dijo lo triste que estaba su hija y lo injusto que era, porque era una niña más del colegio.

La niña soñaba por las noches con lo que le podía pasar al día siguiente en el colegio. Una vez soñó que le cogían su estuche y se lo pisaban, que le rompían sus exámenes... Tenía muchas pesadillas.

Había una persona que veía todos los días lo que Katuska sufría. Un día se acercó a ella y se presentó:

—Hola, soy Juan, de quinto. He visto lo que te hacen y yo sí quiero ser tu amigo y jugar contigo. Así les demostraremos que eres más fuerte que ellos. Pero tienes que ser fuerte y pasar de ellos.

Al día siguiente, en el patio, los abusones le tiraron una bola de papel a la cara mientras se burlaban de ella. Juan miró a Katuska y le dijo:

–Sé fuerte.

Cogió la bola de papel y la tiró a la papelería y la niña no lloró. Los dos se fueron al campo de fútbol y se pusieron a jugar al fútbol. Llegaron los abusones. Le dijeron que Juan podía jugar, pero ella no. Juan les dijo que si los que querían jugar eran ellos con su balón nuevo del mundial, Katuska tenía que jugar también. Entonces dijeron que sí y jugaron todos juntos. Katuska marcó un golazo y todos se quedaron alucinados.

En clase, pudo aprender mucho porque su profesora había cambiado y la ayudaba con sus dudas.

Suena la sirena y ya acaba el colegio. A la salida la había ido a buscar su madre, que vio cómo Katuska no salía llorando; al revés, tenía una sonrisa enorme e iba de la mano con su amigo Juan.

Su madre le preguntó:

–¿Que tal, mi niña?

Y ella respondió:

–Hoy ha sido el día más feliz de mi vida, mamá.

Y así fueron todos los demás días de su vida: consiguió formar parte del equipo de fútbol, y las niñas la metieron en su grupo de amigas, y al final de curso aprobó todas las asignaturas.

Irati

Zoe Rico Ugarte

5º Primaria

Os voy a contar mi historia. Es una historia que al principio es difícil, pero luego seguro que os sorprenderá.

Nací un frío día de noviembre. Llegué al mundo al calor de mi mamá y todo lo que había alrededor era extraño. Se oían voces que no sabía de quién eran. Yo era pequeña y necesitaba que me cuidaran. Pasó el tiempo y me llevaron con otros y otras como yo, a un sitio que no era muy cómodo, hacía mucho frío en invierno y mucho calor en verano, pero lo que más me hacía sentir triste es que ya no tenía a mi familia a mi lado.

A veces me trataban con desprecio, otras veces me montaban en un coche y como no sabía dónde iba tenía mucho miedo, incluso a veces me gritaban. Todo esto me hacía sentir triste, con miedo y a veces un poco furiosa porque me enfadaba que nos trataran mal a mí y a mis amigos y amigas, pero sobre lo que tenía era mucho miedo.

Un día, aquellas personas parecía que se habían cansado de mí y me dejaron sola y perdida: sentí un gran abandono. Estuve mucho tiempo sola, sin un sitio donde dormir y estar calentita y sin comida.

Pasó el tiempo y vi a muchas personas pasar sin hacerme caso hasta que una persona parecía que me quería ayudar. Al verla no terminaba de fiarme de ella y eso me hacía sentir un poco de miedo pero a la vez alegría porque no sabía qué me iba a pasar pero sabía que venían a ayudarme. Me llevaron a un sitio seguro y pronto llegó una familia de cuatro personas. Sus voces eran suaves y sus gestos tranquilos... me hacía sentir bien, aunque todavía no podía confiar del todo. Después, volví a ver a esas personas unos días más y cada vez tenía más confianza en ellos porque me hacían sentir bien.

Me llevaron a su casa unos días después. Allí al principio tenía todavía miedo pero poco a poco me fui relajando y cogiendo más confianza en ellos porque por fin había llegado a mi hogar para siempre. Allí siempre me tratarían bien, tendría amor y cuidados. Ellos se habían convertido en mi manada.

Esta es mi historia. La historia de una perrita galga que sufrió el abandono de malas personas, pero que gracias a buenas personas tuve una segunda oportunidad. Ahora, por fin, tengo un verdadero hogar.

La Nochebuena mágica de Alex y Lucas

Naiara Vargas Silva

6º Primaria

En un pequeño pueblo era Nochebuena. Alex estaba triste porque su mejor amigo Lucas se había mudado lejos y no sabía cómo celebrarla sin él. De repente Alex escucha un ruido en el tejado, bajó por la chimenea Papá Noël, vio a Alex que estaba en la ventana mirando el cielo:

–¿Por qué estas triste Alex? –dijo Papá Noël.

Luego aparece una bola de nieve mágica en las manos de Papá Noël y se la da a Alex. Alex se acerca a la ventana y sopla la bola de nieve hacia el cielo y aparece Lucas y su familia en la puerta muy contentos.

Papá Noël se mete en la chimenea para irse, Alex y su familia le abren la puerta a Lucas y su familia para abrazarse.

Alex y Lucas muy felices, después comieron en una mesa llena de comida y luego jugaron en la nieve.



Colegio
Pinocho

El dragón que consiguió su sueño

Alba Montoya Bolaños

3° Primaria

Érase una vez un dragón llamado Col, que tenía diez años y medio, casi once. Vivía en un lugar llamado Orgullo de los Dragones.

Su mamá se llamaba Perla y su papá Nolo. Col tenía un deseo: tener un hermanito o una hermanita con quien jugar y volar juntos, pero sus padres siempre le decían que no querían tener más dragones.

Un día, Col decidió ir al mercadillo del pueblo. Paseó entre los puestos hasta que encontró uno lleno de peluches suaves. Allí vio un peluche de un pequeño dragón y supo que tenía que ser suyo. Gastó todos sus ahorros para comprarlo y lo abrazó muy fuerte.

Desde ese día, Col cuidó del mini dragón de peluche como si fuera uno más de la familia. Incluso pensó en abrir una pequeña tienda de libros durante un tiempo para ganar más monedas. Con todo el dinero que consiguió, compró ropa pequeñita, pañales, peines y muchas cositas más.

Le daba de comer, lo aseaba, lo arropaba por las noches y le contaba cuentos antes de dormir.

Un día ocurrió algo inesperado. Sus padres le dijeron:

–Col, tenemos una sorpresa muy especial. ¡Dentro de unos meses te convertirás en hermano mayor!

Col se puso tan contento que saltó en la cama, en el sofá y hasta en el mueble de la televisión. Estaba feliz como nunca. Sus padres pensaron que había sido una muy buena idea, porque habían visto lo bien que cuidaba a su mini dragón.

Al cabo de unos meses, nació su hermanita, y la llamaron Lara. Col la miró y supo que su deseo se había hecho realidad: podría jugar y volar con su verdadera hermana.

Y así, vivieron felices y comieron perdices.

Cuando cuidamos con cariño y paciencia, los sueños más bonitos pueden hacerse realidad.

La niña de los deseos

Yago Pena Ruano

3º Primaria

Había una vez una niña llamada Lucía. Vivía en un país muy lejos de nuestra aldea, Torrejón. Su país se llamaba Bachetástico. Ella podía cumplir deseos porque era un hada mágica. Aunque Lucía iba a un colegio de verdad. Ella también iba a un colegio de hadas. En ese colegio, ella y sus compañeros de clase estudiaban Fisihada, Eduhada, Matehada, incluso Ingléshada.

Bajaban al patio a las cuatro en punto porque su país estaba cinco horas adelantadas respecto a nuestra aldea. En Fisihada aprendían a hacer hechizos, pociones y las partes del cuerpo de una hada. En Eduhada aprendían a correr, saltar y tirar a puerta para extender una poción. En Matehada aprendían a multiplicar, a sumar y a restar para elaborar los hechizos. En Ingléshada aprendían la latitud, la longitud y los animales mágicos.

Lucía por las tardes tenía que volver a su aldea para cenar con sus padres antes de las ocho. Si volvía más tarde, sus padres la regañaban mucho, así que, siempre llegaba pronto.

Pero un día, Lucía llegó a su casa tarde, muchas horas después. Sus padres le regañaron mucho, pero mucho. Cenaron y se fueron a la cama. Pero lo que no sabían los padres de Lucía era que Lucía había llegado tarde porque había salvado a un gato con su magia.

A la mañana siguiente ocurrió algo extraordinario. Era de día y tendría que salir el sol pero la aldea de Lucía seguía oscura. Lucía se levantó muy triste y no quería ir a la escuela de hadas. Los papás seguían enfadados con ella por llegar tarde y muy preocupados porque no salía el sol y no entendían por qué. Lucía no quería desayunar, se sentó delante de su vaso de leche y empezó a llorar. Sus papás se sentaron con ella y le preguntaron por qué lloraba. Ella les dijo que lloraba porque no le habían dejado explicar por qué había llegado

tarde. Sus papas entonces le pidieron que les explicara por qué había llegado tarde y cuando Lucía iba a empezar a hablar, llamaron a la puerta. Los papás abrieron y la carterera de la aldea les entregó un sobre dorado. Volvieron a entrar en casa y leyeron en el sobre: "Para Lucía y sus papás". En la carta ponía:

"Querida Lucía,

El Ayuntamiento de la Ciudad de los gatos te agradece que hayas salvado al gato más anciano y valioso de la aldea. Solo tu magia ha podido hacerlo y te quedaste a su lado hasta que se hizo de noche. Cuando viste que ya estaba curado, decidiste regresar a tu casa, aunque sabías que tus papás te iban a regañar.

Damos las gracias a tus papás por tener una hija hada tan cariñosa y buena."

Entonces los papás de Lucía entendieron que tenían que haber escuchado a su hija. Le dijeron que si volvía a pasar eso otra vez e iba a llegar tarde, les avisara, pero que estaban orgullosos de ella.

Entonces se dieron todos un abrazo y, de repente, salió el sol más brillante que jamás se había visto en la aldea.

El viaje del caracol

Sergio Tudela de la Fuente

4º Primaria

Había una vez un caracol que deseaba montarse en un helicóptero para explorar el mundo.

Entonces descubrió que en su casa había un helicóptero azul. No sabía de quién era, pero se montó. Lo que sí sabía era que no era suyo. Lo despegó y mientras volaba se quedó sin gasolina e hizo un aterrizaje de emergencia. Cayó en unas hojas.

Cuando se bajó dijo:

–Jo, me he quedado tirado.

Una voz extraña le contestó:

–Pues mírame a mí.

El caracol contestó:

–Yo estoy aquí, ¡Ayuda!

Miró alrededor y vio palmeras de regaliz, ríos de chocolate y una hoja con ojos. Se asustó y gritó:

–¡Ah! ¿Dónde estoy?

La hoja le contestó:

–En Valle Verde.

Y el caracol preguntó:

–¿En Valle Verde? ¿Qué es eso?

La hoja le dijo:

–Es una isla.

Y el caracol preguntó si se podía comer todo. Como la hoja le dijo que sí, se comió una hoja de regaliz, pero se atragantó y al toser se despertó. Se había dormido viendo una película.

Al día siguiente se lo contó a su amigo y su amigo le dijo que él sí tenía un helicóptero y podían dar un paseo. Se montaron y empezaron a volar por el mar. Al pasar por una isla, el caracol vio una hoja con ojos que le guiñó un ojo.

Los 4 súper gatos contra Perrimalo

Valeria Llanos Alonso

4º Primaria

Había una vez 4 súper gatos, uno blanco, una gris, uno naranja y una negra. Un día en la oscuridad en una de las calles de gatilandia, un perro apareció... se llamaba Perrimalo.

Los 4 súper gatos salían por la noche a rastrear las huellas de perros, porque se rumoreaba que un perro malo andaba por las calles con una capa negra que ponía "Perri, el perro malo". De repente, los cuatro gatos vieron en la calle unas huellas de perro, y vieron al perro saltando a un helicóptero, de repente los cuatro gatos salieron en su busca en su gaticóptero y le siguieron hasta la guarida de los perros.

Se infiltraron en la guarida de los perros, y vieron al rey perro, el mejor perro ladrón de toda la historia. Sonó un ¡clack! y los perros se dieron cuenta de que los gatos se habían infiltrado, y ahí empezó la guerra. Peleaban unos contra otros, cada vez era peor, no paraban de pelear y de repente la gata negra saltó y los derribó a todos dejando a los perros inconscientes ¡ufff! ¡por los pelos! menos mal que hemos ganado, si no todo hubiera salido mal.

El gato naranja dijo: a lo mejor solo roban para poder vivir, luego la gata gris dijo: a lo mejor son buenos ¿y si les hemos dejado inconscientes sin necesidad? ¡corred! ¡id a ayudarles!. Cuando se levantaron le explicaron lo ocurrido y los gatos lo entendieron y se hicieron amigos.

Y a partir de ahora se llamaron... ¡Las súper mascotas!

La otra cara de la luna

Martina Gómez-Calcerrada Martín del Campo

5º Primaria

Extraña. Así es como se sentía Luna cada vez que miraba a la luna, como si fuera parte de ella. Era una niña aparentemente normal: pelo rubio, casi blanco, ojos grises y muy grandes, con pecas, como pequeños cráteres... 10 años, buena estudiante, pocos amigos, pero verdaderos... nada fuera de lo común.

Aparentemente normal, pero no lo era. Y lo sabía.

Un día fue a observar la luna al lago con su madre. Le gustaba ver el reflejo de la luna sobre el agua dulce y escuchar el sonido del viento. De repente sintió que algo le decía que tenía que lanzarse al agua. No se lo pensó y sin que su madre pudiera detenerla, se lanzó y todo se detuvo.

Abrió los ojos lentamente, sin miedo, y descubrió que estaba en otro mundo. Había estudiado muchísimo sobre ello y supo que estaba en la cara oculta de la luna.

Respiraba perfectamente y sentía que era su lugar.

A lo lejos vio un curioso poblado y se atrevió a acercarse. No tenía miedo. Se acercaron a ella unas pequeñas criaturas de color azul muy claro, que se camuflaban con la superficie. Pensó que eran *lunae lumen*, los habitantes fantásticos sobre los que tanto había leído. Luz de luna en un idioma desconocido.

La miraron con mucho cariño, como si la conocieran desde siempre, muy contentos por la visita. La cogieron de la mano y la llevaron a dar un paseo, muy alegres. Sabían algo sobre ella que desconocía...

Al llegar a una especie de plaza observó con cara de asombro una especie de monumento con una imagen que le resultaba familiar: ¡es mi abuela!, gritó en su mente.

Cerró los ojos sin creer lo que le estaba pasando y, de repente, los abrió asustada. Estaba en su habitación, con el pelo húmedo y mucho frío.

Su madre estaba junto a ella y le contó lo que le había pasado. “No puede ser, llevas aquí toda la noche”, dijo con firmeza. “Descansa que mañana hay que ir al cole”.

Cuando cayó dormida, su madre cogió el teléfono y en voz muy baja susurró: “Mamá, creo que lo ha descubierto”.

El tesoro mágico

Iria Caballero Fernández

5º Primaria

Había una vez una niña que se llamaba Carlota. A ella le encantaban muchas cosas, pero lo que más le gustaban eran los misterios.

Un día dijo:

–¡Hoy es mi día! Voy a ir en busca del tesoro mágico.

Así que cogió sus cosas y se marchó.

Pasaron muchas horas, pero Carlota no se rendiría hasta que llegó a la cueva del tesoro mágico. Por el camino atravesó tierra y mar y se enfrentó a muchas cosas como: una ballena enfada, un científico loco y ¡al pirata de las siete aguas!. Hasta que... llegó a su destino.

–¡Por fin, aquí es! –dijo Carlota. Cogió el tesoro y se fue corriendo. Cuando llegó a su casa abrió el cofre y exclamó:

–¡QUÉ MARAVILLA! Es súper bonito.

Dentro del cofre no solo había joyas y dinero también había un mar de la ilusión. Desde ese día Carlota nunca dejó de creer en ella misma.

... 20 años después en PINOCHO NEWS:

Carlota Ruiz la busca-tesoros del año.

Carlota con 12 años encontró el tesoro más prodigioso del mundo: EL TESORO MÁGICO. Ahora, con 32 es una de las más famosas buscadoras de tesoros de civilizaciones antiguas.

Somos mucho más de lo que creemos

Claudia Izquierdo Martínez

6º Primaria

Érase una vez en un colegio una niña de 9 años llamada Laila. En su clase había un niño llamado Ángel que se creía el mejor de todos. Todos los días, los niños de la clase iban a él, pero Laila siempre se quedaba sola en clase, en el patio, en el comedor... Ella se sentía muy sola, olvidada y pensaba que no era importante en ningún lugar. Todos los días eran iguales para ella.

Un día, cuando Laila llegó al colegio, todavía quedaban diez minutos para que empezasen las clases, pasaron cinco minutos cuando, de repente, todos los niños de la clase vieron pasar a Ángel por la puerta, corrieron hacia él y otra vez volvía a ser la misma historia dejando a Laila sola.

Al día siguiente la profesora llamó a Laila porque llevaba unos días notándola rara. Ella, nerviosa por lo que podía decirle la profesora, se acercó a ver qué quería.

La profesora habló con ella y la dijo:

–¿Qué te pasa, tienes algo que poder contarme?

Laila, con las lagrimas en los ojos, con mucha tensión la dijo a la profesora:

–Profe, lo que me pasa es que estoy siempre sola, yo no sirvo para nada.

La profesora se quedó asombrada de lo que Laila la había dicho y dijo:

–Laila, tú tienes un don que no tiene cualquiera: eres muy importante en muchas vidas, tú vales mucho más de lo que crees.

Laila llorando por las palabras que la había dicho la profesora, dijo:

–¡Y cuál se supone que es mi don?

La profesora contestó:

–Tu don es saber encontrarte contigo misma, es saber cómo controlar tus sentimientos, es buscar tu gran forma de ser.

Laila pensaba lo que la profesora la decía, esas palabras con cariño. A todo esto, la profesora la pregunto:

–¿Quién te ha hecho creerte tan infravalorada?

Laila reflexionando las palabras de la profesora, dijo:

–Ha sido Ángel y el resto de la clase. Delante de mí se chulean de que tienen amigos, de que están con el más popular de la clase, de que siempre soy una aburrida, inútil, de que no soy importante para nada y que no tengo ningún sentido del humor.

La profesora afectada por todas las palabras que le dicen a Laila, entendiendo su sufrimiento, la dijo:

–Laila yo hablaré con el resto de la clase, porque esto hay que pararlo, pero si te vuelven a decir algo así, primero me lo dices a mí, a tus familiares más cercanos, o las personas con quien te sientas segura y apoyada. Pero no hagas caso, cree en ti misma, en como eres, en qué eres en realidad, mira dentro de ti sin que te afecte lo que los demás digan sobre ti, porque tú eres más importante de lo que te piensas.

Laila agradeciéndoselo todo a su profesora se dio cuenta de quién era en realidad y de que todos valemos mucho más de lo que creemos.

Redes que no abrazan

Paula Dourado Moreno

6º Primaria

Es increíble todo lo que ha avanzado la historia de la humanidad. Increíble lo que hemos creado solo para comunicarnos y relacionarnos. ¿Es en serio que hemos creado un mundo digital solo para no tener ni que salir de nuestras casas? Hace menos de tres décadas nos teníamos que mirar a la cara para comunicarnos, esperar días e incluso semanas una carta; ahora basta con mover los dedos para hablar con cualquier persona de cualquier parte del mundo en poco menos de segundos.

Hoy en día el silencio asusta solo con pensar que es un error de conexión. Creamos pantallas para acercarnos entre nosotros y se están convirtiendo en un escudo que no deja que veas el mundo real. Decimos más con los dedos que con la voz y mostramos versiones editadas de nosotros mismos y, aun así, nos sentimos solos, rodeados de notificaciones. Todo está al alcance de un clic, todo menos la sensación de estar cerca de alguien. A veces me pregunto si el mundo digital fue creado para facilitarnos la vida o para distraernos de ella, si nos conecta de verdad o nos enseña a disimular cercanía. Quizás no sea culpa de la tecnología, sino nuestra, ya que todavía no nos hemos dado cuenta de que esto nos está alejando de quienes de verdad queremos. Tal vez nos olvidamos de que ninguna red sustituye una conversación sin filtros, una risa compartida en el mismo espacio.

Este es el motivo por el que hoy os voy a contar la historia de Lucas, un niño a quien le regalaron su primer móvil con tan solo nueve años.

Hoy en día, Lucas tiene doce años y vive con su padre en las afueras de Madrid. Lucas y su padre se mudaron recientemente tras el fallecimiento de su madre. A Lucas le ha costado mucho adaptarse y, por lo visto, su forma de escapar de la soledad son las redes sociales. Lucas tenía mucho apego a su

madre y, tras su fallecimiento, está muy alejado de todo. En el colegio no tiene muchos amigos y su popularidad está un poco (bastante) por los suelos.

Su mejor y único amigo se llama Marcos, un niño de su misma clase, con unos meses de diferencia de edad. Marcos no tiene móvil aún, pero él está obsesionado con tener uno sea como sea y está dispuesto a hacer casi cualquier cosa. Sus padres no quieren darle un móvil todavía hasta que ellos vean que es responsable e independiente. Marcos y Lucas suelen quedar mucho, pero Marcos presiente que Lucas últimamente está muy metido en el móvil. En su misma clase hay una niña llamada Kiri. Kiri está totalmente en contra de las redes sociales. Ella cree que las redes sociales hacen que desconectemos del mundo real y que, aunque sea duro, es el único sitio donde existen los sentimientos de verdad. Kiri es una buena amiga de Marcos y de Lucas e intenta decirles que no es bueno estar todo el día metido en las redes y que tienen que desconectar más y disfrutar de todo lo que tienen alrededor.

Al día siguiente quedaron en el parque y Marcos se trajo un balón. El móvil de Lucas no paraba de vibrar y Kiri lo miraba todo el rato. Lucas apretó los dedos alrededor de él, como si soltarlo fuera perder la única puerta que aún lo conectaba con algo. Marcos seguía esperando, el balón quieto entre sus pies. Kiri observaba en silencio. Finalmente, Lucas apagó la pantalla. No dijo nada. Simplemente guardó el móvil en el bolsillo y dio una patada suave al balón. Marcos sonrió, como si no quisiera hacerlo demasiado evidente, por miedo a romper el momento.

Jugaron durante casi una hora. Rieron. Se empujaron. Lucas se cayó y, por primera vez en semanas, se rió de verdad, sin pensar en quién lo vería ni en si ese momento merecía ser compartido.

Cuando regresó a casa, el silencio volvió a envolverlo todo. Su padre estaba en la cocina, sentado frente a una taza de café frío.

—¿Qué tal el parque? —preguntó sin levantar mucho la voz—. Hacía tiempo que no salías. Me alegra.

Lucas dejó las zapatillas junto a la puerta. El balón rodó un poco por el pasillo hasta chocar con la pared. Durante un instante pensó en decir algo más, en contarle que había reído, que se había olvidado del móvil, que por una hora el peso en el pecho había sido más liviano. Pero las palabras se le quedaron atascadas.

–Estoy cansado –murmuró–. Voy a mi cuarto.

–Claro –respondió su padre–. Buenas noches, hijo.

En su habitación, Lucas se dejó caer en la cama sin encender la luz. El móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó.

Un mensaje de Marcos: “¿Mañana otra vez?”

Lucas miró el techo. Antes, habría pensado en qué responder para parecer interesante, en cuánto tardar para no parecer ansioso. Esta vez escribió sin darle vueltas: “Sí.”

Apoyó el móvil boca abajo en la mesa. Afuera, la ciudad seguía haciendo ruido, pero dentro de la habitación había algo distinto. No era felicidad, todavía no. Era más bien una calma torpe, frágil, como un vidrio recién puesto. Cerró los ojos.

Por primera vez en mucho tiempo, no sintió la necesidad de comprobar si alguien estaba mirando.



Colegio
Ramón Carande

Cise viajando entre los planetas

Victoria López de las Huertas Díaz del Corral

3º Primaria

En un planeta lejano llamado Dichsi, donde el cielo era rosa y las nubes parecían susurrar canciones por la noche, vivía un pequeño marciano llamado Cise.

Tenía una piel azul clara, los ojos morados y un amor enorme. Mientras los demás marcianos se burlaban de él y no lo querían como amigo, Cise soñaba con viajar por el espacio y conocer otros planetas.

Dichsi era un lugar maravilloso con montañas que brillaban como cristales de luz azul. Allí todos aprendían a cuidar su planeta y a respetar el universo. Un día Cise terminó de construir su nave espacial.

No era grande pero sí segura. Se despidió de su familia y prometió volver con muchas historias. Apretó un botón rojo y... ¡despegó hacia el espacio!

Su primer destino fue Mercurio, el planeta más cercano al sol. Hacía tanto calor que Cise tuvo que usar el traje especial.

Luego visitó Venus, cubierto de nubes espesas y misteriosas, donde aprendió que en cada planeta no es fácil vivir.

Después de viajar entre las estrellas Cise llegó al planeta más hermoso que ha visto jamás: la Tierra. Desde el espacio era azul, verde y blanca como una canica brillante.

Decidió transitar en el parque y salió con cuidado de su nave.

–¡Hola! –escuchó una voz.

Era una niña de sonrisa amable y ojos curiosos, se llamaba Victoria. En lugar de asustarse estaba emocionada de conocer a un marciano de verdad. Cise y Victoria se hicieron amigos enseguida y lo hicieron para siempre. Cise

se despidió de Victoria con un abrazo y se fue a Dichsi y de esta forma conoció muchos nuevos amigos.

Magia, valor y confianza

Aitor Reyes Morcillo

4º Primaria

Antonio había salido a recoger la cosecha.

–Espero que las zanahorias estén maduras.

Recogió todo y se fue a la aldea.

–Pero si sale fuego de la aldea...

Lo que antes era una aldea ahora era una guerra. Sacó su catalejo y miró a través de él.

–¡Ostras si es un dragón! Y no uno cualquiera, es Millionerik. Tendré que intervenir.

Corrió hacia la aldea y se puso frente al dragón. Eso fue lo último que recordó antes de desmayarse.

–¡Aaaah!. ¿eh? ¿Ah! ¡Un yeti, una momia, un vampiro y yo, un hombre lobo!

–Cálmate somos nosotros: Rafa, Manu y Leo.

–Rafael es un Yeti, Leo eres una momia, Manu eres un vampiro.

–Sí, lo sabemos –contestó Rafa–. Nos ha hecho lo mismo a todos. Bueno, a ti no.

–¿Qué quieres decir?

–Mira, cuando te estaba transformando llegó Befana.

–¿Befana? –interrumpió Antonio.

–Sí, la bruja protectora de la aldea.

–¡Ah! En resumen: Millionerik venció a la bruja, ella desapareció y te entregó sus poderes por alguna razón.

–¡Chicos: Millionerik se escapa! –dijo Manu– ¡corred! Hay que vencerlo.

–Yo puedo volar –dijo Manu.

–Y tú también –dirigiéndose a Antonio– ¡Vamos!

Y se plantamos frente al dragón.

Lo que allí pasó fue una lucha épica.

–¡Toma esto y esto y esto!

Pero no podían vencer al dragón.

–¡Chicos parad! –dijo Antonio– Comienza el espectáculo. ¡Ríndete Millionerik!

–Nunca –dijo con una sonrisa malévola.

–Como quieras.

Un Rayo potentísimo y Millionerik cayó fulminado.

–Tío ¿cómo lo has hecho?

–Tres palabras: magia valor y confianza.

Y los 4 miraron al cielo y emprendieron su camino hacia Befana.

El misterio del colegio Monte Verde

Irene Acosta González

5º Primaria

En una ciudad llamada Cántaros estaba el colegio Monte Verde. Al colegio iban muy pocas personas porque daba miedo y era un poco pequeño.

En ese colegio había dos niñas llamadas Lucía y Paula que sospechaban del colegio porque en medio de clase sonaban ruidos extraños.

Un día mandaron a Paula al sótano del colegio a por algunas sillas cuando Paula llegó encontró las sillas que buscaba en una silla había una carta.

Paula como era muy curiosa la leyó y casi le da algo, porque ponía que el colegio no era seguro y que había espíritus.

La niña se fue del sótano pensando sobre el tema. Cuando sonó el timbre salieron al recreo y Paula le contó lo ocurrido a Lucía. A esta le costó creerlo. Paula propuso que al día siguiente investigarán el sótano. Lucía dijo que sí.

Cuando las niñas bajaron al sótano, Lucía dijo "ya no veo ninguna carta. Estás segura de que viste esa carta".

Paula le enseñó la carta después y decidieron ir a preguntar a la directora Isabel sobre lo ocurrido.

La directora dijo que sí era seguro. Las niñas se quedaron confusas y decidieron colarse por la noche en el sótano. Cuando estaban dentro buscaron hasta el más mínimo detalle. De repente Lucía gritó: "¡Un cadáver con sangre!".

Paula, como pudo, dijo "no grites que nos van a escuchar".

Al día siguiente estuvieron en la biblioteca para buscar información. Paula dijo "lo tengo, ya sé de quién es ese cadáver. Aquí pone que es de Roland

Smith, que era el antiguo director de este colegio y fue asesinado por el espíritu de su padre”.

Elas concluyeron que los ruidos eran de espíritus que podrían hacer daño a alguien.

Las niñas contaron lo ocurrido en el colegio y a sus padres.

Gracias a ellas el colegio Monte Verde fue cerrado.

El encuentro de un libro mágico

Laura Alarcos Carchenilla

6º Primaria

Érase una vez tres niñas: María, Ana y Sofía. Tenían once años.

Un día, viniendo del cole se encontraron un libro. Fueron a casa de Sofía para ver qué ponía adentro. En la portada ponía “Libro de los hechizos”.

Abrieron la página del medio y había ingredientes que no conocían. Le preguntaron por ellos a su padre, que era cocinero, y este no tenía ni idea. Entonces fueron a casa de Ana y por el camino se encontraron a una señora que les dijo que era un libro de magia y que ahora ellas eran las protectoras de ese libro. Ella también fue protectora con sus viejas amigas. También les dijo que el libro podría romper la amistad o unir las más y ser más amigas.

Las chicas cogieron confianza con la señora y le enseñaron los ingredientes raros que no conocían y ella sí los conocía.

La señora les dio unas semillas mágicas para que plantaran un huerto mágico y pudieron hacer las recetas, pero les dijo que no podía saber nadie que tenían un libro mágico y que lo protegieran muy bien. Ana, María y Sofía le dieron las gracias y se fueron a casa de Ana a plantar las semillas.

Cuando las plantaron las plantas salieron súper rápido. Vino la madre y les preguntó que qué plantas eran esas y le dijeron que eran para un proyecto.

Cuando la madre se fue empezaron a buscar una receta para hacer. Encontraron una que servía para hacer invisible y la hicieron. Se hicieron invisibles y fueron a gastarles una broma a su hermana, pero cuando estaban en medio de la broma, se fue el efecto y su hermana las echó de la habitación.

Ana, Sofía y María eligieron quedarse el libro y ser las protectoras para que hubiera más historias divertidas.



Colegio
San Juan Bosco

El Capitán Patata

Víctor Sánchez Muñoz

3º Primaria

Un día estaba en el parque jugando al baloncesto cuando de repente escuché un ¡pum! Pensé que era un cohete pero no, era un superhéroe que se había caído porque estaba aprendiendo a volar.

El superhéroe se llamaba Capitán Patata. Decía que no necesitaba capa porque siempre se le pisaba y se caía. Yo me reí mucho.

Le pregunté que qué hacía aquí y me dijo que venía a salvar el mundo pero que antes tenía que aprender a volar. Así que intenté ayudarlo. Le empecé a lanzar cosas pequeñas para que las esquivara, pero no funcionaba y siempre le daba a él.

Le dije al Capitán Patata que mejor intentará salvar cosas más fáciles.

Justo en ese momento mi pelota salió rodando hacia la carretera. El Capitán Patata salió detrás de ella y esta vez voló bien, la cogió antes de que llegara a la carretera. Cuando me la dio me dijo que había salvado mi pelota y era un héroe de verdad.

Yo le dije que aunque no tuviese capa era mi superhéroe favorito. El Capitán Patata sonrió, me chocó los cinco y se fue volando, pero esta vez sin hacer ¡pum!

Desde ese día siempre viene a verme para que le ayude a entrenar y así algún día podamos salvar el mundo juntos.

Cat-dopción: guía para llenar tu casa de pelos

Benjamín Rodríguez Ávila

3º Primaria

No sé dónde nací, tampoco cuándo nací. No sé de mi familia gatuna. No sé si tengo hermanas o hermanos, pues me separaron cuando era pequeño de mi familia. Ni siquiera sé si tengo nombre o cómo me llamo.

Vivo en una finca muy grande con otros animales: perros, patos, gallinas y conejos. Trato de jugar con ellos pero no me entienden. También hay humanos que de vez en cuando me dan algo de comida, pero otras muchas veces me gritan y me dan mucho miedo.

Aprendí a correr, escalar, saltar, maullar y buscar comida todos los días, aunque a veces consigo poca.

Un día, de repente, una persona me levantó, me metió en una jaula, me puso en un coche y me llevó lejos de allí.

Con algo llamado jeringa me pincharon el lomo para algo llamado vacunas, me bañaron y me dieron comida. Esta persona habla de un proceso llamado adopción. No sé lo que es.

Unos días después llegué a una casa donde me dejaron con una pareja y un niño. Empezaron a tratarme con cariño: me daban comida y agua, había juguetes y, aunque estaba asustado, ellos me acariciaban, me besaban y me consentían.

Empecé a dormir en una cama suavecita, calentita y cómoda. Me pusieron en collar con una medalla que decía mi nombre: Pariz. Tengo un año de vida.

Con los días he dejado de tener miedo pues estas personas llamadas familia me aman mucho y no me gritan.

El niño intenta hablar mi idioma, maúlla como yo, y aunque no sé lo que dice voy con él. Si maúllo me dan comida o agua. Ahora duermo en sus camas y lleno todo de pelos. Amo mi vida de gato, es genial.

El problema de Manuela

Sofía Díez Giraldo

4º Primaria

¡Hola!, soy Manuela, voy a quinto de primaria y tengo un problema. Resulta que también me gusta ir a extraescolar de patines, pero el otro día mientras iba a patines, me tropecé con un escalón y me torcí un tobillo. Me fui al hospital y me pusieron una escayola. Estoy muy triste ya que no puedo bailar, correr o saltar. Pero lo peor es que no puedo ir a patines. Espera que eso no es lo peor: el siguiente mes me tocó ir a revisión por lo de la escayola y el médico se dio cuenta de que mi pie no estaba recuperado. Me dijo que me iba a dar una silla de ruedas. Me puse aún más triste que antes.

En el cole, en casa y en todos lados estaba deprimida. Pero llegó el día en el que mi vida cambió para siempre. Era noviembre y llegaba el final del trimestre. Cuando entré en clase vi que había una alumna nueva. Tenía el pelo tan rubio que parecía oro, tres horquillas rosas muy bonitas y, para mi sorpresa, llevaba silla de ruedas. No me lo podía creer, era como yo. En el patio me acerqué a ella, le dije mi nombre y fui muy amable. Se llamaba Elsa, era de Mallorca y tenía nueve años, como yo. Enseguida me hice su amiga y siempre íbamos juntas, fuéramos donde fuéramos.

Como íbamos juntas a todos lados, a veces recibíamos apodos como "mira: el dúo de las ruedas" o también "mira: ahí van Elsa y Manuela, la las inseparables", pero a nosotras nos daba igual si la gente se reía de nosotras o si nos miraba como si fuéramos bichos raros. Nosotras no nos enfadábamos con nada. Pasé un año siendo su mejor amiga, pero al llegar a quinto me llevé una triste sorpresa: mi amiga Elsa se había marchado a su lugar de origen, Mallorca, aunque me dejó una nota que decía así:

“Querida Manuela me marchó a Mallorca, a mi lugar de origen. Lo siento mucho, he disfrutado mucho contigo este año. Gracias.

Elsa”

Algo que aprendí de Elsa es que nunca hay que rendirse los momentos difíciles, que algún día se arreglará todo.

Esta historia está dedicada a todos los niños que ahora están pasando por momentos difíciles ¡ánimo!

El duende torrejonero

Aimar Alonso González

4º Primaria

Había una vez un duende llamado Pepín. Pepín quería que un niño fuese su dueño y apuntaba en su mágica libreta si ese niño o niño eran buenos o malos.

El primer día fue a la casa de la niña llamada María. Lo primero que hizo María con Pepín fue tirarle del pelo y lanzarlo por los aires. Pepín apuntó entonces en su libreta: “mala”.

El segundo día fue a la casa de un niño llamado Tomás. Era tan, tan, tan bueno que invitaba a pepín a tomar el té. Pero Pepín apuntó en su libreta: “de tan bueno es un poco aburrido”.

Cansado de no encontrar a ningún niño, Pepín decide probar suerte con los niños y niñas de Torrejón de Ardoz.

Para su sorpresa, aquí Pepín tenía el problema contrario: todos le gustaban. ¡No podía elegir!

Cada día era una nueva aventura y todos los niños y niñas se esforzaban mucho para que Pepín estuviera contento. Le daban su comida favorita, le contaban chistes malos...

Así que un día Pepín decidió acercarse al ayuntamiento para hablar con el alcalde y contarle su problema de indecisión. Entonces el alcalde propuso una genial idea: Pepín iría a casa de cada niño de Torrejón cada día.

Así quedan todos contentos, los niños y Pepín

La llave de los mapas

Amaia Fernández Bahvonei

5º Primaria

En el colegio Mirador Azul había un lugar al que casi nadie prestaba atención: la sala de Geografía Antigua. Estaba llena de mapas amarillentos, globos terráqueos que ya no giraban bien y estanterías con cuadernos de exploradores del pasado. A la mayoría de estudiantes les parecía aburrido.

A todos menos a Alba, que pasaba horas estudiando rutas marinas o descifrando símbolos raros en mapas antiguos. Por eso, cuando el profesor Celso le pidió ayuda para ordenar la sala, aceptó encantada.

Mientras movía una pila de atlas, encontró algo extraño: una pequeña llave de cobre con un dibujo grabado en la cabeza, como un sol con líneas que señalaban distintas direcciones.

–Profesor, ¿de quién es esta llave? –preguntó Alba.

–Ah, esa... la encontramos hace años entre unos mapas donados al colegio –respondió Celso–. Nadie ha descubierto qué abre. Puedes quedártela si te interesa.

Alba sintió un cosquilleo de curiosidad. Una llave sin cerradura es como una pregunta sin respuesta.

Durante días se dedicó a buscar alguna caja, cajón o armario que pudiera encajar con la llave, pero nada parecía coincidir.

Hasta que un viernes por la tarde, revisando un mapa del océano Índico, notó algo raro. En la esquina inferior derecha había un recuadro pintado... con un sol idéntico al de la llave, y debajo, una frase en latín:

“Para abrir caminos, primero has de verlos.”

Alba se quedó pensando. ¿Verlos cómo? Miró a la llave, luego el mapa y encajó la llave sobre el dibujo del sol. Para su sorpresa, el recuadro se despe-

gó, dejando un hueco con un pliego doblado. Era un mapa distinto, dibujado a mano, del propio colegio... pero de hacía quizá cien años. En la parte trasera había una nota:

"Quien haye este plano, siga la ruta del sol. El conocimiento está donde menos se busca."

La ruta empezaba en la Sala de Geografía, bajaba por el pasillo central, giraba hacia las pistas deportivas y terminaba en el viejo almacén del gimnasio, un lugar casi olvidado.

Allí, entre cajas de balones desinflados y redes rotas, Alba encontró un armario con un pequeño sol en relieve. La llave encajó perfectamente. Al girarla, el armario se abrió: dentro había cuadernos de expediciones, diarios de antiguos profesores, cartas, fotografías y mapas rarísimos.

En la parte superior, una carta decía:

*"Para el estudiante que buscó sin miedo ni prisa:
Si encuentras esto, continúa lo que nosotros empezamos.
Explorar no es huir; es aprender."*

Al día siguiente, Alba entregó todo al profesor Celso, que se quedó boquiabierto.

—Alba... este armario lo llevaba buscando media vida —dijo el profesor emocionado—. Gracias. Y enhorabuena. No todo el mundo presta atención a los detalles.

Desde entonces, la escuela creó un Club de Exploradores y Mapas, dirigido por Alba. La llave de cobre pasó a ser su símbolo, y cada nuevo miembro debía prometérselo a sí mismo:

"Seguiré la ruta del sol: observar, pensar y descubrir."

Y así empezó la mayor aventura de Alba.

Scape room en el cole

Carla García-Serrano Rodríguez

5º Primaria

El miércoles 3 de diciembre por la mañana dando clase de Lengua con Don Mario, empezaron a sonar ruidos por la estantería, pero no le dimos importancia porque podían ser los de la clase de al lado. A segunda hora tocaba Educación Física y todos los de la clase empezaron a hablar de esos extraños ruidos.

Don Álvaro no los había escuchado nunca y pensaba que estábamos locos y al final paramos de hablar y empezamos con la clase. Tocaba recreo y sonó la alarma, las chicas seguíamos hablando de eso, pero a los diez minutos sonó el timbre otra vez, ¡todos nos asustamos mucho!, porque apenas llevábamos unos minutos y ya había sonado la alarma. Los profesores también estaban asustados y decidieron subirnos para dar clase con normalidad, tocaba Religión y nosotros seguíamos escuchando esos ruidos al igual que en la clase de antes...

Por la tarde subimos y ¡estaba todo desordenado! Nos fijamos bien y en la estantería había una notita que decía:

*“Hola 5º B, esto es un reto, necesito que los profesores de 5º se reúnan todos juntos y los alumnos de 5º también. Los profesores tenéis que buscar unas pistas por el cole para llegar a un sitio y los alumnos igual.
¡Qué empiece la competición”*

Los profesores fueron rápidos y Don José encontró la primera pista en una de las canastas del patio. Era una adivinanza: *“floto como un pez y me usan para ayudar a los niños pequeños a nadar”*. Y fueron a la piscina.

Mientras, los alumnos, también habían encontrado su primera pista en el comedor de infantil y decía:

“si alguien se lesiona ahí estaré yo, para subir y bajar con un profesor”.

Y los alumnos fueron al ascensor. Los profesores encontraron la otra pista en un flotador y la última pista les decía:

“aquí es donde vosotros corregís los exámenes de Lengua o de Mate”

Y fueron a la sala de profes. En el ascensor, los alumnos encontraron su última pista y decía:

“en infantil hacíamos los eventos allí”

Y fueron rápidamente al escenario. En el escenario y en la sala de profes había una notita que decía:

“Averiguar los cuatro números para abrir el candado y cuando se abra la puerta, coger la varita y llevarla al despacho de Don Tirso”.

Los alumnos llegaron antes y ahí estaba Don Tirso esperando a todos los concursantes. Cuando llegaron los profes, Don Tirso dijo:

–Como han llegado antes los alumnos, cada uno de los alumnos podrá pedir un deseo que modifique el colegio. Muchas gracias y, ¡enhorabuena a los alumnos!

Y así es como el colegio pasó de ser aburrido a el colegio de los sueños de los alumnos.

El día que las pantallas se apagaron

Marc Lázaro Hernández

6º Primaria

Todo empezó cuando estaba en clase de Lengua. Era un día como todos los demás. De repente, todas las luces y los dispositivos electrónicos se apagaron. Ordenadores, móviles, relojes y todo lo que funcionaba con electricidad dejó de hacerlo. Intentamos encenderlos otra vez, pero no funcionaban. Quedaba una hora para irnos a casa y durante ese rato estuvimos hablando sobre qué podría haber pasado. Algunos decían que era un apagón normal, otros que había sido un ataque informático, pero nadie lo sabía seguro.

A la salida, todos estábamos en shock porque no podíamos llamar a nuestros padres. Así que me fui, como de costumbre, caminando hasta mi casa, que está en El Soto.

Cuando llegué, mis padres ya estaban allí. Me dijeron que habían salido antes del trabajo porque en sus oficinas tampoco funcionaba nada. En la tele no había señal, el wifi no iba y el móvil seguía apagado. Todo estaba muy raro.

Después de comer, como no tenía nada que hacer, bajé a la pista a jugar al baloncesto. Allí me encontré con un vecino con el que casi nunca había hablado. Siempre lo veía con el móvil en la mano, pero ese día estaba paseando a su perro. Empezamos a hablar y me di cuenta de que era muy simpático. Nos reímos bastante y decidimos dar una vuelta con las bicis.

Mientras pedaleábamos, pasamos cerca de la central eléctrica que está por la zona. Nos llamó la atención porque vimos luces encendidas (pensamos que tendrían un generador) y gente moviéndose de un lado a otro. Nos

acercamos más y vimos un agujero en la valla. Dudamos un poco, pero al final nos colamos.

Desde dentro escuchamos a dos personas hablando dentro de un garaje. No entendimos todo, pero sí algunas palabras sueltas. Decían cosas como “no es de aquí”, “objeto desconocido”, “ha entrado en la atmósfera” y “apagón mundial”. También dijeron algo que nos dejó helados: que el mensaje era que la tecnología tenía que apagarse para que la gente recordara cómo era vivir sin ella. Pensamos que podía tener que ver con un ovni o algo parecido. Nos asustamos mucho y salimos corriendo de allí a toda velocidad con nuestras bicis.

Fuimos a contárselo a nuestros padres, pero no nos creyeron. Dijeron que seguramente habíamos entendido mal. Esa noche me acosté nervioso, pensando en todo lo que había pasado durante el día.

Justo antes de dormirme, ocurrió algo increíble. Mi móvil, que llevaba todo el día apagado, se encendió solo y empezó a pitar con un sonido que jamás había escuchado. En la pantalla apareció un mensaje que decía:

*“No hemos venido a atacar. Hemos venido a recordaros
cómo vivir sin esto”*

Después, el móvil volvió a apagarse. No pegué ojo en toda la noche...

A la mañana siguiente, todo funcionaba otra vez con normalidad. Las luces, los móviles y las pantallas habían vuelto. Pero yo ya no era el mismo. Gané un buen amigo que antes ni me miraba y desde ese día, intento no usar tanto el móvil, porque a veces hace falta que todo se apague para darte cuenta de lo que de verdad importa.

Sin felicidad

Valeria Estévez Sánchez

6º Primaria

Agnes, una niña de 13 años con el pelo muy rubio, acababa de llegar al orfanato desde su instituto. Su padre murió cuando ella tenía tan solo dos años. Un año más tarde, su madre se vio arruinada, sin apenas dinero para comer y vestirse y no tuvo más remedio que dar a su hija en adopción.

Ella había crecido con demasiadas familias de acogida, pero ninguna estaba dispuesta a adoptarla por su fuerte carácter y personalidad. Agnes era muy difícil de tratar porque ella no solía fiarse de nadie, salvo de una persona: su mejor amiga, Rebeca.

También de la misma edad. Rebeca era la única que la entendía, pero meses más tarde la adoptaron y Agnes se quedó sola.

Desde que adoptaron a Rebeca, la vida de Agnes había cambiado a peor. En el instituto, algunos la tiraban del pelo para arrancárselo, por ser rubio y otros la insultaban. La adolescente fue capaz de sobrevivir con ese sufrimiento hasta que empezó lo peor.

Un grupo de tres chicas empezaron a maltratarla y nunca la dejaban. Estaban en todas las esquinas por donde ella pasaba: en la oscuridad que utilizaba de aislamiento para poder respirar, en la tranquilidad de sus sueños, que necesitaba para vivir. Desde aquel momento, Agnes se sintió más pequeña que nunca y todos los días, tuvo que soportar el miedo que tenía a que la hicieran cualquier cosa, quitándole su autoestima, la seguridad en sí misma, y las ganas de vivir.

Después de un trimestre sobreviviendo como podía, decidió ir a hablar con la directora del orfanato sobre lo que le estaba ocurriendo. La directora no hizo nada, como todos los demás con los que intentó hablar. Todas esas personas solamente pensaban que eran cosas de críos. Simples peleas.

También, todos sus compañeros, tanto los del instituto como los del orfanato, veían lo que le estaba pasando pero nadie hacía nada para ayudarla. El miedo a que les pasara lo mismo podía más que la simple idea de cualquier intento de ayuda.

Un día, mientras ella estaba sola en la biblioteca estudiando, se acercaron las tres acosadoras. Ella las vio al instante e intentó escapar, pero no pudo. La pegaron y la estamparon contra varias mesas hasta que ella no pudo más y cayó.

Cuando abrió los ojos se encontró en la habitación de un hospital. Tenía algunas heridas internas y también una brecha en la cabeza en la que tuvieron que dar puntos.

Al día siguiente volvió al orfanato y al instituto. Allí todos la miraban. Una de las chicas que la acosó ese día en la biblioteca la había grabado. Ese vídeo se hizo viral en todo el instituto y el orfanato, pero nadie hizo nada.

Agnes nunca tuvo un lugar seguro, siempre estaban ahí en cada momento; en el centro educativo, cuando ella comía, en todas las esquinas y calles que ella cruzaba para llegar al orfanato.

Sus días transcurrieron así, hasta que una niña se acercó a ella. Se llamaba Lucía y estuvo con Agnes durante unas semanas.

De repente, un día mientras desayunaban, Lucía tiró toda la comida a Agnes y todos los adolescentes se rieron de ella. La volvieron a grabar y comenzó de nuevo la pesadilla.

Agnes no entendió por qué todos le hacían esas cosas, por qué nadie hacía nada y, sobre todo, no sabía qué había hecho ella para merecer eso. Esas preguntas las tenía en su mente desde el primer día.

Hasta que meses después, cuando ya no pudo más, decidió que no tenía sentido vivir así.

Un día, cuando consiguió estar totalmente sola, cogió un cuchillo y se intentó suicidar. Al instante la descubrieron y la llevaron al hospital. Entonces todo el peso cayó sobre todos los que vieron lo que le hacían y callaban, sobre la directiva del instituto y, sobre todo, en sus acosadoras.

Nadie fue consciente del daño que se podía llegar a hacer, hasta que alguien tuvo que sufrir, porque las personas nunca están en la piel de quien acosan. Aunque parezca extraño, la mayoría de las personas son así.

La noche de las gárgolas

Martín Olza Arbolí

1º ESO

Era la noche del 3 de noviembre de 1864, la noche de las ánimas, cuando Carden Wihertson, un joven de 32 años de constitución delgada y espeso pelo negro, salía de la catedral del monte.

La catedral del monte era una inmensa iglesia gótica construida a base de piedra caliza que se encontraba alejada del pueblo y era conocida por todos debido a sus grandes contrafuertes, sus largos ventanales y, sobre todo, a sus terroríficas gárgolas.

Aquella noche, Carden se sentía tremendamente desolado, pues su prometida, una joven muchacha de largos cabellos rubios, llamada Elizabeth, se había caído por un puente y había muerto.

Carden había ido a la catedral en busca de refugio, esperando encontrar esperanza entre sus rocosas paredes; sin embargo, no había encontrado nada.

Carden iba por el sendero que llevaba al pueblo, ensimismado en sus lúgubres pensamientos, cuando un brusco movimiento en una de las torres de la catedral le sacó de sus reflexiones. Se giró para ver lo que se había movido, pero no había nada.

—Qué extraño... —pensó. Se iba diciendo que era producto de su imaginación, cuando vio otro movimiento en la gran cúpula central de la iglesia. Y otro. Y otro más.

Intentó ver qué o quién se movía y consiguió distinguir la sombra de lo que parecía ser una grotesca imitación de la figura humana, pero con alas de murciélago y cuernos de carnero. Eran las gárgolas las que se movían.

Al principio sus movimientos eran lentos y torpes, pero a medida que el tiempo pasaba iban cogiendo más agilidad y rapidez.

Carden quería huir, ir lo más lejos posible de ese lugar, pero las piernas no le respondían. Fue cuando una gárgola lanzó un atronador rugido cuando Carden empezó a correr.

Demasiado tarde.

Se dice que lo último que se le oyó decir fue:

“Elizabeth, voy a casa.”

Por eso, nunca hay que ir a las iglesias la noche de las ánimas, si no quieres acabar convertido en una gárgola como le pasó a Carden Winterson, que sigue ocupando su lugar en la catedral del monte.

El niño que consiguió dejar la pantalla

Pelayo Pastor Buendía

1º ESO

Un niño de doce años, apasionado por la informática y los videojuegos, vive en una ciudad donde la tecnología aparece por todos los sitios.

Un día mientras husmeaba por casa de sus abuelos en un pueblo del norte de España encontró unos juguetes muy peculiares para él.

Se trataba de unas peonzas de madera y unos cubos de rubik.

No sabía qué hacer con ello, pero era tal su inquietud, que estuvo todo el día con ello, intentando aprender, hasta que llegó su abuelito y le enseñó cómo se enrollaba una cuerda en esa peonza de madera y cómo, dejándola deslizar, se podía bailar de muchísimas maneras.

El niño emocionado llevó peonzas a sus amigos en la ciudad, consiguiendo que cambiaran un rato sus consolas por juegos de toda la vida que habían dejado de verse en la ciudad.

Consiguió que sus amigos dejaran un poco la vida digital y estén más con la analógica, así todos son más felices.

Gracias a esas peonzas quedaron todos los días y estuvieron juntos, cosa que antes no pasaba ya que se hablaban a través de los dispositivos móviles.

La aventura de Kevin

Marco Remedios Jiménez

2º ESO

En un cálido día de otoño, un niño llamado Kevin, estaba desayunando cereales en un cuenco de leche, cuando empezó a sentir que el suelo de su casa temblaba cada vez más. Intrigado, se levantó y se dirigió al sitio en donde supuestamente se originaba el temblor. Cuando llegó, antes de abrir la puerta de su dormitorio, el temblor desapareció. El niño no le dio importancia y abrió la puerta cuando... “ahhhhh”. El niño cayó en un seto con tonos rosados desde 6 metros de altura, afortunadamente no se hizo mucho daño, aunque se clavó alguna rama.

Kevin se encontraba en medio del jardín de una casa grande. Parecía otro mundo, distinto a la Tierra. Anduvo hasta el frente de la casa y tocó el timbre. Un rato después un hombre alto, gordo, casi calvo (con 3 pelos) y amarillo le abrió la puerta.

Kevin se quedó petrificado, al igual que Dan (el señor que le abrió la puerta).

Estaba anocheciendo y al niño no le quedó más remedio que pedirle entrar en la casa.

El hombre sorprendentemente le dejó entrar y Kevin se dirigió a lo que parecía ser la sala de estar, donde se encontraban cuatro personas más: Julie, una mujer amarilla, con pelo azul muy largo; Bart, un niño amarillo, mas o menos de la edad de Kevin y muy travieso; Yeardley, una niña pequeña, amarilla y con el pelo picudo; y Nancy; una bebé amarilla, que siempre lleva un lazo en la cabeza.

Todos se presentaron y cenaron una deliciosa sopa de pescado y de postre unos donuts.

Después de la cena Julie preguntó a Kevin cómo había llegado a ese mundo.

A lo cual Kevin les respondió y Bart, que había escuchado toda la conversación, le dijo que no se preocupara, que él conocía a un científico que podía devolverle a su mundo.

A la mañana siguiente Bart, Yeardeley, Nancy y Kevin fueron a visitar al científico Mr. Sando. Le comentaron todo el suceso y dijo que tendría la máquina para llevarle a su mundo lista dentro de dos días.

Esos dos días fueron los más felices de la vida de Kevin. Fueron al skatepark, al parque, conoció a gente maravillosa, fueron al campamento Krunchy, y hasta vieron andar a un cerdo por el techo del salón.

Pero el momento había llegado, tenía que marcharse. Kevin no sabía qué pasaría, si volvería a verlos o no.

Pero...

"¡Kevin hora de despertarse, que vas a llegar tarde al colegio!"

Resulta que todo fue un sueño, un fruto de su imaginación.

No ver, no saber

Ángela Cárdenas Vidal

2º ESO

Despiertas. Miras a tu alrededor y descubres que te encuentras en una habitación blanca por un lado, negra por otro. A pesar de no saber dónde estás, tu interior está sorprendentemente tranquilo. Te pones de pie y examinas cada una de las simétricas paredes que te rodean y te fijas en unos portones bastante llamativos. Te extrañas, pues estás segura de que no estaban ahí antes. Consta de dos grandes puertas de madreperla blanca y el marco está decorado con flores de diversos colores y luces que te llaman a pasar. Encima de los portones, hay un cartel que reza: "Camino a casa".

Oyes un sonido desagradable. Te suena como algo arañando una pizarra. Viene de detrás de ti. Te das la vuelta y descubres que donde antes había una pared negra a pocos metros de ti, ahora no hay nada. Está muy oscuro y no consigues vislumbrar si hay algo. Las luces de la puerta parpadean pero las ignoras. Deseas saber cuál y qué es el origen de este sonido. Comienzas a caminar. Caminas y caminas, pero no ves nada más que una inmensa oscuridad que se extiende hasta más allá de lo que tus ojos pueden ver.

Finalmente, después de caminar durante media hora (o eso es lo que te ha parecido), encuentras otra puerta. Pero esta no es tan apabullante como la de madreperla. No. Esta es de madera oscura y sin lijar. Está medio abierta, así que pasas. Descubres que has entrado en otra habitación, esta vez completamente blanca. Hay otra puerta, exactamente igual a la que has utilizado para entrar. La cruzas y te encuentras en otra habitación, idéntica a la anterior, con otra puerta.

Pero algo ha cambiado y es que el espacio es más pequeño. Aun así, te atreves a cruzar la nueva puerta y es el mismo escenario. De nuevo más pequeño. Continúas pasando por las puertas. Una detrás de otra. Puerta detrás

de puerta. Sigues y sigues. Hasta que te das cuenta de que... te falta espacio. Te has centrado tanto en cruzar la puertas que no te has dado cuenta de que las habitaciones se habían ido oscureciendo.

Te está faltando el aire. Sabes que deberías volver hacia atrás. Pero no quieres. No puedes. Tu curiosidad no te lo permite. No ves que la habitación es minúscula y que te va a aplastar. Pero sigues intentándolo.

Sólo.

Una.

Puerta.

Más.

Ya no puedes respirar. Todo se empieza a ver borroso. Hasta que...

Te despiertas sudando y respirando con dificultad. Ha sido un sueño. Solo un sueño. Te llega una notificación al móvil. Lo coges y es que es un comentario de TikTok.

Vas a abrir la aplicación para ver lo que te han comentado, sabiendo que estarán insultándote y criticándote. Cómo siempre. Pero no lo haces. Te has dado cuenta de una cosa. Ese sueño que tanta ansiedad te ha dado, te ha enseñado algo. "Si no veo lo que pone... no pueden hacerme daño."

Sonríes para ti misma. Entras en TikTok y borras tus cuentas. Haces lo mismo con las demás redes. Apagas el móvil, y por primera vez en mucho tiempo, te sientes liberada. Libre.

A veces, no ver y no saber, puede ser nuestra mejor defensa.

El corazón espera

Paula Campo Viñambres

3º ESO

Ora noche oscura en la que Vivian se sienta sola a cenar. Ya no sabe si se está volviendo loca o si solamente es su imaginación, pero vuelve a escuchar aquella dulce voz. Sin saberlo los ojos se le han llenado de lágrimas.

Ese vago recuerdo de ella y su difunto marido hablando durante las comidas, cada vez se hace más borroso. Simplemente se desvanece. Se ha vuelto una costumbre. Se levanta por las mañanas y se pasa todo el día recordándolo. Se acuesta por las noches y vuelven todos aquellos recuerdos dolorosos. No hay ni un solo minuto en el que algo relacionado con él le invada la mente. Cada vez se esfuerzan menos en evitarlo, simplemente deja que los pocos recuerdos que le quedan en la memoria se asienten en su mente y la acompañen durante el día y la noche.

Tampoco pasa más de una hora sin que ese dolor punzante vuelva al corazón. Se está muriendo de dolor, de amor. Ya no queda con sus amigas ni va al bingo de las tardes. Su rutina se ha convertido en sentarse en el sofá y llorarle a su querido durante horas. Ha dejado de sonreír, ahora solamente siente tristeza. Ni siquiera puede sentir enfado. Enfado del abandono temprano. Enfado de la soledad. Enfado del dolor. Solamente tristeza y vacío.

Ese mismo día una visita inesperada llama al timbre. Curiosa por ver de quién se trataba, fue abrir la puerta. Al ver al chico alto, moreno y sonriente que le esperaba al otro lado una lágrima le resbaló por la mejilla. Un brillo apareció en sus tristes ojos.

Era la primera vez en mucho tiempo que sentía alegría por dentro. Bajo el umbral de la puerta, sujetando dos maletas, se encontraba su nieto. Hacía años que no lo veía, estaba cambiado, muy cambiado, pero esos inconfundibles ojos grises, iguales a los de su abuela, seguían igual que antes.

Ambos, emocionados, se abrazaban y la mayor le invitó a pasa. Preparó unos dulces y le invitó a sentarse.

Mientras disfrutaban de la merienda, él explicó cómo había decidido estudiar en aquella ciudad y cómo se le había ocurrido irse a vivir con ella. Encantada de la nueva compañía, Vivian le enseña la que sería su habitación.

De repente su rutina cambió. Dejó de ser triste y vacía y pasó a llenar sus tardes y comidas de charlas y risas. De historias contadas por su nieto y de silencios alegres.

Pronto todo cambió y de aquellos días tristes nada quedó.

El minotauro

Carlota Berlanga Lara

3º ESO

En el laberíntico instituto Dédalo, Niro se sentía cada día más perdido y desorientado. Los pasillos se extendían como interminables muros que se cerraban a su alrededor encerrándolo en una red de angustia. Las aulas, que deberían ser un lugar de aprendizaje, se transformaban en trampas donde las risas resonaban como ecos, amplificando su dolor. El minotauro, en esta versión de la historia llamado Narel, lo esperaba en cada esquina acechándolo con su mirada desafiante y sus palabras afiladas como cuchillos. Listo para atacar su autoestima y confianza. Él y su grupo de amigos lo habían convertido en su blanco favorito. Cada día Niro se veía obligado a enfrentarse a una avalancha de insultos, empujones y humillaciones públicas. Se sentía atrapado en un laberinto sin salida donde el miedo aumentaba como el monstruo que lo acechaba constantemente alimentándose de su vulnerabilidad.

Un día, como un rayo de esperanza en la oscuridad, una nueva estudiante llegó al instituto. Se llamaba Mira y su mirada transmitía una calma serena y una empatía que Niro no había sentido en mucho tiempo. Su presencia emitía una sensación de seguridad que lo reconfortaba en su tormenta. Mira se dio cuenta de su sufrimiento y, conmovida por su dolor, decidió ayudarlo a encontrar una salida a su laberinto. Le ofreció su amistad y su apoyo incondicional, convirtiéndose en el hilo que lo ayudaría a navegar por la oscuridad. Con la ayuda de Mira, Niro comenzó a encontrar la valentía que creía perdida para siempre. Poco a poco aprendió a ignorar los insultos venenosos y a defenderse con firmeza cuando era necesario, recuperando poco a poco su voz.

Descubrió que dentro de él habitaba una fuerza interior que no conocía, una espada invisible con la que podía enfrentarse al minotauro y a todos los monstruos que intentaron intimidarlo.

Narel, en un intento por lograr su control, intentó humillarlo frente a todos. Pero esta vez Niro se mantuvo firme y no se quedó callado. Le dijo que no iba a permitir que lo siguiera maltratando ni un segundo más.

Sus palabras resonaron en el comedor silenciando las risas.

Narel se sorprendió ante la inesperada reacción de Niro y por primera vez se arrepintió de sus acciones crueles.

A partir de ese día el laberinto del instituto comenzó a transformarse. Los pasillos ya no parecían tan oscuros y amenazantes y las aulas se llenaron de nuevas amistades. Había encontrado la salida del laberinto gracias a su amiga y a su valentía.

Y aunque el minotauro seguía ahí, ya no le tenía miedo. Sabía que podía enfrentarse a cualquier monstruo que se cruzase en su camino y proteger a otros que podrían estar sufriendo en silencio.

Vivir o existir

Sofía González Sánchez

4º ESO

Entre las estrechas calles nevadas de Londres una voz hacía eco y desprendía murmullo mientras repartía unos carteles singulares decorados de temas navideños con una frase que decía:

“La libertad es el limite que pones a tus sueños”.

Una joven con una boina roja y un largo abrigo de lana caminaba deprisa haciendo eco con sus tacones, que acompañaban a la voz que vendía aquellos carteles navideños. Ella pensó que si no hacía contacto visual con aquel hombre mayor, abrigado hasta el cuello, no le pararía ni haría su retraso mayor.

Sin embargo, sus ojos no lo pudieron evitar y se fijaron detenidamente en el señor mayor que ahora le hablaba. Con una voz gruesa y frondosa el hombre le pedía de manera carismática que solo tomara un segundo de su vida y le haría ver la vida con otros ojos. Ella dudó solo medio segundo, preguntándose si quizás en tan poco tiempo le haría cambiar su forma de pensar. Le resultó gracioso que se hubiese parado a pensarlo siquiera, así que le dedicó una sonrisa con sus labios pintados de color rojo y negó educadamente con la cabeza añadiendo un gracias al final.

El hombre le devolvió la sonrisa con un “feliz Navidad” y siguió hablándole a las calles vacías de Londres.

Julia apretó el paso pensando en qué excusa utilizaría esta vez por llegar tarde al trabajo.

Observó a algunas personas que parecían igual de inmersas en sus pensamientos que ella. Todos tan concentrados en su asunto que ninguno prestaba atención al señor mayor de las cartas. De pronto una frase se quedó flotando

por las calles, una que, por poco que fuera, movió algo en el pecho de Julia. Los músculos de Julia se tensaron, su aliento se entrecortó y miró hacia los lados para ver si alguna persona había sentido lo mismo con aquella frase que al parecer venía del señor de las cartas.

Sin querer hacerlo Julia desaceleró el paso regañándose a sí misma por hacerlo. No obstante por una vez dejó de escuchar a su cerebro y se dejó llevar por el inocente corazón que ahora le pedía, a susurros, implorar al señor mayor que le hiciera ver la vida de otra manera, que repitiera esa frase otra vez hasta que creyera en ella, hasta que dejara de engañarse fingiendo que sabía lo que hacía cuando realmente iba sin pasión, sin una meta, ni un propósito en su vida, a parte de llegar a los viernes y tumbarse en el sofá de su casa.

Una parte de Julia pensaba que se había vuelto loca, completamente, pero otra esperaba de corazón que se diese cuenta de que la vida no era solo existir, seguir rutinas, comer, dormir y demás necesidades básicas. No se trataba de eso. A ella le esperaba algo más grande, sin duda. Una vida donde experimentar cada emoción intensamente. Una vida donde equivocarse es parte del camino. Una vida que te enseña lo que realmente es vivir.

Julia paró en seco y se detuvo mirando el cielo que ya casi oscurecía por completo y sin saber muy bien lo que hacía, dio marcha atrás y en poco tiempo se encontraba delante del señor de las cartas preguntándole que si la oferta de antes seguía en pie.

Julia no tenía ni idea de por qué estaba haciendo eso, pero se sentía diferente y eso le gustó. Era libre y no se había dado cuenta hasta ahora. El señor mayor se rió y le dijo que la vida era un misterio; uno que te ponía en situaciones complicadas, en hoyos donde no parece haber salida y estamos tan centrados en hacerlo demasiado bien, que terminamos perdiendo lo que somos, nuestra esencia y con ello perdemos los momentos pequeños que para nosotros son infinitos. Así que antes de preguntarte por qué deberías hacer una cosa, mejor pregúntate por qué no hacerla.

Y con ello le dio a Julia un panfleto navideño que publicitaba un pequeño restaurante. Se olvidó de su trabajo y caminó calle abajo. Sin querer, de un momento a otro, una persona que iba con prisas a algún lugar se chocó con ella resbalándose el panfleto de las manos y cayendo al suelo. Antes de pen-

sarlo si quiera, el joven se agachó para recogerlo mientras pedía disculpas y se lo entregaba. De prisa vio como el joven subió la calle y negó la petición del señor de las cartas con un gracias al igual que ella.

Dulce y dócil cordero

Aarón Benjamín Suldac

4º ESO

No estoy aquí. Siempre te veo y todas las navidades te recuerdo, pero no solo a ti, sino también cómo llegaste. Entre luces, destellos y la sangre que resbaló, nos salvó tu último aliento.

En un mundo lleno de oscuridad, mas quién iba a saberlo, una profecía llegó, trajo consigo el amor eterno, la paz y en el inmenso cielo; explotó un cántico de astros brillantes, figuras destelleantes, pero de entre tanta maldad, aún permaneció una pizca de rencor.

Te veo, lo recuerdo, en aquella noche azul estrellada, tu salvación era esperada. Observo y me detengo, pensando cómo en aquel humilde establo, naciste sin daño y protegido por la luz y admirado por la cruz.

Te veo, me acuerdo, en una vida del pasado, de entre esclavos, sufrimientos, reyes y magia, nació una esperanza. Yo recuerdo con dolor, como este imposible milagro sucedió y desde una tierra lejana hasta la tierra pensada, tu madre y tu padre recorrieron, un camino distante a la vista, pero cercano al corazón.

Te presiento como ayer, en aquel final del camino desde tu tierra humilde y acogedora, en tu pasaje, en busca de un aposento donde tus padres encontrarán un descanso. Después de ir en busca y en busca de un lugar para tu nacimiento, tus padres no encontrarían ningún alojamiento.

Viendo las lágrimas cristalinas en sus ojos, me transportan a un corazón amable y bondadoso, que su establo os deja. Lo escucho de nuevo, millones de ángeles en el cielo, retumbando, su estruendo. A los pastores vinieron a cantar, que la salvación llegó a la humanidad y ellos a Belén vinieron rápido a celebrar. Diviso un astro de Dios, una magia potente en el cielo, que con su destello, una diminuta estrella, a tres reyes de la magia, reclamó un pasaje

hacia el milagro. Llegaron estos reyes al establo, mas el rey con ganas indebidas se despertó y en su corazón amargo, al dicho milagro quiso eliminar y que de esta tierra no vuelva a despertar.

Tu historia la inventé, para que suceda y que nos saque del castigo, que yo proclamé, hace miles de años o décadas, cuando al hombre yo hice humilde, pero por la espalda me clavó el traidor su gran espada.

Te veo, te agradezco. Siempre supe que tú Jesús, serías el niño que se originó de las estrellas, para que de entre todas las estelas, tú como un dulce y dócil cordero, nos recuerdes que tu milagro, salvó, al mundo entero.

Más allá de mí

Marta Sáez Salinas

1º Bachillerato

Nunca entendí a la gente que le apasionaba leer. Para mí, los libros eran simplemente ladrillos llenos de palabras, expresiones que no me causaban ninguna sensación. A lo largo de todos estos años no me han parado de comparar con el resto de la gente que sí leía; era algo que me causaba bastante frustración académica, ya que por más que lo intentaba, me resultaba imposible de comprender.

Todo cambió aquel día en el que mi madre me obligó a bajar a recoger el trastero y entre los escombros, polvo y suciedad, me encontré un libro, pero no se trataba de un libro cualquiera; ahí fue cuando entendí que a veces sin buscarlo, encontramos algo que nos encuentra a nosotros.

En la portada ponía *“si estás leyendo esto, significa que sobreviví de alguna manera”*.

Se trataba de un diario sucio y viejo con bastantes imperfecciones escrito por mi abuelo durante la II Guerra Mundial; en él plasmaba cómo estaba viviendo aquella época. Según iba pasando las páginas me entraban más ganas de leer, por lo que decidí subir a mi habitación.

Había concretamente 320 páginas que contenía mapas hechos a mano, fotografías en blanco y negro de mis antepasados o incluso frases tachadas por miedo a que lo leyeran en esa época.

Por el momento, todo parecía ir bien hasta que me encontré con una página dedicada a la persona que se encontrara este libro.

Entre esas frases, hubo una que me llamó bastante la atención, ponía *“los jóvenes de hoy, están viviendo el sueño por el que otros lucharon”*. Esa frase marco un antes y después en mi manera de ver las cosas.

Fue justo en ese momento cuando me di cuenta de que los libros tenían mucha más importancia de la que yo les daba, con ellos podemos aprender numerosas historias y si no fuera por aquel diario nunca habría conocido a mi abuelo de una manera mucho más cercana.

En un primer momento, pensé en guardarlo como un objeto con bastantes emociones encontradas en las que quedarían plasmadas nuestros antepasados, pero el paso de los días, llegué a la conclusión de que, probablemente leyendo aquellas páginas llenas de dolor, de sentimientos y planes futuros servirían de ejemplo para la sociedad cambiar nuestra manera de ver las cosas como hice yo o incluso para acercarnos de una manera distinta a la lectura fuera de lo tradicional.

Los libros no son historias para aburrir y no deberían verse como una obligación sino como una pasión; es algo que yo en un pasado nunca hubiera sido capaz de decir, pero por suerte, mi manera de pensar cambio al cruzarme por el camino aquel diario. Tal vez, leer no sea escapar del mundo sino entenderlo.

El rumor del agua

Paula Leal Peinado

1º Bachillerato

El primer día que Nora volvió a escuchar la lluvia, lloró. No por tristeza, sino por sorpresa. Hacía dos años que el silencio la había acompañado a todas partes, un silencio tan espeso que hasta el aire parecía moverse despacio para no romperlo. El accidente fue rápido y brutal, perdió la audición y en su mundo solo quedaron miradas y gestos.

Al principio creyó que se volvería loca, intentaba leer los labios de su madre y ella solo veía movimientos sin sentido, como un pez dentro de la pecera. Lo intentaba, pero se frustraba, tenía dieciséis años y se sentía prisionera de su propio cuerpo. Las risas con sus amigos, los pasos en la escalera, la música que tanto le gustaba escuchar... Todo se desvaneció. El silencio era como un océano sin fondo.

Un día su profesora de literatura, se acercó a su mesa con un libro viejo. "Míralo", le escribió en una nota. Era "El viejo y el mar", de un escritor que la apasionaba.

Nora no sabía por qué, pero esa historia la atrapó. Empezó a leer cada noche con una linterna bajo las mantas. Imaginaba el rugido del mar, aunque solo existiera en su mente. Y así, letra a letra, descubrió que todavía podía "escuchar" con los ojos.

Entonces decidió escribir. Al principio eran frases cortas, torpes, escritas en trozos de papel como "He soñado que la música tiene color" o "El silencio también late". Poco a poco, las frases se convirtieron en páginas. Páginas que contaban la historia de una chica que había perdido el oído, pero no la voz. Su madre empezó a dejarla tazas de té cada tarde, mientras ella escribía sin cesar.

En el instituto, algunos se burlaban de ella. Le hacían bromas porque no reaccionaba cuando la llamaban por detrás. Pero otros empezaron a admirarla en silencio, especialmente Diego, un compañero que siempre la había observado en silencio. Aprendió lenguaje de signos para hablar con ella. A veces se sentaban en el patio, sin decir nada, y se comunicaban con los ojos y Nora empezó a pensar que el silencio era también algo hermoso.

Ella decidió presentarse a un concurso de relatos y entregó el suyo, "El rumor del agua", porque aunque no oía el mar, sentía que lo llevaba dentro. Cuando lo presentó, temblaba.

El día de la entrega de premios, todos hablaban y aplaudían sin parar. Nora veía los labios moverse, las risas, el bullicio. Su profesora subió al escenario y abrió un sobre. Las letras del cartel decían "Primer premio: Nora Álvarez". El público se levantó. Ella no oía los aplausos pero los vio como luces moviéndose al ritmo de la emoción. Subió al escenario. Mostró un papel donde había escrito unas letras en grande: *"El silencio no me robó los sonidos. Me enseñó a escucharlos de otra forma"*.

Nadie en la sala respiró durante unos segundos. Desde ese día, siguió escribiendo día a día. No recuperó el oído, pero aprendió a escuchar con la piel, con los ojos, con el alma. Cada vez que llovía, salía al balcón, cerraba los ojos y dejaba que las gotas cayeran por su rostro y comprendió, al fin, que a veces la mayor victoria no es recuperar lo perdido, sino aprender a vivir con lo que queda.

Con el tiempo, es pensamiento se convirtió en refugio, y cada día aprendía una nueva forma de "escuchar" el mundo: el temblor del suelo cuando pasaba el metro, el ruido del viento entre las hojas... el silencio, que antes había sido una condena, ahora se transformó en un espacio de calma donde todo tenía sentido. Ya no le daba miedo.

Años después, cuando le preguntaron cuando empezó a escribir su respuesta fue: *"empecé cuando dejé de oír, porque el silencio, si sabes mirarlo, también cuenta historias"*

El camino de Elara

Daniela Sánchez Muñoz

2º Bachillerato

En una aldea escondida entre colinas azules y campos de amapolas, vivía Elara, una adolescente que no encajaba del todo en ningún lugar. Tenía preguntas que nadie respondía, una inquietud en el pecho que no podía nombrar. A veces sentía que su corazón no cabía en su cuerpo. Una noche, mientras la aldea dormía, empacó un cuaderno, un pedazo de pan y una brújula sin aguja, y se marchó.

No sabía hacia dónde, solo que tenía que seguir el sendero.

A las afueras del bosque, oyó risas suaves. Una niña de rizos dorados jugaba sola, haciendo coronas de flores y subiendo a un roble gigantesco.

–¿Por qué no juegas? –preguntó la niña.

–Estoy buscando algo importante, –dijo Elara.

–¿Más importante que esto?

La niña sopló pétalos al viento y se echó a reír.

Elara sonrió, por un segundo. Pero sacudió la cabeza y siguió andando, como si el tiempo fuera arena derramándose.

Esa noche soñó que caía desde el cielo, pero nadie reía al recibirla.

Los días se volvieron más fríos. El sendero se disolvió frente a un río ancho y brumoso. No había puente, pero tampoco regreso. Se sentó, agotada, a llorar en silencio. De pronto, una barca de madera emergió sola desde la niebla.

Sin pensarlo, subió.

En la otra orilla, las tierras eran oscuras. Ceniza caía del cielo. En medio de una llanura rota, una joven cubierta de barro y cicatrices luchaba contra sombras invisibles.

–Ayúdame, –suplicó.

–No puedo pelear tus batallas, –dijo Elara.

–No son mías, son tuyas. ¿No las reconoces?”

Elara retrocedió, asustada, y huyó. Caminó rápido, como si pudiera dejar atrás lo que no entendía.

Esa noche soñó con gritos que salían de su propio pecho. No eran ajenos.

Tras muchos días llegó a un campo de trigo que danzaba con el viento. Allí durmió sobre la hierba y despertó con la cara bañada en luz dorada. Sintió paz, pero también un nudo en la garganta, como si olvidara algo que una vez supo.

En el siguiente pueblo, vio a una joven en una plaza, cambiando máscaras frente a un espejo: una de alegría, una de enfado, otra de perfección. Cada vez que alguien se acercaba, ella elegía una y sonreía como si todo estuviera bien.

–¿Por qué las usas? –preguntó Elara.

–Porque nadie quiere ver lo que hay debajo. ¿Y tú?”

La chica no respondió. Pero antes de marcharse, le ofreció una máscara blanca, idéntica a la que Elara usaba sin saberlo.

Elara no la aceptó, pero la guardó en el bolsillo.

Una tormenta la atrapó entre colinas. Relámpagos. Truenos. Y, al fin, una caída. Rodó por una pendiente y se golpeó la cabeza. Sangre. Dolor. Soledad.

Por primera vez, gritó.

Y nadie respondió.

Cuando despertó, estaba cubierta de barro y lágrimas secas. Una figura bailaba cerca, con los ojos cerrados y los pies descalzos.

–Bailas aunque el mundo arda, –murmuró Elara.

–Bailo porque el mundo arde –respondió la muchacha, y le ofreció una mano.

–No sé cómo soltar, –susurró Elara.

–Entonces quédate quieta y escucha al viento.

Por primera vez, Elara se quedó. No bailó, pero cerró los ojos. Y el viento la atravesó por dentro, llevándose un miedo antiguo.

El sendero la llevó a una hondonada oculta entre montañas. En el centro, había un lago negro. Su superficie reflejaba no el cielo, sino múltiples versiones de ella misma: riendo, luchando, llorando, corriendo, escondiéndose.

Y de repente entendió.

La niña que jugaba, la guerrera que luchaba, la chica de las máscaras, la bailarina del viento... todas eran ella. Eran sus fragmentos, sus lecciones, sus advertencias. No eran encuentros externos. Eran partes de sí misma clamando por ser reconocidas.

Elara se arrodilló frente al agua y, por fin, dejó de buscar fuera. Se abrazó. Se perdonó. Y lloró.

Y cuando se levantó, el camino ya no estaba. Solo una luz que brillaba en su pecho.

Porque el sendero... era ella. Siempre lo fue. Y ahora, estaba lista para regresar.

O quizás, por fin, para empezar.

La bifurcación de las mil vidas

Claudia de las Heras Pérez

2º Bachillerato

Cuenta la leyenda que, en las entrañas del bosque, vive un roble, cuya madera puede fabricar todo tipo de puertas. Y no me refiero ni al tamaño ni al grabado del marco, sino al lugar al que conducen. Una puerta capaz de hacer realidad el mayor deseo que en ti se esconde. No eran pocos quienes lo codiciaban, pues el ansia humana no responde a límite alguno. Pero no es tan sencillo, dicen de este árbol que solo cumple los deseos de aquellos intrépidos, con convicción firme y corazón noble.

Bueno, este caso no es el mío. Puesto que, para hablar de convicción, primero ha de haber elección. Y de saber que estoy buscando, esta historia no estaría contando. Pues no tengo nada claro en la vida. Tantas carreras, tantos lugares, tantas historias, tantas posibilidades ... Tanto, que me es imposible escoger uno ¿Cómo puedo escoger un camino y ver desaparecer la oportunidad de vivir otro? No, no encontrarás en mí la convicción propia de aquellos dispuestos a darlo todo por perseguir el suspiro de un sueño incierto. Así que, para mí, ese roble en la bifurcación que separaba ambos caminos, tan viejo como el mismo tiempo y a la vez tan joven; tan imponente como desapercibido; no fue diferente de una piedra entre maleza. Giré a la derecha y proseguí con mi ruta. Mas los giros del destino no responden a lógica alguna, pues cada pocos años nuestros caminos se cruzaban, en la nostalgia serena de un parque, en la calle tediosa que conducía a mi oficina, en la ladera de una montaña cualquiera... Siempre donde solo yo lo notaba, insignificante a ojos del resto. Fue así que verlo se convirtió en costumbre. Y pasaron los días, los

meses, y con ellos los años y las décadas. Y en algún momento, el árbol se cansó de esperarme y no volvimos a encontrarnos.

Pero esta sería una historia muy aburrida, así que sí, me volvió a buscar. Tan impredecible como siempre. De todos los lugares en los que nos habíamos encontrado este era el más inesperado. En esa pequeña área verde que ofrecía un remanso de paz para ver pasar mis últimos días, ajena al tintineo de los instrumentos y al ondear de las batas de los médicos. Esta vez, su tronco más grisáceo y demacrado. Era un reflejo de mis propias manos, callosas y arrugadas por la edad. Sus hojas vibrantes antaño, ahora más oscuros. Tan mundano, como cualquier árbol, carente de esa esencia que lo diferenciaba del resto. Pero lo reconocí. No fueron mis ojos neblinosos, pues estos habían dejado de funcionar correctamente hace años; tampoco mi tacto, pues era incapaz de acercarme lo suficiente para alcanzarlo, ya que el bordillo impedía avanzar las ruedas. Fue mi alma, mi alma que vio a la suya. Fueron todas esas veces que juré ignorarlo, pero que quedaron atrapadas en las telarañas más desconocidas de mi mente. Esta vez, no lo ignoré. *“Una última oportunidad”*, parecían decir sus ramas, retorcidas y secas por el pasar de los años. Me vi de pie en un instante, como si eso no fuese algo imposible según los médicos. Un paso y luego otro y otro, hasta que lo tuve delante, y al fin, lo toqué.

Sus raíces, antes muertas, cobraron vida, se extendieron en ángulos y figuras, que a su vez formaban rectángulos, cuadrados... Puertas, todas ellas, surgieron ante mí. Eran miles, y todas se abrieron al unísono. Pero no fueron lugares lo que rebelaron, sino caminos. Caminos de sueños olvidados, caminos de posibilidades.

Y fue en ese preciso instante en el que lo entendí. Sus puertas no me ofrecían dinero, ni fama, ni éxito. Eran solo eso, puertas. Puertas que se habían cerrado hacía tiempo, por las decisiones que había tomado en mi vida, y que me habían conducido hasta este momento. Todas aquellas puertas volvieron a abrirse ante mí, una nueva oportunidad, un nuevo comienzo. Para intentarlo otra vez, para conocer, experimentar y sentirlo todo.

Y allí me encontré de nuevo. Mismo camino, mismo roble etéreo de antaño. Y yo, más joven, más radiante de vida. Como había hecho decenas de veces no me detuve a admirar al árbol y seguí caminando. Esta vez, en la

bifurcación giré a la izquierda, el viento hizo sonar sus hojas en respuesta. Y así una, y otra, e incontables veces, en cada nuevo comienzo de cada nueva vida que me ofrecían las puertas. Hasta que mi ansia quedo saciada y solo restaba por atravesar una. Esta vez, al cruzarla, no encontré roble en el camino, en su lugar, una bellota de un marrón ígneo. La enterré allí, bajo la misma tierra sobre la que una vez se había erguido mi viejo amigo, y comencé mi última vida. Fin.

–¿Y cómo termina su última vida mamá?

–Fue feliz hasta el fin de sus días y descansó en paz para siempre.

–Pero ese final es muy triste

–¿Por qué dices que es triste? Después de tantas vidas ya no le quedaba nada pendiente en este mundo. Así que solo se fue a otro, en busca de nuevas aventuras, al igual que tu abuela.

–¿Crees que estará con la abuela?

–¡Quién sabe!, mañana podemos ir a visitarla y se lo preguntas tú mismo.

Al amanecer, madre e hijo se encaminaron hacia el bosque. Y anduvieron hasta que la penumbra del alba reveló una sencilla lápida de piedra, a los pies de un joven roble.

Y así termina mi historia, tal y como había empezado, en el mismo camino y en el mismo roble, solo que esta vez, un poco distinto. Pues, aunque mi cuerpo yacía bajo esa lapida, abrazado entre mis propias raíces, pude ver desde lo alto como mi hija y nieto se alejaban. Fue entonces cuando salió el sol, iluminando mis ramas más altas. Hice sonar mis hojas en respuesta. Ahora era mi turno, de disipar el camino de aquellos que se encontraban perdidos en sus propias vidas.

Y así, la leyenda perduró en el susurro desconocido de mis más cercanos familiares.

Y su eco, siguió danzando entre aquellos dispuestos a escucharla.



Colegio
San Juan
Evangelista

El enigma de Gaudí

Andrés Oliveros Custodio

3º Primaria

Es primavera de 2026, llegan terribles noticias desde Barcelona: los planos de la Sagrada Familia han ardido en un terrible fuego. Hay serias sospechas de que haya sido provocado. Todo apunta a un grupo terrorista que actúa contra grandes obras de arte y que ya había intentado ataques contra grandes monumentos como la Alhambra de Granada y la Mezquita de Córdoba.

Había costado años rehacer los planos que se habían perdido en un incendio previo en la Guerra Civil española.

Tomás Sinmás, detective madrileño y gran seguidor de la obra de Antoni Gaudí, acude a la capital catalana para intentar adivinar qué es lo que ha sucedido. A su llegada a la estación de tren de Sants hace un día precioso, por lo que nuestro protagonista decide dar un paseo hasta su hotel. Cuando lleva caminando media hora, unos nubarrones aparecen en el cielo y grandes truenos comienzan a sonar. En pocos Segundos una tromba de agua cae sobre su cabeza, por lo que se resguarda en el parque Güell, sin darse cuenta de que las puertas están a punto de cerrar. Se dirige a lo más alto de la famosa escalinata, pero cuando está subiendo, resbala y se apoya en el Drac.

En ese momento se abre una puerta secreta. Tomás intenta avisar de su hallazgo pero no puede porque se ha quedado encerrado dentro del parque y su móvil se ha roto con la caída.

Tomás atraviesa la puerta misteriosa que lleva a una cueva. Al final hay otra puerta en la que pone: "el enigma de la Sagrada Familia".

Para poder abrirla hay que introducir una clave de cuatro dígitos. Busca una pista alrededor y encuentra una frase escrita en la pared: "*cuando empezó mi obra maestra*". El detective pone 1882, año en el que se empezó a construir la catedral. En ese momento la puerta se abre y aparece una gran sala

con una máquina de cine antigua, que nuestro amigo enciende. Comienza a reproducirse una película en la que aparece Gaudí explicando de forma detallada los planos de construcción de su gran obra, dejando esta copia oculta por si en algún momento se perdiesen los que había hecho con su lápiz.

Tomás Sinmás saca su cámara y hace fotos de todo lo que había visto. Al acabar la película la puerta comienza a cerrarse, por lo que tiene que salir rápidamente de allí.

A la mañana siguiente, Tomás informa de su descubrimiento al Ayuntamiento, gracias al cual, uno de los monumentos más importantes del mundo, podrá ser finalizado. El mejor premio para nuestro amigo será poder ver acabada la gran obra de su ídolo.

Sin título

Alicia Gubía Heredia

4º Primaria

Érase una vez una niña a la que le encantaban las plantas. Cada tarde, después del colegio, regaba su jardín con mucho cuidado. Un día, mientras lo hacía, descubrió un capullo más brillante y bonito que todos los demás. Era tan especial que decidió cuidarlo con más atención y cariño.

El capullo fue creciendo poco a poco y la niña cada vez estaba más emocionada. ¡Se veía que esa flor era diferente! Hasta que, un buen día, la flor se abrió y dentro apareció un hada pequeñita. Desde ese momento, la niña y el hada se convirtieron en las mejores amigas.

Era un hada de las flores y sabía muchísimo sobre plantas. Empezó a ayudar a la niña a cuidar el jardín, enseñándole secretos mágicos para que todo creciera sano y fuerte. Pero cuando la niña iba al colegio, el hada se quedaba sola y triste. Así que un día le pidió poder acompañarla. La niña aceptó encantada y, al día siguiente, la metió en un bolsillo de su mochila.

Al principio, el hada no se atrevía ni a asomar la cabecita, pero poco a poco fue cogiendo confianza. Le encantó lo que vio en clase y, desde entonces, acompañó todos los días a su amiga. Allí aprendió a leer, a sumar y muchas cosas más.

Un día, en clase de Naturales, el profesor les contó un problema: en la ciudad, los árboles estaban muriendo por una enfermedad extraña que los jardineros no sabían curar. La niña y su amiga se pusieron muy tristes al escucharlo. Esa tarde, al llegar a casa, empezaron a pensar un plan para salvarlos.

Por la noche, salieron sin hacer ruido y fueron al parque para ver qué les pasaba a los árboles. El hada voló entre las ramas, miró las hojas y las grietas de los troncos y dijo:

—¡Ya sé cómo salvarlos! Necesitamos semillas mágicas para plantar flores a su alrededor.

Al día siguiente, el hada llevó a la niña a un rincón secreto del bosque donde crecían las semillas mágicas. Juntas cogieron muchas y las plantaron alrededor de los árboles enfermos. Con el tiempo, de las semillas nacieron flores hermosas, y en cada una vivía un hada dispuesta a cuidar de los árboles.

Gracias a ellas, los árboles recuperaron su fuerza y volvieron a estar felices. El bosque se llenó de vida, colores y risas. Desde entonces, la niña y su hada siguieron cuidando la naturaleza, porque habían aprendido que los árboles también necesitan compañía y cariño.

Luzia: el fin de la oscuridad

Gonzalo Hernán Molina

5º Primaria

Eran días de guerra en Inglaterra. Muchas personas habían muerto y los niños eran transportados de las ciudades al campo, para que estuviesen más seguros. Un niño llamado Robert no quería salir de Londres porque su madre estaba gravemente enferma. Se quedaba escondido en su casa durante la noche y por el día, a hurtadillas, se colaba en el hospital para poder acompañarla y estar con ella. Hasta que un día le descubrieron.

–Niño, ¿qué haces aquí? –preguntó un guardia de seguridad a Robert.

–Tengo permiso, mi madre trabaja aquí –mintió Robert descaradamente.

–Ningún niño tiene permiso para estar en las ciudades durante la guerra

–contestó el guardia agarrando de la oreja al chiquillo y echándolo del hospital.

De camino a casa, triste y cabizbajo por lo que había pasado, vio a lo lejos una puerta que desprendía una luz. Intrigado por ese destello, Robert se acercó y al abrirla el suelo tembló bajo sus pies y en cuestión de segundos apareció en un lugar extraño. El muchacho miró a su alrededor y entre la penumbra solo pudo distinguir algunos árboles sin hojas.

Asustado, empezó a andar intentando localizar algo que fuese familiar para él, pero lo único que divisó fueron dos figuras extrañas que se acercaron rápidamente y le cogieron por ambos brazos, llevándole a un lugar oscuro y húmedo: las mazmorras de un gran castillo.

Se dio cuenta de que no estaba solo. Un anciano de pelo gris y uñas rotas le dijo:

–Llevo aquí treinta y cinco años esperando a que el elegido venga y nos ayude. Soy el Rey Quinty, uno de los ocho valerosos reyes de Luzia; reino de la esperanza –dijo el anciano al muchacho.

–¿Y qué tiene que ver Luzia conmigo? ¿Por qué soy el elegido? ¿Qué puede hacer un muchacho como yo? Solo quiero volver a casa con mi madre –dijo sollozando Robert.

–Desesperación, un malvado troll, se apoderó de Luzia. Él y sus secuaces dominan tanto mi reino como vuestro mundo, muchacho –le explicó pausadamente–. Se camuflan como personas normales pero cada vez que tocan a las personas, les quitan la esperanza y la alegría, de ahí que todo todos los mundos estén en guerra. Oculta bajo mi capa, tengo esta espada que mata a la desesperación, deshace la tormenta, alegra la tristeza e ilumina la oscuridad, pero solo alguien digno y puro de corazón como eres tú, pequeño, puede liberarnos de esta esclavitud –le explicó calmadamente el anciano.

La espada empezó a brillar y fue volando a las manos de Robert. Una fuerza sobrehumana, se apoderó del pequeño que consiguió transportarse al gran comedor del castillo en el que se encontraba descansando, Desesperación.

El malvado supo que Robert era el elegido y se preparó para atacarle. El muchacho, asustado, empezó a correr por la sala en dirección al troll, pero el malvado actuó rápidamente lanzándole un cuchillo en la mano, a lo que Robert gritó dolorido. El valiente muchacho sacó fuerzas de donde a penas tenía y en un descuido del troll, le clavó la espada en el corazón. Un destello inundó la habitación haciendo que Robert se cayera.

Al abrir los ojos el muchacho, lo primero que vio fue la sonrisa de su madre a su lado en la cama del hospital. Mi amor, ¿has tenido una pesadilla? –preguntó la madre dulcemente.

–¡He vencido a un troll malvado, salvando a Luzia y a Inglaterra! –chilló emocionado el pequeño.

La madre, sonriendo, le dijo

–¡Qué gran imaginación tienes!

Pero Robert notó en su mano la cicatriz del cuchillo, él sabía que no había sido un sueño.

Sin título

Francisco Redondo Romero

6º Primaria

El partido empezó con retraso porque el árbitro no llegaba. Los jugadores esperaban en el campo estirando en silencio, mirando el cielo nublado como si fuera a caer una tormenta. Cuando por fin llegó, pidió perdón y pitó el inicio con prisas, como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

A Dani le tocó empezar en el banquillo. No protestó. Hacía meses que se había acostumbrado a esperar. Desde la banda observaba el partido con atención, estudiando los movimientos del equipo rival, imaginándose dentro. Nuestro equipo jugaba mal: pases imprecisos, nervios, demasiadas palabras y poco fútbol. El rival, sin hacer nada bueno, se adelantó en el marcador con un tiro lejano que sorprendió al portero.

En el descanso, en el vestuario los jugadores estaban cansados y enfadados. El entrenador habló de intensidad, de orgullo y de creer. Dani no escuchó nada. Se ataba y desataba las botas, concentrado. Cuando oyó su nombre, levantó la cabeza y miró al entrenador con nervios. ¡Entraría en la segunda parte!

Saltó al campo con calma. Tocó su primer balón fácil, asegurando la jugada y la segunda fue mejor. Poco a poco, el equipo empezó a reaccionar. No jugaban bien, pero jugaban juntos y en equipo. Dani corría, pedía la bola y ofrecía apoyo. Sentía las piernas activas, había estado esperando ese momento muchas veces.

A falta de diez minutos, el marcador seguía en contra. En una mala jugada, el balón quedó suelto cerca del área. Dani llegó desde atrás y sin pensar chutó con todas sus fuerzas. El balón entró rozando el poste y llegó hasta el fondo de la portería.

El gol no decidió el partido porque estuvieron empatados hasta el final. No hubo celebración de los equipos, solo abrazos y medias sonrisas. Dani volvió al vestuario en silencio, se sentó y se quitó las botas despacio.

No sabía si sería titular el próximo partido ni cuánto duraría su sitio en el equipo. Pero durante esos minutos había vuelto a sentirse jugador y parte de un equipo. Ya veces, en el fútbol, eso es suficiente.

El tren encantado

Sophía María Mirancea

1º ESO

Por su cumpleaños, Alicia ha recibido un tren rosa de jengibre con animales y purpurina. Desde que lo ha visto se ha convertido en su cosa favorita del mundo. Le gusta colocarlo en su habitación por la noche para poder admirarlo.

Una noche, cuando estaba leyendo antes de dormir, escuchó un ruido. Al levantar la mirada descubrió que el tren estaba encantado. Los animales la llamaban para que se fuera con ellos de viaje.

Un poco sorprendida, al principio no sabía qué hacer, pero decidió subirse al tren al lado del oso, pingüino y galletas de jengibre. Cuando subió al tren, se dio cuenta de que estaba lleno de regalos. El viaje que iban a hacer era a un orfanato y cuando los niños estuvieran dormidos le dejarían a cada uno los regalos que tanto deseaban.

Los niños ni se dieron cuenta de cuando Alicia y sus amigos dejaron tantos juguetes bonitos por arte de magia, pero cuando amaneciera, recibirían una gran alegría. Alicia se sentía como en un sueño, no podía creer lo que acababa de pasar.

Estaba feliz por haber participado en un viaje tan especial en un maravilloso tren de jengibre.

De vuelta a casa, no daba crédito a lo que acababa de pasar. Su experiencia parecía irreal. No podía dormir pensando en sus amigos del tren, que ahora dormían tranquilamente en su mesita de noche. Pensaba en las luces maravillosas que había visto por la ciudad, la nieve que había cubierto todo y también la alegría que iban a sentir los niños del orfanato al recibir sus bonitos regalos.

Al día siguiente, se propuso recoger todos los juguetes con los que ya no jugaba y pedirle a sus padres que la acompañaran a regalarlos a los niños

que cada noche rezan por un milagro en sus vidas, cómo ha conseguido cumplir con su tren encantado.

Ahora, aunque sigan viviendo en un orfanato, por lo menos tienen a un amiguito con quien jugar y pasar el tiempo.

A partir de ese momento, Alicia decidió que cada año ella sería la esperanza de un niño que no solo necesita juguetes, sino también una amiga.

Se ha hecho amiga de los niños del orfanato y va casi siempre a pasar el tiempo con ellos. Así, el tren encantado ha cambiado para siempre la vida de Alicia.

La oscuridad inmensa de nuestro interior

Aroa Jiménez García

2º ESO

En una habitación fría, oscura, poco amueblada hay una niña que tararea una canción profunda y sin sentido. Una letra que solo entiende ella, pero que te deja los pelos de punta solamente con escucharla.

Sus ojos, inquietamente bonitos, miran al suelo detenidamente, mientras tanto ella permanece sentada en el suelo en una oscuridad inmensa, con sus piernas envueltas por sus brazos fríos y delgados.

Sigue tarareando esa canción, pero se detiene de una forma seca al notar que algo se aproxima, la puerta que bloquea la pequeña habitación se abre y el miedo se refleja en los ojos de la niña. Apoya las manos en el suelo para intentar retroceder hacia atrás. Cuando termina de abrirse la puerta, la niña está apoyada en la pared de la habitación y un profundo silencio se hace en la sala. Al otro lado de la puerta solo hay un oscuro pasillo, en donde aparentemente no hay nadie, pero la niña sabe perfectamente quién está ahí, escondido en las sombras para atemorizar a los demás.

Al ver que nadie entra en la habitación, la niña comienza a ponerse nerviosa, una sensación temblorosa y fría recorre todo su cuerpo, sus piernas que antes temblaban sin parar, ahora se han detenido pero están tensas y aún más frías que antes.

Puede notar cómo la sangre se le hiela, cómo las manos rojas del frío comienzan a temblar; intenta calentarlas, pero es tan frío el sentimiento, que al moverlas, un dolor intenso las mortifica.

Cuando, de repente, una silueta aparece en la puerta y por fin se acerca hacia la niña.

–Hola papá.

El hombre no contesta, solo la mira detenidamente.

La niña desvía, de nuevo, su mirada hacia el suelo, avergonzada y asustada. Los monstruos que se esconden se asoman, pero no salen. Ella no está preparada para desatar su ira.

La niña vuelve a tararear esa canción. El hombre sigue de pie, sin apartar la vista de ella. Aquel hombre es como una sombra fría y tenebrosa que acecha cada rincón de esa habitación, que te persigue en sueños, que nunca te deja escapar y menos cuando él ya te tiene en su poder. La niña no se atreve a mirarle a los ojos, su piel fría se eriza por completo, ya que un mal sentimiento abarca en su interior.

Ella suelta una lágrima que recorre su mejilla; en ella se refleja todo el dolor que está acumulando, pero nunca dice nada, solo se queda tarareando esa inquietante canción una y otra vez...

La oscuridad es algo que no podemos ocultar, es una parte de nosotros mismos que, a muchos, no nos gusta e intentamos dejar de lado, pero una vez que no podemos más, nos destroza por dentro y sale sola, como monstruos que se alimentan de tu dolor y que, más tarde, cuando ya son lo suficientemente fuertes, salen para hacer daño a los demás.

El libro de lo que serás

Sandra Moreno García

3º ESO

Esta historia comienza en un minúsculo pueblo en el que un joven lector, Galen, vive con su familia en una casa humilde. A Galen le encanta ir al centro de la ciudad los miércoles. Allí compra libros de segunda mano en sus librerías favoritas mientras escucha música en sus cascos.

Un miércoles lluvioso, nuestro protagonista decidió ir a una librería nueva que había visto en internet. Cuando llegó al lugar, empezó a buscar algún libro que le pareciera interesante. Tras mucho buscar, encontró un libro sin título, con una tapa granate algo desgastada, sin editorial, ni autor, ni fecha, solo una frase escrita en lápiz. *“Lo que lees depende de lo que hagas... o de lo que harás”*. Esto intrigó tanto a Galen, que se llevó ese libro a casa.

Al caer la noche, quiso empezar a leer aquel misterioso libro. Cuando leía el primer capítulo, se quedó perplejo al ver que esa primera parte contaba su propia vida. Su fecha de nacimiento, el colegio al que iba, los nombres de sus amigos, incluso detalles que no le había contado a nadie. Al principio, se asustó, pero luego se calmó pensando que podía haber sido una enorme coincidencia, hasta que leyó un párrafo sobre algo que le sucedió el día anterior. Como no sabía qué hacer, se fue a dormir muy intranquilo. La mañana siguiente, no podía dejar de pensar en lo que había leído la noche anterior; aun así, no quiso contarle nada a sus amigos por si le tachaban de loco.

Después de pensarlo mucho, decidió retomar su lectura. Cerró la puerta de su habitación, tomó el libro, se sentó en su cama y lo abrió por el principio. Para su sorpresa, algunas páginas que antes estaban escritas ahora estaban vacías.

Empezó a revisar el resto de las páginas y notó que las siguientes páginas también estaban en blanco, como si el libro aún no estuviera terminado.

Galen lo sostuvo entre sus manos con una mezcla de fascinación y miedo. Las páginas en blanco parecían brillar bajo la luz de su lámpara. Fue entonces cuando notó algo extraño: al pasar el dedo por una de las hojas, apareció una palabra escrita en tinta negra que antes no estaba allí: *"Decide"*.

La palabra estaba sola, en el centro de la página, y parecía exigirle que hiciera algo. Galen cerró los ojos, tratando de pensar con claridad. «¿Decidir qué?» –se preguntó en voz baja–.

Cuando los volvió a abrir, las páginas comenzaron a llenarse solas, pero no con su historia pasada... sino con posibles futuros: escenas de lugares que nunca había visto, conversaciones con personas que no conocía y decisiones que aún no había tomado. Entre las visiones, una destacó más que las demás: él frente a un sendero del bosque, con un brillo extraño entre los árboles, como si algo o alguien lo llamara. Al pasar esa página, sintió un cosquilleo en las manos y el libro susurró, apenas perceptible:

–Elige tu camino, Galen.

Sintió que su curiosidad superaba su miedo. Se levantó de la cama y, sin pensarlo mucho, tomó su chaqueta y salió de casa con el libro bajo el brazo. El cielo estaba gris, nublado, pero el sendero que se presentó ante él parecía exactamente igual al del libro. Cada paso que daba hacía que las páginas se llenaran más rápido, describiendo sus movimientos antes de que los realizara.

Y entonces lo entendió: el libro no solo contaba su vida, ni su futuro... lo estaba guiando hacia algo que aún no comprendía.

Cuando Galen llegó hacia el lugar de donde venía la luz, se encontró con un remolino plateado que parecía respirar entre los árboles. Abrió el libro y, de inmediato, las letras empezaron a formarse desesperadamente: *"Este es el punto donde siempre obedeces. Por eso nada cambia."*

Galen sintió un escalofrío mientras el mensaje continuaba: *"No es el remolino, Galen. Es el libro. Cada vez que sigues sus palabras, repites mi camino... el mismo camino que me atrapó."*

Cuando la siguiente frase apareció, Galen sintió que el aire se le atascaba: *"Cada decisión que tomaste hoy, yo ya la tomé. Cada paso que diste, yo ya lo di."*

Su respiración se empezó a descontrolar. Cerró el libro un instante, pero incluso con los ojos cerrados, las palabras seguían en su mente. Lo abrió de

nuevo, temblando. La última línea no dejaba lugar a dudas: *"Galen... soy tú. Soy lo que serás si sigues obedeciendo."*

El viento agitó los árboles de alrededor y, por un instante, creyó ver su sombra al otro lado del remolino. La página terminó con una frase que lo golpeó más fuerte que todas las anteriores: *"Mientras sigas leyéndome, seguirás escribiendo tu destino y mi sentencia."*

Galen cerró los ojos, comprendiendo al fin que el libro no estaba allí para mostrarle el futuro, sino para perderlo en él. Por primera vez desde que lo encontró, desobedeció: cerró el libro de golpe y lo lanzó lejos. La luz se desvaneció como si hubiera perdido su fuente de energía. El bosque recuperó su silencio, sin susurros escritos ni futuros impuestos. Galen regresó a casa seguro de algo: el verdadero giro de su historia no estaba en leer lo que otros –ni siquiera él mismo– habían escrito para él, sino en elegir por sí mismo su siguiente paso.

La casa de los recuerdos

Olalla Ramírez Mallén

4º ESO

Si alguien me llega a decir que estas navidades no iba a volver a mi pueblo me hubiera despedido de todos mis familiares, me hubiera recorrido las calles que lo conformaba, me hubiera perdido en sus vastos campos y hubiera corrido entre sus árboles hasta llegar a la colina donde residía la virgen patrona de mi pueblo; me habría sentado sobre esa vieja rueda de molino y me hubiera acostado sobre ese banco al lado de la iglesia; y tal vez, solo tal vez, habría escalado las ruinas del castillo.

Pero cuando mis padres me dijeron que mis abuelos habían vendido la casa de mi bisabuela, sentí un tremendo pesar en el corazón. Esa casa, albergaba miles de recuerdos, no solo míos, sino de todos. Puede que se cayera a cachitos pero los recuerdos eran más importantes.

Aún recuerdo cómo mi madre me pintaba las uñas mientras mi bisabuela nos miraba con adoración y devoción. Ella nos decía que éramos las niñas más bellas que jamás vio y siempre nos reíamos al escucharla intentar pronunciar nuestros nombres, usualmente mal pronunciados por su vejez y el acento sevillano tan marcado que ella tenía.

Recuerdo cómo jugaba con mis primas al parchís y cómo nos dio miedo montar el caballo de mi primo. Recuerdo cómo mi bisabuela se comía el plátano con el pan y recuerdo que en Semana Santa íbamos siempre tras el paso de Jesús. Recuerdo en esos momentos a mi tía y a mi bisabuela con los pies descalzos caminando tras él en el pavimento empedrado. Recuerdo que cuando mi bisabuela murió todos fuimos al pueblo a visitar su tumba y lloré por su pérdida.

Miro por la ventana y veo a la noche sumir la tierra en su manto. Fijo mi mirada en la luna, la miro compartiendo mi pesar, esperando que me entienda. Esperando a que algo pase; pero la luna, por muy majestuosa que sea, no me devolverá todo lo que he perdido. Ella es solo una compañera con la que comparto noches en vela y pensamientos tristes; es solo una testigo de mi insomnio y mi tristeza.

El cielo oscuro se ilumina y una estrella lo surca y recuerdo lo que mi bisabuela decía *“si sueñas alto y con gran fervor, pide un deseo a la estrella más feroz”*.

Siempre pensé que era una tontería pero la amargura y la desesperación me consume y no tengo nada que perder. Así que cierro los ojos y pido con todas mis fuerzas que no vendan la casa, que se queden con ella para poder volver a ir, para poder regresar y ver esos recuerdos y a formar otros nuevos. Pero, como ya sabía, no iba a suceder nada, aunque esperé que sí funcionara. Tonta de mí pensarlo, pero quizá mi bisabuela tuviera razón.

Un móvil sonando se escucha a lo lejos, en el pasillo. Sonaba a que alguien llamaba, no me levanto porque mis padres lo habrán escuchado y si voy verían que estoy despierta. Así que me escondo bajo la sábana esperando a que se levanten para coger la llamada.

Escucho los suaves pasos de mi madre intentando ser sigilosa y no “despertarnos” al resto. Contengo la respiración cuando pasa frente mi puerta y espero a que coja la llamada. Cuando la coge, el sonido cesa y es sustituido por las respuestas susurradas de mi madre. Percibo alguna palabra y entre ellas son “casa”, “sí” y “comprar”.

¿Han comprado ya la casa? ¿Quién la ha comprado? Las preguntas inundan mi mente y no puedo resistirme a levantarme de la cama y caminar hacia mi madre. Ella me ve y me regaña pero no puedo evitar preguntar: “¿Quién compró la casa?”.

Ella me mira a los ojos; cuelga la llamada y suspira. No sé si es un suspiro de alivio o de tristeza, pero cuando me mira sonrío. Cuando sonrío me dice la frase más inesperada, tranquilizante y bonita para mí: “compramos la casa”.

Cuando la escuché no la creí, pero ahora..., ahora lloro de alegría, porque volveré a esos muros con miles de historias, volveré a esos muros que tanto me cobijaban y volveré a ver esos recuerdos que tanto anhelo recordar.

Las navidades están salvadas. La casa está salvada. Los recuerdos están salvados.

Y todo gracias a mis padre o a quien sea que haya querido que esto sucediera.

Gracias a la estrella que desea, gracias a todo.

Solo ten cuidado

Sofía Mozo Romero

1º Bachillerato

El niño de los periódicos gritaba:

–Nuevo, nuevo, niña desaparece en un parque de atracciones...

Me acerqué y le compré un periódico. En el titular ponía lo mismo que gritaba el niño. Habían cerrado el parque de atracciones para investigar lo ocurrido. Me entró mucho interés por lo que leí, porque me encantaban los misterios, pero lo dejé pasar.

Pasaron dos días desde que leí sobre la desaparición de la niña, y todos los días bajaba y le compraba al niño un periódico para ver si lo habían solucionado. Estaba preocupada.

Al día siguiente, cuando me preparaba el desayuno, llamaron a mi puerta. Fui a abrir. Era la policía... y parecía importante.

–¿Esta es la casa del señor Antonio Gómez? –preguntó uno de los policías.

–Antonio Gómez era mi padre, falleció –respondí sin saber de qué trataba todo esto.

–Su padre era detective, ¿verdad? –preguntó el segundo policía.

–Sí. Y yo también lo soy –dije con orgullo.

–Vale, ¿le importaría acompañarnos?

Estaba ya montada en el coche de policía cuando decidí preguntar:

–¿Para qué me necesitan, o para qué necesitaban a mi padre?

–¿Ha leído usted el periódico?

–Sí.

–Entonces sabrá lo de la niña desaparecida.

–Sí, ¿hay algún problema con eso?

–Sí. Necesitamos a un detective de verdad porque nuestros profesionales no han podido hacer nada.

Me sentí halagada de que me considerarán detective de verdad. Decidí ser detective porque mi padre me contagió su gusto por los misterios. Cuando era pequeña me llevaba de vez en cuando a su trabajo y ahí fue cuando me empezó a interesar el oficio.

Llegamos al parque de atracciones y me bajé del coche. Ahí me recibió una joven periodista que empezó a hacerme preguntas y preguntas. Conseguí librarme de ella pero era muy pesada.

Me acerqué más a la entrada del parque y me encontré con un señor con aspecto cansado y desesperado. Cuando me vio puso cara rara y me preguntó:

–¿Detective Gómez?

–Su hija.

El señor solo asintió y sin más dilación me dirigió a la atracción donde la niña había desaparecido. Estaba rodeada de policías armados. Completamente extrañada me acerqué a preguntar al jefe.

–¿Por qué van armados?

–Porque no sabemos lo que sería capaz de hacer el psicópata que está ahí dentro con la niña –Contestó con voz tenebrosa.

Se me congeló la sangre cuando escuché eso y lo único que fui capaz de hacer antes de que el psicópata saliera y le pegara un tiro al jefe fue correr e intentar salvarme.

Cartas a “a pequeña”

Marcos de la Riva Hernández

2º Bachillerato

Querido gen b recesivo,

A veces me olvido de quién soy. Menos mal que tengo a mi compañero: el gen dominante. Algunos lo conoceréis como “A grande” o “el gen importante”. Él me recuerda siempre qué soy y qué causo. A veces desearía no existir, pero no por mí, sino por el humano que me tiene en sus cromosomas. Menos mal que soy recesivo y tengo a mi compañero, o más bien amigo, “A grande” para tratar de que no la lie.

Solo espero que la pareja de este humano no tenga a alguien como yo. Un gen recesivo, o también llamado “a pequeña” o “gen escondido”, que solo causa mal a quien lo porta. Como el cruzamiento vaya mal, podemos acabar encontrándonos él y yo y causando un alelo homocigoto de gen recesivo y, efectivamente, causar la terrible enfermedad. Trataré de esquivarlo a toda costa, pero ese 25% de probabilidades de que se produzca existe y no puedo hacer nada, ni yo ni mi gen dominante.

Tú no tienes este problema. Ahora mismo no recuerdo, y me vas a perdonar, a qué afectabas tú. Sé que era algo del pelo. No sé si el color, los rizos. No sé, no sé.

Bueno gracias por escucharme y entenderme, sin más que decir.

Gen a recesivo, alias alzheimer

Querido gen a recesivo,

Tú tranquilo. Ten en cuenta que vamos juntos. Recuerdas que este humano es AaBb. Esto es porque ambos padres eran homocigotos. Uno era AA bb y otro aaBB. Como verás, el padre ya tuvo el problema y, aunque la familia lo pasó mal, son cosas que pasan. Tú crees que quería causarle problemas.

¡Claro que no!, pero es ley de vida de nosotros, los genes recesivos. Salimos cuando nadie nos quiere ni se lo espera.

No te preocupes, Gen b.

Querido gen b,

¿Quién eres? ¿A qué alelo perteneces?

Gen a recesivo, alias alzheimer.



Colegio
Seis de diciembre

El doctor con escayola

Esrae Benabdellah

3º Primaria

Érase una vez un doctor que estaba en un taxi y de repente el coche se chocó y el doctor dijo “¡ay, ay!”. Y fueron al médico. El médico vio que se había roto un brazo. El doctor y se asustó y dijo al taxista: “Es por tu culpa”.

El taxista se disculpó y dijo: “Ha sido mi culpa”.

El doctor reflexionó y le dijo: “No, tranquilo. No es tu culpa. He reaccionado mal e injustamente porque me he hecho daño”.

Se dieron un abrazo y fueron mejores amigos.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

La Navidad

Lía Khalessy Díaz Bautista

4º Primaria

Una niña llamada Claudia estaba viendo los recuerdos cuando estaba su padre, pero encontró un brazo que dejó un regalo. ¡Era Papá Noël! Claudia estaba segura.

Cuando su hermano Teddy llegó a casa, la niña le contó todo lo que había pasado, pero su hermano, que no creía en la magia de la Navidad dijo que había sido su tía Rosita porque le encantaba dar regalos. Pero estaba convencida de que no había podido ser ella porque estaba trabajando para poder tener unas navidades súper divertidas. Además, Rosita era muy delgada y odiaba el rojo y Claudia vio un brazo gordo y rojo.

Para convencer a su hermano, decidieron poner una trampa y descubrir quién había sido. Esa trampa era un timbre invisible en el que se iba a caer la persona que dejaba los regalos. Durante la noche sonó la trampa y salieron corriendo: se pusieron una chaqueta, zapatos y al llegar al jardín vieron una luz salir de la chimenea: ¡Era Papá Noël con dos renos! Brillaba mucho y tenía regalos infinitos.

Papá Noël no se dio cuenta de que estaban y Claudia, muy nerviosa se escapó para poder tocarle, aunque Teddy le dijo que no lo hiciera. Papá Noël se asustó al verla y decidió llevarla con él a hacer el reparto.

Teddy, que lo vio todo, avisó a sus padres, que no le creyeron y muy asustados llamaron a la policía porque habían secuestrado a Claudia. La policía empezó a buscar y ¡arrestaron a Papá Noël pensando que era un impostor! Pasó la noche en la cárcel, pero con su magia siguió repartiendo regalos con los renos solos. Papá Noël lloraba, ya no brillaba porque no repartía alegría solo regalos y además nadie le creía.

Claudia intentó ayudarle y nadie le hacía caso, así que junto a su hermano fueron casa por casa buscando a niños que sabían que Papá Noël existía. Cada uno escribió una carta y lo dejaron dentro de la comisaría.

A la mañana siguiente, los policías empezaron a leer todas las cartas y de repente las luces parpadearon, el aire se llenó de brillo y una risa empezó a escucharse en todo el pueblo. Papá Noël volvía a brillar porque estaba contento.

Los policías se dieron cuenta de su error y lo dejaron libre. Papá Noël les dio las gracias y al despedirse recordó que lo importante de la Navidad es ser feliz.

Los sueños impredecibles

Nora Covarrubias Saffouri

5º Primaria

Aparecí de repente en la orilla de un lago enorme, de noche. Estaba tan cansada que no me fijé en las maravillas que ocultaba aquella extraña extensión de agua: sapos verdes y gordos croaban mientras saltaban de nenúfar en nenúfar.

Era primavera, una estación que suele traer flores y color, pero el bosque a mi espalda era oscuro, completamente negro. Mi cansancio desapareció al ver una luz blanca al otro extremo del lago.

Parpadeé dos veces. Mis piernas se llenaron de una energía repentina y fui en su busca. Al llegar descubrí que la luz provenía de un faro. Abrí una puerta roja entreabierta y, al subir, encontré un espejo dorado gigantesco, tan bello como inquietante.

De pronto, una fuerza misteriosa me empujó fuera del faro y caí al lago. Yo no sabía nadar. En ese instante desperté, asustada, arrancada del sueño.

Supe enseguida que ese sueño volvería a repetirse y entendí que soñar, esa palabra tan hermosa que solo los humanos sabemos pronunciar, es impredecible.

No sé si creerte

Coral Diez Martín

6º Primaria

Carol estaba tan concentrada en hacer un puzzle que no se dio ni cuenta que habían llamado a su puerta. Pasado el tiempo se dispuso a bajar a su perro Dory. Al salir su perro olfateaba una carta que estaba en el felpudo. Más de cerca, vio que la carta iba dirigida a ella y la letra era igual que la suya.

Al abrirla descubrió que había una fecha en la parte superior: 13 de febrero de 2037. A ella le pareció una cosa muy extraña. La primera frase era: "Hola soy Carol, no te asustes".

La carta se cayó al suelo del susto, a pesar del aviso. Era su letra, decía que era ella y la fecha era dentro de 12 años. El viento arrastró la carta mientras Carol estaba petrificada, por suerte reaccionó a tiempo y consiguió cogerla antes de que saliera por la ventana del rellano.

El mensaje le pedía que hiciera dos cosas. La primera, que hiciera caso a su instinto y siguiera su carrera de criminología. La segunda le alertaba de que muy cerca de ella vivía el que iba a ser el inventor de un arma que podía destruir la humanidad.

Ella ya conocía a esta persona. A pesar de ser muy introvertido y callado, le decía que estaba en su mano salvar a mucha gente; que fuera cuidadosa con lo que hacía y decía delante de esta persona, que era compañero suyo de estudios. Aparte de esto le indicaba día y hora para entrar en el laboratorio de la universidad y cambiar un líquido incoloro, que era la parte fundamental del arma, por agua y así conseguir que no se hiciera el descubrimiento.

A ella le parecía una broma de mal gusto la carta pero, sin embargo, era su letra, su firma, su forma de escribir. Parecía real, pero el mensaje era muy loco. No sabía si hacerle caso o no, así que empezó a investigar y a interrogar a todos sus compañeros para saber quién era el más inteligente, quién era

muy callado y quién podría ser capaz de hacerlo. Y, sobre todo, quién era habilidoso en el laboratorio.

Ya tenía una persona que le encajaba con todo lo que había dicho el mensaje y, sin embargo, no quería creerlo porque el candidato era uno de sus mejores amigos,

¿Qué podía hacer?, ¿creer o no creer el mensaje?

Así que decidió ignorar el mensaje.

Tiempo después, llegó otra carta en la que suplicaba que creyera lo que le había dicho el primer mensaje.

Estaba en un mar de dudas, pero empezó a investigar más de cerca a su amigo. Todo lo que hacía, su manera de pensar, sus largas horas en el laboratorio y sus bromas macabras sobre bombas y destrucción. Todo le empezaba a encajar.

Llegó el día indicado en el mensaje. Estaba muerta de miedo mientras entraba en el laboratorio y todo lo que describió la carta sobre las botellas y los líquidos era cierto. La mano le temblaba al cambiar ese líquido por agua. Y si se le caía y era explosivo. Y si entraba alguien o peor y si su amigo la pillaba o no llegaba el tiempo. Con los pelos de punta llenó el recipiente de agua y al escuchar la puerta se escondió detrás de una cortina; era su amigo, que iba a volver a hacer ensayos.

Su amigo murmuraba buscando el recipiente que tenía Carol. No paraba de ir de un lado a otro del laboratorio. Cuando ya se acercaba a donde estaba ella, empezó a sonar la alarma de incendios. Su amigo se quedó quieto, murmuró algo y salió del laboratorio para abandonar el edificio como hacían en los ensayos. Esperó un poco, Carol salió de la cortina, dejó la botella y salió del edificio. Fuera la gente comentaba que alguien había llamado a la universidad para alertar de un incendio, pero que no sabían quién había sido.

¿Quién sabe si fue la otra Carol o alguien que había recibido otra carta como la suya?



Colegio
Severo Ochoa

La advertencia para Noah

Adriana Martínez Sánchez

6º Primaria

Noah es un chico de 19 años, acaba de mudarse a Francia. El motivo de su marcha es encontrar trabajo y encontrarse a sí mismo. Es una especie de huida.

Durante el viaje, sentía como si alguien le hiciera compañía; sin embargo, viajaba completamente solo. Evitando pensar en esa presencia, Noah alquiló un apartamento pequeño, barato, aunque no muy bonito y comenzó a trabajar, pero lo hizo sin buscar realmente su felicidad.

Un día, mientras jugaba con su teléfono móvil, escuchó un ruido extraño en su habitación. Frente a él apareció una criatura pálida, con un ojo manchado de negro y varias heridas en los brazos.

Tenía también un agujero en el pecho, lo que llevó a Noah a pensar que le faltaba el corazón. Asustado, pero curioso, se acercó al cuerpo. No sabía si estaba muerto o no, así que intentó comunicarse con él, aunque la criatura no respondía.

Tras unos cuantos meses viviendo con ese ser, Noah se dio cuenta de que todo era producto de su imaginación y una advertencia para que cambiase su vida y encontrase su felicidad.

Después de aquello, Noah empezó a tomar buenas decisiones y notó cómo su vida daba el giro que necesitaba.

Una vez más el extraordinario ser apareció; pero era diferente: ya no era tan pálido y su marca en el ojo desapareció. Las heridas en sus brazos parecían curadas y el agujero de su pecho ya no estaba.

La criatura sonrió a Noah y desapareció como un haz de luz. Esa fue la última vez que Noah pudo ver a ese ser, entendiendo entonces que no era más que su reflejo.



Colegio
Uno de mayo

El secuestro

Daniel Álvarez Ríos

3º Primaria

Érase una vez una familia formada por cuatro personas que se fue a la Plaza Mayor.

A la mitad del viaje la más pequeña de la familia, llamada Carmen, pidió jugar en un parque de bolas que había en un restaurante.

El hermano mayor no quería ir, así que el padre de Carmen se quedó en el coche con el hermano mayor. Pero hubo un apagón y secuestraron a Carmen.

Los padres llamaron a la policía. Carmen estaba en un castillo gobernado por un rey llamado Escar.

A Carmen la pusieron en un hueco con barrotes, aunque no estaba tan asustada, porque llevaba un localizador en su reloj.

Cuando se hizo de noche, otro prisionero había robado las llaves y abrió la celda. Tiró las llaves y Carmen las cogió y salió de la celda.

Como pensó que sus padres estarían cerca, Carmen se escapó del castillo y cuando salió sus padres le dieron un abrazo.

El rey Escar los persiguió con su coche, pero lo despistaron y al final se fueron a casa.

El viaje de la naturaleza

Adrián Hernán-Gómez Fernández

4º Primaria

Érase una vez un niño llamado Hernag, que vivía en medio de la naturaleza con su familia. Un día, se encontró con unos monos de la selva y quiso enseñarles el lenguaje de los humanos. A medida que se lo iban aprendiendo, Hernag fue haciendo amigos: Oliver, Mario... Les encantaba saltar de liana en liana, pero sabían que era un poco peligroso.

Un día después de comer Oliver, Mario y Hernag se fueron a jugar y se perdieron en el bosque. Menos mal que siempre llevaban su mochila con muchos recursos: comida, materiales para defenderse, palos y piedras para hacer fogatas y madrigueras... Pero ellos no eran muy valientes. En aquel momento, unos ojos muy brillantes iluminaron a los tres amigos. Algo salió del arbusto y... era un perrito. Un cachorro que se había perdido. Ponía el nombre de Max. De repente, el perro empezó a hablar:

–¡Hola, soy Max!

–¡Ah! –gritaron los niños con entusiasmo–. ¿Sabes hablar?

–Pues claro –dijo el perrito.

Max conocía muy bien el bosque y pasaron tres horas juntos hasta que pararon a comer. Devoraron la comida en cinco minutos y se durmieron en la madriguera que habían hecho juntos. A la mañana siguiente, encontraron un pueblecito llamado Crasty, pero sabían que era bastante raro porque veían cosas flotando.

Entonces gritaron:

–¡Holaaaaa! ¿Hay alguien?

Nadie respondió. Parecía un pueblo fantasma. Cogieron mucha comida y, cuando se iban, notaron una sombra detrás de Hernag. ¡Era su hermano!

–¡Zack! –lo llamó.

–¡Hola! ¿Me reconoces? –preguntó Zack.

–¿Quién es? –preguntó Mario.

Hernag les explicó que era su hermano desaparecido y le dijo a Zack que sí lo reconocía. Zack le preguntó entonces:

–¿Por qué me abandonasteis?

De repente, usó su telequinesis, lo puso contra una pared y le gritó:

–¡Lo sabías, conocías mi poder y nunca me dijiste nada!

–Lo sé y lo siento, pero tenía miedo.

Mario y Oliver se acercaron tímidamente por detrás de Zack y, al tocarlo, se dieron cuenta de que... era un fantasma. Todos se asustaron y salieron corriendo del pueblo. Gracias a Max encontraron el camino de vuelta a casa.

¡Menuda aventura!

El peor día de mi vida

Flavia Gosav

5º Primaria

Lucas es un niño muy inteligente que se porta muy bien y es bastante alto. Vive en Madrid con sus padres y el resto de su familia.

Va al colegio muy cerca de casa, por lo tanto, no tiene que madrugar mucho.

Una mañana no le sonó la alarma del despertador, la tostada se le cayó al suelo por el lado de la mermelada y, para colmo, cuando llegó al colegio se dio cuenta de que se había dejado el cuaderno de la asignatura de Lengua en casa.

“Este va a ser el peor día de mi vida” pensó, mientras se sentaba en su pupitre sin imaginarse que, en ese día tan horrible, algo inesperado estaba a punto de ocurrir.

Durante ese día también se equivocó en un ejercicio de Matemáticas muy fácil y la profesora le pidió que prestara más atención.

Todo parecía salirle mal.

Cuando por fin llegó el recreo, Lucas salió al patio sin muchas ganas.

Al ver a su compañera Sara, corrió hacia ella y estuvo a punto de caerse delante de todos. Algunos amigos se acercaron y empezaron a reírse con él. Lucas terminó riéndose tanto que olvidó su mala suerte.

Después del recreo, la profesora de Ciencias felicitó a Lucas y a su grupo por el buen trabajo que habían hecho. Por primera vez en el día se sintió orgulloso de sí mismo; su nota había sido muy buena. Al llegar a casa, su madre le recibió con su merienda favorita. Mientras se la comía, le contó todo lo que había pasado ese día y ambos se rieron juntos.

Antes de irse a dormir ya no le parecía el peor día de su vida. Al día siguiente se despertó con más ganas que nunca y una grandísima sonrisa.

La niña de colores

Emma Cruz Arceda

6° Primaria

Érase una vez una niña llamada Elena a la que le encantaban los videojuegos y le gustaba mucho vestirse con vaqueros y camisetas anchas. En el colegio, la decían “niña rara” y se metían con ella por, solamente, vestirse diferente.

Un día, en el recreo, los compañeros sacaron los cromos de fútbol y ella, con toda su ilusión fue a comprar unos cuantos. Cuando llegó a su casa y los abrió, sorprendentemente le tocó una carta buenísima. Elena saltó de alegría y pensó que como le habían tocado varios repetidos, los compañeros le cambiarían un montón y por fin dejarían de meterse con ella.

Al día siguiente, llegó a clase y a la hora del recreo Elena preguntó:

–Hola, ¿alguien quiere intercambiar cromos?

Automáticamente, todos los niños empezaron a reírse de ella:

–Ja, ja, ja ¿en serio, también coleccionas cromos? ¡Qué ridícula eres!

Elena se sintió fatal y se fue corriendo al baño a llorar para que nadie la viese. Cuando se tranquilizó un poco, se preguntó mirándose al espejo “¿Por qué me tratan así si solo visto de forma diferente?, ¿por qué se burlan de mí si solo colecciono cromos como todos los demás?”

Al llegar a casa, Elena le contó a su madre lo que había pasado en el colegio y la respuesta de su madre no la animó demasiado:

–Hija, no deberías vestirte tan masculina, tendrías que ir más femenina; en vez de comprar cromos, deberías comprar maquillaje y cosas de chicas.

Elena se sintió devastada y aunque seguía sin entender por qué tenía que cambiar su forma de vestir para que la aceptasen, lo hizo, simplemente para ser aceptada por los demás.

Al día siguiente se levantó de la cama, se maquilló, se puso un vestido rosa y se onduló el pelo y salió hacia clase. Al llegar los compañeros se im-

presionaron y todos los comentarios que le decían eran: “¡Elena, estás increíble! ¡Qué guapa!, ¡Guuaaaauuuu, estás mucho mejor!”.

A la hora del patio, las chicas de la clase se sentaron con ella para darle consejos para verse aún más bonita y femenina, algo que jamás habían hecho.

Elena pensaba que todas esas palabras iban a hacer que se sintiese mejor, pero no fue así, no estaba ni a gusto ni cómoda, solo quería llegar a casa y ponerse su ropa ancha y jugar a sus videojuegos.

Su profesor, se dio cuenta de la situación y del cambio de Elena y le pidió una tutoría para hablar con ella. Una vez en su despacho le preguntó directamente:

–Elena, ¿tú te sientes cómoda con esa ropa que llevas puesta?

–No, –respondió Elena– pero todo el mundo me dice que vistiendo así me aceptarán y yo estoy casada de estar siempre sola y que se rían de mí.

El profesor le dijo que no tenía que vestirse así o diferente, solo tenía que vestirse y hacer lo que ella quisiera para ser ella misma y que hablaría con los compañeros.

Al día siguiente este profesor habló con el director, con los padres de Elena y se hicieron un montón de charlas en el centro sobre este tema y, así fue como finalmente todos aceptaron a Elena tal y como era y ella consiguió sentirse bien y sin rechazos porque lo importante es que cada uno sea como quiera ser sin importar como viste o a que juega.



Instituto
Las Veredillas

Max, el astroperrero

Manuel Morena Miguel

1º ESO

Érase una vez, un niño llamado John Watson, que soñaba con ir al espacio. Tenía nueve años y aparte del espacio, también le gustaban las aventuras. Era bajito, de piel clara y pelo castaño.

Durante el instituto, se esforzó mucho para algún día poder viajar fuera de nuestro planeta. A los veinticuatro años, empezó a trabajar con la ESA (European Space Agency). Estaba esforzándose mucho en su puesto de trabajo cuando un día les anunciaron que... ¡se iban a ir a hacer una misión en Marte! Pero solo podían ir tres personas. Finalmente dijeron a las tres personas que iban a ir a la misión. ¡Entre ellos estaba John! Tenían un mes para prepararse contra las dificultades del espacio.

El día del despegue, fue toda la familia a despedirse de John. Unos minutos después, los tres astronautas se metieron en el cohete... Tres, dos, uno... ¡Habían despegado con éxito! Unas horas más tarde, se dieron cuenta de que... ¡un chihuahua se había colado en la nave espacial! ¿Cómo podía ser esto posible? Después de estar unos minutos pensando, John se percató de que aquel chihuahua era muy parecido al de su sobrinito Tim. Al día siguiente, conectaron con Tim. Efectivamente, ese perro era de su sobrino. Aquel animalito se llamaba Max.

Siete meses después de despegar, cuando llegaron al planeta rojo, fueron a cumplir su objetivo: ver si existía la posibilidad de poder vivir en Marte. Antes de salir de la nave, cogieron un traje de astronauta que sobraba y se lo modificaron para que le pudiera entrar a la mascota de Tim. Al salir de la nave, sintieron que podían flotar.

Pasado un mes, después de investigar intensamente toda la superficie de Marte sin parar, Max encontró una cosa. Era una especie de hueso solo que

enorme. Inspeccionaron toda la zona donde habían encontrado aquel hueso. Al cabo de una hora, también encontraron un cráneo parecido al de un dinosaurio.

Volvieron a la Tierra con los huesos hallados en Marte y se los entregaron a los científicos de la ESA para que los investigaran. Una semana después, los científicos dieron con la conclusión de que era un dinosaurio que nunca existió en la Tierra.

Tras este increíble hallazgo, Max salió en las televisiones de todo el mundo y ganó el Premio Nacional de Arqueología y Paleontología y la ESA ganó un millón de euros. También ganó un récord Guinness por ser el primer perro en Marte. Además, la Agencia Espacial Europea puso una foto suya en cada traje de astronauta.

El mundo T

Aitana López Meco

1º ESO

Había una vez un niño llamado Thiago. Tenía 8 años, era un niño con mucha personalidad y le encantaba leer. Un día, sus tíos le regalaron una tablet, Thiago la cogió enseguida, muy emocionado, y, en el momento en el que la tocó se transportó a un nuevo mundo, el mundo T.

Allí había todo tipo de cosas y podías hacer de todo: desde ver vídeos o mandar mensajes hasta teletransportarse de una appa otra en cuestión de segundos. Él nunca había estado allí, pero Thiago no era el que estaba dentro, era su cerebro. Él sentía que tocaba las cosas con sus propias manos (aunque no fuera así) y le encantó aquel sitio.

Cada día le gustaba estar unos minutos en el mundo T. Le parecía tan fascinante. Pero cada vez estaba más y más tiempo en el mundo T. Ya era normal para él y estaba acostumbrado. El tiempo se le pasaba rápido; se divertía, disfrutaba y en los momentos tristes le secaba las lágrimas. Aunque se lo pasara bien, probablemente al día siguiente ya se habría olvidado de lo que vivió en el mundo T ese mismo día. Sus padres estaban preocupados. Thiago llevaba unos meses completamente pegado a la tablet, en el mundo T, así que decidieron regalarle para su décimo cumpleaños el libro del que tanto les había hablado durante el último año.

El día del cumpleaños de Thiago no había colegio (ya que era sábado) por lo que, en cuanto se despertó, se conectó al mundo T con sus amigos. Estuvieron charlando por un buen rato, hasta que los amigos de Thiago se tuvieron que desconectar para desayunar. Thiago estuvo un poco viendo vídeos (porque casi todo, que no fuera del mundo T, le parecía aburrido) y después bajó a desayunar. Había mucha gente abajo. Sus padres, sus tíos y... ¡sus amigos! Le habían dado una sorpresa y se emocionó un montón, hacía mu-

cho que no se lo pasaba tan bien. Estaba tan contento que no le apetecía ir al mundo T. No le apetecía teletransportarse a apps, comentar en un vídeo de gatitos o cualquiera de esas cosas, estaba disfrutando de la vida real.

Sus padres le regalaron el libro y, cuando se fueron sus amigos, empezó a leerlo. Fue en ese momento cuando su cerebro estaba creando su propia pantalla, mientras leía palabra por palabra, pero esa pantalla era mucho mejor, estaba llena de aventuras, odio, comedia, terror y de sus propios personajes sin necesidad de tener una tablet delante. Se dio cuenta de la cantidad de tiempo que había perdido enfrente de una pantalla, de un mundo que no era real.

Ahora Thiago tiene 12 años y dedica la mayor parte de su tiempo a leer o, como a él le gusta llamarlo, a soñar con los ojos abiertos.



Colegio
**Vicente
Aleixandre**

La niña en el bosque y la perra

Sofía Pérez Tapiador

3º Primaria

Érase una vez un día en un pueblo chiringuito. Allí vivía una niña. Esa niña era muy alegre. Le encantaba jugar, colorear, dibujar y muchas cosas más.

Un día se acercó al bosque y se encontró con una perrita perdida. La perrita no tenía placa así que se la llevó a su casa. La vio su madre y se dio cuenta que su hija estaba muy contenta. Dejó que la perrita se quedara en casa.

La perra era muy bonita. Era de color marrón y blanca, y le pusieron de nombre Canela.

Canela se fue haciendo mayor, y un día tuvo crías. La niña se pudo muy contenta iba a tener muchos perritos y perritas. Nacieron tres cachorros y tres cachorritas. A los cachorros les llamaron Blanco, Rosi y Pompón y a las cachorritas Manchas, Manoli y Embro.

Les pusieron las chapas a todos. Para los cachorros las chapas eran azules y para las cachorritas moradas.

Un día las sacaron al bosque y todos los cachorros les seguían a todas partes. Fueron muy felices.

Piolín y sus amigos

Luka Sal Silva

3º Primaria

Érase una vez, un pajarito llamado Piolín. Estaba volando con su hermanito Luis.

Eran muy felices y tenían una casita encima de un árbol. Una mañana, Piolín vio un pájaro, era negro con ojos azules y sin embargo piolín y su hermano Luis eran amarillos, pero no les importó que fuera diferente, así es que se hicieron amigos del pájaro Pepe y le invitaron a comer con ellos en su casa y luego por la tarde hicieron rosquillas para merendar.

Al día siguiente era el cumpleaños de Piolín, le hicieron una fiesta de cumpleaños y habían preparado una tarta de fresa, porque era su tarta favorita, y habían puesto un dibujo de Piolín en la tarta.

Piolín estaba muy muy contento con los regalos que le había traído su familia.

El pájaro Pepe también estaba invitado a su fiesta de cumpleaños, por supuesto que le había traído un regalo y cuando le dio su regalo, dijo Piolín: "¡Muchas gracias Pepe!".

También apareció una bruja colgada del techo y de repente se soltó la cuerda, ¡zasssss! cayó encima de la tarta, se manchó toda la cara y todos se rieron ¡ja ja ja ja ja ja!

Irene y sus padres

Irene Marcos Ruiz

4º Primaria

Había una vez una niña llamada Irene que vivía en el pueblo más grande. A ella le gustaba mucho leer, pintar... Pero lo que más le gustaba eran los animales.

De camino al colegio se encontró con su amiga Paula. Cuando llegó a clase, todos se reían de Irene porque tenía el pelo rizado y la llamaban cosas malas.

Cuando volvió a casa, habló con sus padres y razonaron sobre el problema. Le dijeron que les dijera que pararan, y si no hacían caso, que fuera inmediatamente a una profesora.

Ese día por la noche, se miró en el espejo y se dijo: ¿por qué tengo los ojos tan grandes? ¿Por qué mi pelo parece un sol? Y se fue a dormir.

Al día siguiente hizo caso a sus padres. En el colegio la profesora mandó hacer una actividad muy divertida que se trataba de decir en alto qué no les gustaba que dijera la gente.

Cuando terminaron de hacer la actividad, ella se sintió más feliz de lo normal. Desde ese día comprendió que nada ni nadie es perfecto, cada uno es como es.

La niña y el pozo de los secretos

Sara Gullón Medina

4º Primaria

Había una vez, una niña que siempre salía a dar un paseo y siempre por el mismo camino, pero un día dijo “ya me he cansado de esta ruta y quiero cambiar” y ella sola se fue por otro lado y se perdió. Lucía se puso a llorar, no sabía qué hacer ni a donde ir y estaba perdida.

Llorando dijo “perdón, perdón no me volveré a ir por otro camino” y de repente apareció un antiguo y viejo pozo y el pozo dijo “si me cuentas todos tus secretos yo a tu casa te guiaré”.

Entonces Lucía empezó a hablar sin parar: “le robé el maquillaje, me mordí las uñas...” y así el pozo empezó: “derecha, izquierda, recto, para allá...” y Lucía encontró su casa y gritó: “adiós y perdón”.

El primer robot

Sergio Iguualador Olivares

5º Primaria

Hace años, en el Polo Norte, había un científico que deseaba crear un pueblo. Estuvo años buscando gente para su pueblo, pero no encontró a nadie.

Durante esos años el científico cayó enfermo y antes de morir creó un ser de metal. Esa creación tan avanzada lo llamó robot. Ese robot tan inteligente tenía la capacidad de tener sentimientos. Las últimas palabras del científico fueron: "Por favor, termina lo que empecé".

Al día siguiente, el robot fue buscando pueblos para aprender sus costumbres. Primero fue a un pueblo llamado El Páramo.

El robot entró en él y de repente, de la nada, salieron unos guerreros que con sus lanzas le rompieron un brazo.

El robot empezó a disparar y rompió las armas. El robot les gritó que venía en son de paz.

Entonces los guerreros se quedaron quietos y al momento salió un anciano que le dijo que se quedase con ellos durante un año.

Durante ese año, los aldeanos le enseñaron a pescar, cazar y también sus tradiciones.

Terminado el año, en diciembre, el robot abandonó el pueblo.

Al cabo de unos días caminando, llegó a un pueblo llamado Cumbre del Hielo. Esta vez en vez de atacarle, le acogieron con los brazos abiertos.

El robot se quedó con ellos y aprendió también sus tradiciones. Como hizo con el anterior pueblo, al cumplir el año, se fue y regresó al pueblo vacío que creó el científico.

Un día los dos pueblos que visitó el robot fueron a visitarle y se quedaron a vivir.

Pasaron los años y el robot murió sabiendo que cumplió el sueño de su creador.

El caso de la puerta 13

Iván Gallego Muñoz

5º Primaria

Érase una vez 3 niños que estaban de vacaciones y sus madres prepararon una reserva para un hotel de cinco estrellas. Los niños se dieron cuenta enseguida y estaban muy emocionados de poder verse después de un mes. Los chicos emprendieron el viaje hasta el hotel pero cuando llegaron... vieron que era un motel y no un hotel. Lo peor es que tenía dos estrellas y no se podían devolver las entradas.

Una vez dentro los niños estuvieron investigando todo el motel durante dos horas y vieron que solo estaban las habitaciones. Vamos que no había buffet ni piscina que era lo que se esperaban que hubiese en el "hotel". Llegó la noche y los niños se tuvieron que ir a acostar pero antes miraron en sus móviles sobre el motel y encontraron un mito en el que decía que a las 4:00 A.M. había una sirvienta que mataba a los niños y se los llevaba en un saco a la puerta 13 del motel. Los niños asombrados y con mucha curiosidad compraron tres linternas y se quedaron despiertos toda la noche hasta las 4:00 A.M. Después de esperar una eternidad llegaron las 4:00 A.M. y salieron de la habitación dirección a la puerta 13.

Los niños con mucho pero que mucho miedo entraron a la puerta 13 pero chirriaba muchísimo. Escucharon sonidos de otro mundo así que se acercaron cada vez más... y más... y más... hasta llegar al final y ahí estaba..., la sirvienta matadora de niños. Vieron que metía los cadáveres en un caldero para que nadie supiese que estaban allí. La sirvienta vio a los niños y corrió a matarles pero los niños hicieron un movimiento rápido y metieron a la propia sirvienta dentro del caldero. Los niños huyeron, ya que tenían mucho miedo y se metieron a sus camas. Se durmieron y a la mañana siguiente se fueron a sus casas para nunca volver a aquel motel.

Princesa por sorpresa

Alejandra Iñigo Culebras

6º Primaria

Érase una vez una niña, que se llamaba Marta. Vivía en una casa vieja de madera con su familia: su madre, su padre, su hermana y su perro, Kiko.

En el colegio le hacían bullying, ya que la pegaban todos los días y la llamaban pobre y fea. Ella llegaba siempre a casa llorando y con algún que otro moratón. Un día le dijeron que era adoptada y que no se aparecía a sus padres y que ellos habían sido muy ingenuos al haberla elegido a ella en el orfanato. Al momento de llegar a casa, su familia estaba comiendo macarrones con queso y viendo la tele, donde aparecían los reyes diciendo que en 2015 secuestraron a su hija, cuando sólo tenía un año de vida. Marta, nació en el 2014 y tenía la edad que tendría la niña secuestrada, así que como tenía mucha imaginación, pensó que podría conocer a esa niña o incluso ser ella. Por otro lado y con la intención de encontrar a su hija, los reyes dijeron que unos guardias de su guardia personal, irían recorriendo las casa del lugar para invitar a todas las niñas nacidas en el 2014 a conocer el palacio y celebrar una fiesta.

Cuando llegó el momento de y Marta entró en el palacio, estaba muy ilusionada y alegre y tras una breve conversación con la reina y tras ver unas fotos de su hija pequeña, la reina empezó a temblar la voz y la cara, para soltar seguidamente el siguiente grito: ¡¡Marta, hija mía!!

En ese momento, la reina mandó salir a todas las niñas que habían llegado a palacio y se quedó con Marta, charlaron durante horas y tras esa charla, la reina decidió que sus padres (las personas que la raptaron) deberían pagar por tal hecho y mandó a su guardia personal que detuvieran a esas personas y tras un juicio muy rápido, fueron castigados con 3 años de cárcel, pero Marta fue feliz con ellos y por eso habló con sus padres, los reyes, para que les perdonaran y que se fueran a vivir al campo con un terreno para plantar árboles y una pequeña zona con animales, y así vivieron felices todos.

El jardín de los recuerdos

Alba Castellanos López

6º Primaria

Lucía cuidaba de su abuelo, un hombre sabio y bondadoso que había olvidado su nombre y su pasado. Un día, mientras paseaba por el jardín, el abuelo se detuvo frente a un rosal y sus ojos se iluminaron.

–¿Recuerdas este rosal abuelo? –preguntó Lucía.

El abuelo sonrió y comenzó a hablar de un día de verano cuando él y su esposa plantaron aquel rosal juntos. Lucía escuchó, con lágrimas en los ojos, como su abuelo recordaba detalles que ella nunca había oído. De repente, el abuelo se calló y miró a Lucía.

–¿Quién eres? –preguntó el abuelo.

–Soy Lucía, tu nieta –dijo Lucía. Lo abrazó y sonrió.

Tras unos minutos de silencio, llegó la madre de Lucía y dijo:

–Hija deja al abuelo que descanse al aire libre.

–¡Mamá. El abuelo se acuerda de la abuela, hasta del rosal que plantó con ella! –dijo Lucía.

–Hija eso es imposible. Ven y te preparo unas tostadas con mermelada.

–dijo la madre de Lucía–.

La madre de Lucía no veía la luz en la vida tras la muerte de su madre, la abuela de Lucía.

Un buen día, una tarde de invierno, la madre de Lucía se sentó con su padre y le dijo:

–Papá, ojalá supieses quién soy.

–Sí sé quién eres, mi hija Marta –dijo el abuelo de Lucía–.

La madre empezó a llorar, lo abrazó y lo besó. Fue el abrazo más sentimental del mundo. Una esperanza empezó a nacer en el corazón de Marta, la madre de Lucía.



Colegio
La Zarzuela

La noche de Navidad

Sofía Verónica Lica

3º Primaria

Un día Lara fue al parque y vio un gorro de Papá Noël en el columpio. Lo cogió, después se fue a casa y se metió en su cama con el gorro.

Al despertar había un elfo en el sofá durmiendo.

Ella fue a comprar con su padre. Después de comprar, el elfo se despertó y fue a la cocina, cogió una cacerola, un cucharón y se puso a hacer ruido.

Cuando llegaron a casa vieron todo el desorden, y al llamado Marc. Después, Marc se intentó esconder, pero... ¡tarde! Castigado.

Lara vio a Marc llorar y lo puso en el sofá a ver los dibujos animados.

Por la noche, Marc llamó a sus amigos y se fueron al parque a jugar y divertirse.

Lara tenía que ir al cole, pero Marc no quería que se fuera, así que se metió en su mochila.

Un vampiro bajo el mar

Isabel Jurado Portillo

4º Primaria

Érase una vez tres cantantes llamadas Rumí, Zoey y Mira que se pasaron por la playa, vieron un gato negro muy siniestro les miraba fijamente.

De repente un láser salió de sus ojos y cuando se miraron se habían convertido en sirenas. Estaban impresionadas pero antes de poder hablar una sombra paso por encima de ellas y se metió en el agua. No sabían que era pero lo que si sabían era que tenían que investigarlo osea que se metieron en el agua para ver que estaba pasando.

Nadaron, nadaron y nadaron hasta que encontraron un palacio en el agua osea que decidieron echar un vistazo.

Después de revisarlo todo encontraron a un vampiro que había encarcelado a tres chicas y quería matarlas para chuparles la sangre.

Entonces lastres cantantes Rumí, Zoey y Mira entraron para detener al vampiro osea que cogieron sus armas y pelearon con el vampiro.

Al final lo derrotaron.

Después cogieron las llaves para abrir la jaula y sacaron las a chicas de ese lugar. Al volver a la superficie las chicas regresaron a sus casas y entonces fue cuando Fue cuando se volvieron a encontrar con el gato negro y siniestro de nuevo.

Salieron de sus ojos unos láseres esta vez no se convirtieron en sirenas sino que se convirtieron en personas de nuevo.

Cuando se dieron cuenta de que eran otra vez personas se pusieron muy contentas.

El niño fantasma

Colyne Marina Tejero Angue

4º Primaria

PARTE I

Érase una vez un hombre un poco estafador. Una mañana él iba por la calle silbando bastante tranquilo. Después se acercó un niño aproximadamente de 7 años. El hombre le dijo que fuera con él y el niño aceptó, el hombre le llevo a un viejo pozo a las afueras del pueblo, y le dijo, métete en el pozo y tráeme agua. El niño siguió sus órdenes y se metió en el pozo pero no sabía nadar y se quedó atrapado allí. El hombre observó la escena y entró en pánico, estaba tan asustado que se fue corriendo. El niño se ahogó y desde entonces el fantasma del niño recorre las oscuras calles buscando al hombre que le dejó morir.

PARTE II

Una noche el niño fantasma encontró a su asesino, ahora el niño tenía 13 años y su ira le dio la idea para tener su venganza, una muerte fría y sin piedad.

Mientras el hombre dormía entró en la casa y le secuestró, lo agarró y lo arrastró por todo el tenebroso bosque del Muro hasta llevarlo al pozo donde lo abandonó de pequeño. Esperó un rato y el hombre se despertó pero ya era tarde. Tenía que aceptar su destino, y el niño fantasma lo tiró y se fue.

Ya había cumplido su promesa de darle muerte.

El hombre Patata

Miguel Ángel Lopera Santofimio

5º Primaria

Un día normal en la aldea Patata, el hombre Patata salía al mercado donde compraba lechuga, tomate y queso para hacerse un sandwich riquísimo.

En casa, el hombre Patata se echó una siesta de diez horas (demasiado larga, ¿verdad?) hasta que ocurrió algo horrible: los bandidos de la aldea Patata, los hombres Puré de Patata buscaban triturar más patatas para hacerlas puré de patatas y convertirlas a su bando.

Hoy le había tocado al hombre Patata.

Se lo llevaron a su fábrica trituradora de patatas; lo encadenaron y estaba a punto de ser triturado... Pero de la pared saltó el hombre Patatas Fritas, un amigo muy lejano del hombre Patata.

El hombre Patatas Fritas acabó con todos los Puré de Patatas y liberó al hombre Patata.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Sí –dijo el hombre Patata.

Los dos se fueron a casa y el hombre Patata se fue a dormir. Al día siguiente se despertó descansado, ya que lo de ayer había sido una pesadilla por culpa del queso del sandwich estaba caducado.

Al final se echó otra siesta de diez horas.

Un día conmigo

Gustavo Cristóbal Feria Montero

5º Primaria

Érase una vez hace mucho tiempo un hombre llamado Rick, al que le gustaba el color rojo, también el fuego, pues le gustaba ser elemental de ese tipo y esto fue lo que sucedió.

Fue directo a un laboratorio extraño que no conocía porque estaba aburrido y se escapó del colegio sin que sus profesores se enteraran. Escaló la valla del laboratorio de máxima seguridad. Rick entró al laboratorio y se encontró con un científico llamado Martín que le dijo a Rick:

–¿Qué haces aquí?! ¡No deberías estar aquí! ¡Este es el laboratorio más grande de toda la ciudad! ¿Y qué haces en el laboratorio?

Dijo Rick:

–Yo sé lo que pasará en el futuro.

Dijo Martín:

–Mira esta máquina, la llamo “El Transformador”.

–¿Para qué sirve? –dijo Rick.

–Sirve para transformarte en cualquier elemento.

Rick tenía curiosidad por saber qué elementales había y preguntó:

–¿Cree que puedo usarla?

–¡Claro que sí! ¡He estado esperando millones de años a que alguien la utilizara!

Rick se metió en la máquina y... ¡¡¡Boom!!!

–¡No siento nada! ¡No ha funcionado!

–¿Cómo es posible? –dijo Martín.

–¡Aaaahh! ¡Qué pasa! ¡Tengo fuego en mis manos, parece que eres un elemental de fuego, es impresionante! ¡Nunca he visto uno, pero ya he visto varios element...

-¿¡Cómo que ya has visto varios!?

-¡Vaya, lamento haberte engañado, en realidad ya ha venido... gente a este lugar!

-¿¡Qué?!

-Les mandé una misión: encontrar el collar del On, un dios desconocido, el más fuerte del planeta. Si consigues el collar del On antes que los demás elementales, tendrás un premio importante, pero primero... te tengo que dar una equipación especial, una andadura ardiente.

-¡Qué calor! -dijo Rick.

-Ya te irás acostumbrando

-¿Y dónde está ese collar de On?

-Tendrás que verlo tú mismo. Oye ¿dónde estás?

-Bueno, tendré que ir en busca del collar.

Después de tres horas, se encontró un lugar con mucha agua, tal vez pueda estar ahí el collar, pensó Rick y de la nada. ¡Puffi

-¿Quién eres?

-Soy Rick.

-Espera, ¿eres Rick?

-¿Y tú eres Omar? ¿Pero... por qué eres agua, no sé...

-¿Una pregunta? ¿Conoces a Martín?

-Sí. ¿Por?

-Porque lo conozco

-¿Te transformó en agua?

-Sí, a ti también.

-Yo busco el collar de On.

-Y yo.

-¿Vamos juntos?

-¡¡Si!! Pues vamos.

Pero de repente se escuchó una voz extraña diciendo: "Tened cuidado el collar de On. Está maldito. Si alguien la coge desaparecerá de este mundo".

-¿Quién estaba hablando?

-No lo sé. Bueno vamos a seguir.

Pasaron treinta minutos y encontraron una selva mientras pasaban por ahí. Ornar le estaba contando la antigua leyenda de los dioses elementales diciendo:

Los dioses elementales era una leyenda muy importante para ellos, se reunieron en el templo de Gormon, el rey de los elementos, decía que se acercaba una bestia enorme que era capaz de destruir Gormon y a todos los dioses.

–Bueno ya hemos llegado –dijo Ornar.

Estaba lloviendo, con muchos truenos y rayos. Esa no será... ¿Omar? ¿Ese es el elemental...? Rayo exacto dijo Ornar.

Los dos estaban asustados, pero vinieron muchas ramas e intentaron que no les dieran.

–!!Ese es el elemental de planta!!!

–Oye, ¿qué pasa si la arreglamos!

–Yo solo hago que nadie cruce a Gormon para ir a por el collar de On. Solo tratamos de proteger a los elementos y el collar de On, que está maldito.

–¿Maldito?

–Sí, vale pasad.

Llegaron al templo de Gormon

–¿Cómo haremos para llevarlo sin tocarlo?

–¡Rayo! Que lleven esto al laboratorio.

Misión cumplida.

La luna y el sol

Julia Rodríguez Fernández

6º Primaria

Hacía mucho, mucho tiempo, la luna y el sol no se conocían, ya que cuando el sol despertaba, la luna se escondía. Un día a la luna le dio curiosidad conocer al sol, y aunque hizo todo lo posible por conocerlo, no pudo, ya que salían a horas distintas. Hasta que un día la luna decidió ponerse entre el sol y la tierra, creando así, el eclipse solar.

Cuando se conocieron en el eclipse, se enamoraron completamente uno del otro, pero cuando terminó el eclipse, el sol no podía parar de pensar en la luna, y la luna no podía parar de pensar en el sol. Así que, se empezaron a poner de acuerdo en que, en ciertos años, hicieran un eclipse solar para verse y poder darse un cálido abrazo.

El hermano perdido

Arya Duro Trigo

6º Primaria

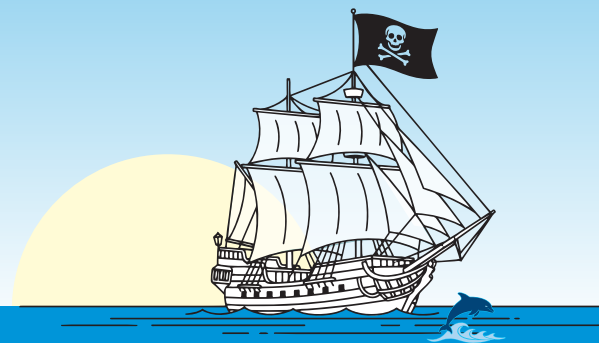
Esta historia no es gran cosa pero es preciosa:

Esto empieza con una familia pobre en una gran ciudad. La familia se situaba a las afueras de la ciudad y tenía dos hijos: Lucas y Leo. La familia solo tenía para comer y poco más. Un día el pequeño Lucas decidió ir a palacio y preguntarle al rey si les podía dar a él y a su familia un poco de dinero para vivir mejor. El rey le dijo que no podía hacer eso. Cuando el pequeño Lucas salió se dio cuenta de que el rey y su madre se parecían mucho.

Cuando llegó a su casa no había nada. Ni sus padres, ni su hermano, incluso ni la casa, ¡se lo habían quitado todo! No sabía por qué pero se imaginaba que era porque eran pobres. El niño se sentó a llorar pero se dio cuenta de que si el rey y su madre se parecían tanto a lo mejor era porque eran familia. El niño se levantó con valentía y decidió ir buscar a su familia.

Dos horas más tarde, los encontró en una posada. El pequeño Lucas le dijo a su madre que necesitaba un pelo para hacer una prueba de ADN. Lucas volvió a palacio y le preguntó al rey si le podía quitar un pelo; el rey, confuso, le preguntó porque le iba a quitar un pelo. Cuando el niño se lo explicó todo, el rey se quedó boquiabierto y le dijo que sí.

El niño emprendió un nuevo viaje hacia el laboratorio de ADN. Cuando le dieron los resultados, el pequeño Lucas se sorprendió. Se los llevó al rey, y el rey se sorprendió y le dijo que quería ir con él. Cuando Lucas y el rey llegaron, la madre de Lucas se quedó asombrada. Volvía a ver a su hermano después de veinte años. El niño se lo explicó todo. Todos fueron a palacio y se quedaron sorprendidos. Volvían a ver a aquella niña que desapareció aquel año. Ahora todos los días comen, cenan y desayunan juntos.



Torrejón de Ardoz
AYUNTAMIENTO